

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 779

MADRID, 8 DICIEMBRE 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



*La enfermedad del Rey
Jorge de Inglaterra*

Uno de los más recientes retratos de S. M. el Rey Jorge V de Inglaterra, terminado por el ilustre artista británico Sir Arthur Cope pocas semanas antes de iniciarse la grave dolencia que viene aquejando al Soberano, y en la que, según las últimas noticias, parece haberse iniciado ligera mejoría

FIGURAS HISPÁNICAS

II

MENÉNDEZ PIDAL

CREO que los periodistas estamos obligados á trazar la semblanza física y el esbozo biográfico de nuestros contemporáneos insignes.

Don Ramón Menéndez Pidal es hombre joven. Consagró toda su vida al estudio, al trabajo. Aun así y todo, sorprende cómo ha podido dar cima á tanta obra monumental, algunas de las cuales parece haber necesitado el esfuerzo tenaz y diligencia prolija de una larga vida de benedictino. Por ejemplo, la edición del Poema del Cid, donde no sólo se contiene el texto genuino de la primitiva epopeya castellana, sino además una Gramática y Diccionario, completos é irreprochables, y, de añadidura, un ensayo doctrinal en que se plantean con precisión y por primera vez se ponen en vía de esclarecimiento (en una tesis bien planteada está ya latente y fatal la solución) los problemas más esenciales acerca de los orígenes, carácter y desarrollo de nuestra poesía épica. Una autoridad filológica como Hanssen declaró que esta obra de Menéndez Pidal hará época en la historia de la filología. Pues bien; esta obra gigantesca fué realizada antes de cumplir los veintiséis años su autor. Causa asombro y maravilla, porque en esta obra (como en las que le habían de seguir, del mismo laborador formidable) lo conspicuo no es sólo la suma del material histórico acarreado y depurado, sino, asimismo, la sagacidad penetrativa y casi adivinatoria del juicio, que se dijera corresponder á una edad más madura, reflexiva y experimentada. Apenas Menéndez Pidal se dió á conocer, ¡y de qué modo, como veis!, Menéndez y Pelayo, aquel artista genial de la erudición y la historia literarias, hubo de exclamar, con la nobleza dadivosa que adorna á las mentalidades elevadas: «Hasta Menéndez Pidal, todos nosotros no éramos otra cosa que aficionados á la ciencia. El verdadero hombre de ciencia es él.»

Menéndez Pidal está relacionado familiarmente con un linaje asturiano que sonó mucho en la política del siglo XIX, cuyos miembros mostraron, á la vez, inclinación y querencia al cultivo de las letras y á la especulación filosófica: el de los Pidales. De ellos, el más célebre en su tiempo fué el patricio D. Alejandro. Don Alejandro, por el rostro y cráneo, tenía algo de árabe y algo de hebreo, y otro tanto en su psicología; del oriental, la imaginación fastuosa é irreprimible, la elocuencia florida, directa y torrencial, quizás un tanto tumefacta, y del hebreo el misticismo iluminado y seguro de sí propio, la estrecha amiganza é intimidad con Dios, de cuyos más recónditos secretos él creía estar muy al tanto. Don Ramón Menéndez Pidal, bien que nadie como él haya comprendido y desentrañado el rastro y oculto derrotero tradicional de las influencias de Oriente en la literatura hispánica (véase su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, sobre *El condenado por desconfiado*; Pidal ingresó en la Academia á los treinta y dos años), no ha heredado la psique arabesca de su agnado Don Alejandro. Nada

más opuesto al orientalismo, profusión y dispersión intelectual que la inteligencia de Menéndez Pidal, toda ella nitidez, exactitud y eficacia. Hay algo, sí, de semita en su personalidad científica; una cualidad y un don en que los hijos de Israel aventajan á todas las otras razas; la capacidad para el trabajo mental árido y fatigoso, con que multiplican indefinidamente la cabida normal del tiempo y el señorío insuperable de la técnica profesional. (Habría que estudiar la contribución de los judíos á las letras españolas; primero, en su formación con Alfonso el Sabio, por ejemplo, de los judíos declarados, y luego, en la época de máximo esplendor, siglos XV, XVI y XVII, de la sangre judía convertida). Pero en aquella virtud y don del trabajo asiduo y del dominio técnico son relevantes también los germanos. En Asturias y otras partes de España, corre por las venas de algunos de sus habitantes no floja proporción de sangre germánica, adquirida de la estirpe gótica. Don Luis Menéndez Pidal, el gran pintor, hermano de Don Ramón, tiene el rostro descarnado, inquieto, nervioso, que sugiere, á la par, alcurnia y despejo; muy de hidalgo gótico, y, por tanto, de hidalgo montañés, que recuerda la faz de Pereda. En la fisonomía de Don Ramón quizás trascienda alguna reminiscencia semítica, conforme á las efigies con que la vieja imaginaria andaluza acostumbraba representar á Cristo; como un rabino de cara trigueña, barbada de negro, apacible y un poco melancólica. Aunque es de suponer que Menéndez Pidal ha pasado las más de sus horas en confinamiento de aplicación recoleta, no se ha contagiado su piel de lividez en el comercio perseverante é íntimo con los muertos (los centenarios legajos é infolios), como dijo un filósofo antiguo; antes bien, muestra color moreno, cálido, soleado y sanguíneo, porque es un enamorado de la sierra Carpetana, vecina de Madrid, adonde corre á meteorizarse, á rusticarse, en las vacaciones finisemanales. Es la suya un alma imantada hacia el paisaje castellano. Actualmente habita en los alrededores de Madrid, cerca de Chamartín de la Rosa, una bella mansión propia; porque en España el trabajo y el mérito obtienen á veces recompensa. Pero la recompensa más preciosa se cifra en que nadie de cuantos de cerca ó de lejos le conocen ó conocen su obra, gigantesca y humana (tanto como humanista), deja de admirarle, respetarle y amarle. Finalmente, la grave cabeza de Don Ramón, tan española (bien que con los años se va tornando algo gótica, del gótico sobrio, y en sus barbas, antes de étano, la Sapiencia, esa Antipenélope—pues no hace para deshacer sino lo viceversa—, va brisando con hilo de plata su blasón ostensible); esta cabeza, digo, permite observar rico fondo de emotividad, gobernado por disciplinada, estoica continencia. La ciencia é historia literarias, para ser valederas y viables, han de estar concebidas en el ayuntamiento de estas dos facultades: emoción é inteligencia normativa.

RAMÓN PEREZ DE AYALA

LOS ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA

El teatro de Benavente en el Extranjero



Escena final de «La Malquerida», adaptada al cinematógrafo con el título de «The Passion Flower» é interpretada por Norma Talmadge

Obras traducidas.—Los grandes éxitos en Nueva York.—«La Malquerida» es la obra que más gusta al público extranjero.—Viajes y conferencias.—El premio Nobel.—Escritores ilustres amigos de Benavente.—La modestia del maestro.

EN breve tiempo España va afianzándose en el concierto internacional. Nuestros valores intelectuales se abren paso fuera de la patria y encuentran en el Extranjero amplio resonador de su prestigio. En el transcurso de lo que va de siglo ha subido mucho nuestra cotización. Nuestros sabios y nuestros artistas han ido desechando el marasmo que padecieran anteriores generaciones, y, ganosos de conquistar nombradía mundial, emprenden la ruta de exporta-

ción, logrando señalados triunfos, que estimulan con mayor energía su labor y constituyen timbre de gloria para la raza. Era peligroso para nuestra fisonomía permanecer apoltronados en la indolencia secular. Un país, para ser grande, necesita vincularse al movimiento internacional, asomarse á los ventanales del mundo. Por fortuna, nuestros modernos hombres de ciencia y nuestros artistas aspiran á más largo radio de acción que el reducido del patrio solar. Nuestro prestigio se va abriendo los mercados y las plataformas de las demás naciones, irradiando nuestra cultura y sensibilidad. Son ya muchos los altos valores españoles que están suficientemente destacados en el Extranjero. Y algunos de ellos gozan fuera de más celebridad que dentro de casa; como, por ejemplo, el llorado novelista Blasco

Ibáñez, el compositor Falla, el pintor Zuloaga y el ingeniero La Cierva.

Precisa divulgar estos triunfos de nuestros grandes hombres en el Extranjero, para tributarles el aplauso á que son acreedores y prestarles cálida ayuda en su meritoria labor. Su ejemplo puede servir de acicate á los reacios y determinar mayor gloria para cuantos consiguen tan loable realización.

Jacinto Benavente, el príncipe de la dramática moderna española, es uno de nuestros escritores más admirados en el Extranjero. Gran número de sus obras han sido traducidas á varios idiomas y representadas en los teatros más importantes del mundo, obteniendo entusiasta aplauso del público y críticas encomiásticas. Benavente, maestro de la comedia contempo-



Una escena de «La Malquerida», tal como ha sido representada en los Estados Unidos

ránea, á la que ha aportado matiz tan sutil, finura y elegancia tan espiritual, y sátira tan flageladora como correcta, tiene fuera de España alto crédito, que culminó con el espaldarazo del premio Nobel de literatura, que le fué otorgado el año 1922, en ocasión de hallarse precisamente fuera de España, en América, con la Compañía de Lola Membrives. Tan alto galardón internacional conseguido por Benavente, puso el nombre del insigne autor de *Los intereses creados* á la altura de los más famosos dramaturgos; y los países americanos que recorrió en aquella memorable jira le aclamaron con entusiasmo, tributándole toda clase de homenajes.

El teatro del autor de *Señora ama* es conocidísimo en las naciones americanas de habla española. Nuestras Compañías dramáticas, que frecuentemente visitan aquellos países hermanos, han dado á conocer al público americano la mayoría de las obras del maestro; y también no pocos comediantes de allá las han interpretado é incluido en su repertorio. Recientemente, la admirable actriz Camila Quiroga ha representado con gran éxito la comedia de Benavente *El demonio fué antes ángel*, estrenada la pasada temporada en el Teatro Calderón, de Madrid.

En cuanto á las demás naciones, el nombre de nuestro dramaturgo es también estimadísimo, sobre todo en los Estados Unidos, donde *La Malquerida* tuvo un éxito excepcional. Fué estrenada en el Greevich Village Theatre, de Nueva York, con el título de *The passion flower*, y se representó 179 veces consecutivas. Fué una explosión de entusiasmo. Crítica y público prodigaron los mayores elogios al hermoso drama, arrancado de la cantera castellana, tan sobrio y tan vibrante, sobre cuyas escenas se cierne la sombra de la antigua tragedia griega. El éxito obtenido en Nueva York repercutió en todos los Estados de la Unión y los recorrió victorioso, alcanzando más de un millar de representaciones.

Este gran triunfo motivó que los empresarios norteamericanos se preocuparan de las obras de Benavente, y á *La Malquerida* siguieron los es-

trenos, en los Estados Unidos, de *Los intereses creados* y *La noche del sábado*, que también hallaron entusiasta acogida.

La Malquerida es la obra de Benavente que mayor éxito ha alcanzado en el Extranjero. En victoriosa marcha ha recorrido Italia, Inglaterra, Suecia, Noruega, Holanda y Portugal.

Al italiano han sido traducidas y representadas *El nido ajeno*, *Los intereses creados*, *Lo cursi*, *La noche del sábado*, *La gata de Angora* y *La honra de los hombres*.

En Inglaterra, Austria y Rusia se ha estrenado *Los intereses creados*.

No obstante, Jacinto Benavente es de tan ejemplar condición de modestia, que no ha acudido al estreno de ninguna obra suya en el Extranjero. Y eso que se le hicieron de muchos países reiteradas invitaciones y ofertas tentadoras, y que nuestro insigne autor es muy aficionado á viajar. Pero esta afición gusta de realizarla en calidad de turista, sin reclamos, ocultamente, disfrutando, en la tranquilidad del anónimo, de las bellezas de los países que visita. De esta forma ha recorrido Inglaterra, Noruega, Alemania, Italia, Grecia y Egipto. Digamos también, á modo de colofón de este aspecto viajero del autor de *Rosas de otoño*, que habla perfectamente el inglés, francés, italiano y alemán.

Sólo una excepción hay que hacer en lo que acabamos de apuntar: asistió á un estreno suyo; pero, en rigor, fué su «estreno íntimo», que no trascendió al público. Nos referimos á la comedia *Los malhechores del bien*, que los alumnos de un importante centro de enseñanza de Nueva York representaron en una función de aficionados. A este estreno asistió Benavente, y fué aclamado con el mayor afecto.

También ha obtenido señalados triunfos en el Extranjero como conferenciante. En América del Sur, con motivo de su viaje con Lola Membrives, dió varias conferencias, á las que asistieron las más relevantes personalidades de aquellas naciones. Y en Nueva York dió lectura á dos de sus conferencias más notables: *Las mujeres de*



¿Cómo han interpretado la figura del galán de «La Malquerida» en Su:cia



Una escena de «La Malquerida», tal como ha sido representada en Suecia

Shakespeare y Filosofía de a moda, que cautivaron la atención de los oyentes.

Para terminar estas notas, diremos que Jacinto Benavente se ha relacionado con varios ilustres escritores extranjeros, prendiendo más cordiales lazos de amistad con el portugués Eugenio de Castro y el francés Henry Bataille. Sobre todo, el autor de *Mamá colibrí* sentía por Benavente sincera admiración: le escribía desde París con frecuencia interesándose mucho por la labor de

nuestro autor, y le enviaba sus obras con expresivas dedicatorias.

También el ágil ingenio benaventino ha lucido su ironía, su ágil facilidad de paradojista, su capacidad intelectual, en periódicos y revistas extranjeros. De Alemania, sobre todo, le han pedido frecuentemente colaboración para varias importantes publicaciones. Y recientemente, en el popular diario de París *Comedia*, apareció esa deliciosa opinión de Benavente acerca de la moda de la falda corta y su efecto en las escenas dramáticas. La ingeniosa y sutil opinión alcanzó gran éxito entre los lectores del gran periódico de teatros y produjo vivo revuelo en el mundillo de bastidores de la capital francesa.

Y todos estos éxitos obtenidos fuera de España son tanto más de destacar cuanto que todos ellos han sido logrados por el propio valer, sin ampararse en reclamos ni intrigas, limpiamente, con la mayor modestia. A este respecto diremos que, poco antes de concederse el premio Nobel al autor de *La fuerza bruta*, recibió una carta de uno de los miembros del jurado, quien le expresaba su admiración y le decía que estaba dispuesto á darle el voto, rogándole que le enviara copia de las críticas más notables que su teatro ha merecido, para que tales opiniones influyeran en el ánimo de los demás jurados. Jacinto Benavente contestó agradecidísimo; pero no envió lo que se le pedía. Su modestia, su recto procedimiento en estas cuestiones resplandeció una vez más con la limpia ejecutoria del jugador que no comete una trampa.

Á LOS ACTORES ESPAÑOLES. PROYECTO DE UN HOMENAJE

Nadie como los actores tan obligados á rendir especial homenaje á Benavente. Es el autor que más en contacto está con ellos. En ningún sitio el maestro se muestra tan á gusto como en los saloncillos y cuartos de los teatros, conviviendo con los artistas, jugando con ellos al ajedrez, platicando familiarmente...

Ahora que, por la oportuna iniciación del notable periodista, redactor de *La Voz*, D. Abraham Polanco, España ha tributado el «Saludo á

Benavente», los actores deben coronar tal homenaje con algo que lo perpetúe. A este fin, les proponemos que la obra del maestro que más votación haya tenido la representen un día todas las Compañías españolas, y el ingreso de esas funciones se dedique á costear un monumento al protagonista de la tal obra, al modo que en Inglaterra se erigió la estatua á *Hamlet*.

JOSÉ CASTELLON



Cómo han caracterizado las figuras de «La Malquerida» las actrices suecas



Versión escénica sueca de una de las principales escenas de «La Malquerida»

La quinta de los Montijo en Carabanchel

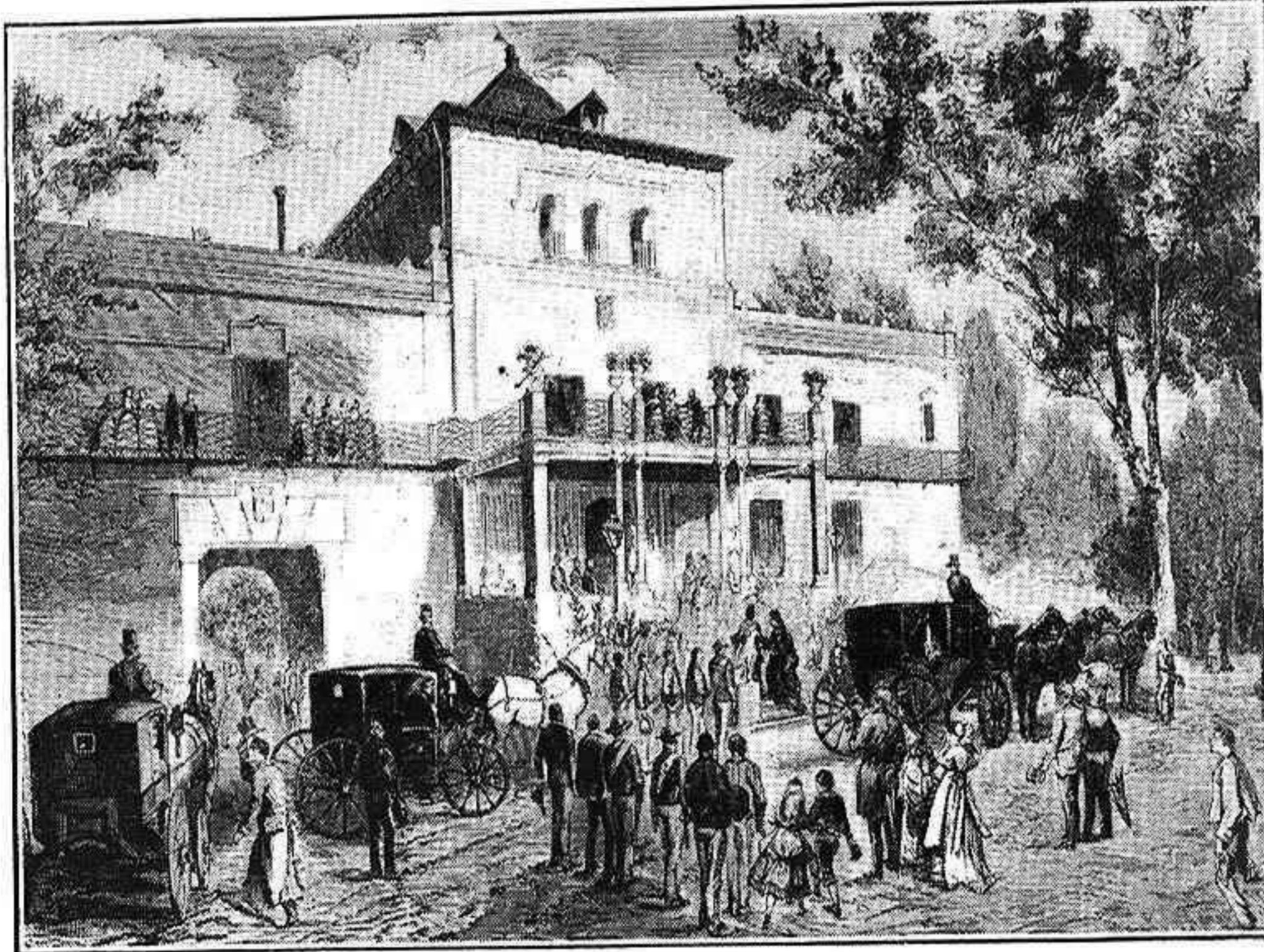
EN un millón novecientas mil pesetas ha sido adquirida por una Orden religiosa femenina la finca que poseyó en Carabanchel la condesa viuda del Montijo, y luego fué propiedad de la Emperatriz Eugenia y de los descendientes de su hermana la duquesa de Alba. Nos informa de este suceso el sagaz reportero y ameno cronista que firma en *La Epoca* con el seudónimo «Mascari-lla». Su interesante relato ha evocado los recuerdos de aquellas nobles damas moradoras de esta quinta de recreo. Derribado y reedificado para instalación de grandes almacenes y de un hotel el palacio señorial de la plaza del Angel, y convertida probablemente en sanatorio la quinta de Carabanchel, no quedará en Madrid recuerdo de la condesa del Montijo y de Teba, que fué una de las más relevantes figuras de la Corte de Isabel II en España y de las Cortes de Luis Felipe y Napoleón III en Francia. Con razón deplora *La Epoca* la desaparición de aquellas moradas madrileñas, que debieron conservarse como documentos históricos.

•••••

Estos condes del Montijo y condes de Teba se enlazan y suceden en una estirpe gloriosa de varones y hembras enérgicos y audaces, ágiles en el pensamiento y tenaces en la acción, emprendedores de toda obra noble y todo propósito levantado. Acaso desde el fundador—aquél bravo leonés Guzmán el Bueno, de quien cuentan las historias la harto conocida hazaña—hasta que la rama directa se pierde en sucesiones femeninas, no ha habido un solo conde del Montijo cuya biografía no esté enlazada de algún modo con la Historia general de la nación. Y, además, no sólo guerreros ó políticos, escritores ó emperatrices, sino dotados todos de un afán de originalidad, de distinción, de perfeccionamiento, de superación, que da idea, como en las armas antiguas, como en los aceros toledanos, de un temple singular... Es el temple, ya ido y extinguido, del Romano y de la Reconquista, que reaparece un poco en el alzamiento religioso contra la invasión napoleónica... En esta época hay un Montijo que recorre España acompañado de aquel ingenio avinagrado y agresivo que se llamó Bartolomé José Gallardo, bibliófilo y libelista, anticuario en arte y modernista en creencias, y este Montijo que alza pueblos y fomenta la guerra y quiere despojarla de los intentos reaccionarios que encubre y disimula, pone por colofón á su empresa una curiosísima y original *Vindicación de lo que no he hecho*.

Su antecesora es aquella María Francisca de Sales, de quien nos habla Menéndez Pelayo en el tomo tercero de los *Heterodoxos*; aquella osada traductora de las *Instrucciones cristianas sobre el sacramento del matrimonio*, contaminadas de jansenismo, y autora de la *Carta al conde de Floridablanca*... No recata su pensamiento ni disimula el ardimiento con que apetece una purificación de los modos religiosos de su tiempo, ni siquiera su afán de proselitismo y misionaje; y así, aun siendo una de las mujeres más ricas de aquel tiempo y habiendo recogido en herencia los títulos nobiliarios á docenas y las grandezas de España á pares, la denuncian los predicadores desde el público, la acusa el propio Pontífice romano al Monarca, la encarta la Inquisición inexorable y, jansenista, la destierra de la Corte y la recluye en Logroño. Y más tarde, cuando el periodista aventurero y emprendedor Andrés Borrego retorna de París, le veréis tramando la fundación de un periódico con otro conde del Montijo.

¿Qué extraño, pues, que las mujeres de esta estirpe que residieron en la quinta de Carabanchel y en el palacio de la plaza del Angel llenas



Llegada de la ex emperatriz de los franceses á la finca de su señora madre en Carabanchel



La condesa del Montijo en su lecho de muerte

ran su época con la fama de sus nombres y con la influencia de sus hechos? Muy joven aún quedó viuda la condesa del Montijo, con dos niñas que se llamaban María Francisca de Sales y Eugenia. Venganzas del poder y codicias extrañas tenían en garras de golillas el cuantioso patrimonio del conde de Teba. La condesa, sin más compañía que una joven servidora, cruzó media España en época azarosa y turbulenta, y, llegando hasta el rey Fernando VII, logró recobrar la fortuna de sus hijas.

Y por sus hijas, soñando en el encumbriamiento de sus dos hijas, como si un designio providencial la impulsara, esta condesa viuda del Montijo viaja, reside en París, llega á tener influencia en la Corte de Luis Felipe, convive en la intimidad de los gobernantes y los literatos, logra la admiración de Próspero Merimée y hace política en lucha airada con el embajador español marqués de Miraflores...

Retorna á Madrid, y aquí también alcanza una máxima influencia en la Corte y en la política. Pérez de Guzmán publicó en *La España Moderna* un delicioso relato titulado *Los salones de la condesa del Montijo*. Pocos cuadros se han trazado de la vida madrileña tan interesantes, tan documentados. En el salón del palacio de la plaza del Angel, en el salón de la quinta de Carabanchel se prepara, se condiciona, se regula la política que luego ha de resolver crisis y constituir ministerios en el gabinetito donde despacha Isabel II con sus ministros y con el padre Claret.

La Reina suele pedir consejo á la condesa, y el pueblo lo sabe y lo cree prudente. «Habiendo salido á pasear á caballo cierta tarde Isabel II—dice este historiador—, se dirigió á la quinta de Carabanchel, en que moraba con sus hijas la condesa viuda del Montijo, para visitarlas. Al salir, el pueblo aclamó con frenesí á la joven y hermosa soberana.» Aconteció esto en 1847. Es el período de 1843 á 1847, en que hubo tres mi-

nisterios cada año; ministerios de los que se dijo, aludiendo á las ingerencias de Luis Felipe en la política española, que se fabricaban en París y en Madrid se descomponían. A fines de Agosto regresó de París el general Narváez, y escribe á su mujer: «La Montijo vino con mucho empeño en que me había de ir á vivir á su casa. Estuvo tenaz; pero yo no he querido ir, porque tengo modestia.» Tal era el fausto con que se vivía en la quinta de Carabanchel... Acaso, más que modestia, tuviera Narváez el deseo de aparecer desligado de su cooperadora. El 3 de Octubre, «una infame traición—escribe el mismo Narváez—tuvo el poder casi en manos de los revolucionarios; pero Dios, en estos momentos de prueba, viene en mi auxilio y me da memoria, entendimiento y voluntad de acero; me ayudó, y el campo quedó por mío».

Gobierna Narváez, y á los dos días nombra camarera mayor de la Reina á la condesa viuda del Montijo, «á pesar de las circunstancias en que se encuentra de tener que atender al cuidado y educación de su hija menor, en la época más crítica de su juventud». Y allí, en el Palacio Real, se encontrará otra vez con Miraflores, que la acusará de «haber trabajado en París para que la Corona de S. M. saltase de la real cabeza de Isabel II á la de su tío D. Carlos...» Pasan los años, y la condesa ha acrecentado su prestigio y las glorias de su casa con las bodas de sus hijas. «Madre de la duquesa de Alba—dice un biógrafo—, mezclóse á la suya la primera nobleza de la sangre. Madre de la emperatriz de los franceses, reflejóse en su frente la primera diadema del mundo. Y por si algo faltaba á sus legítimas ambiciones, acrecentáronse en sus nietas tantos timbres ilustres con los egregios de la casa de Medinaceli y los preclaros de la casa de Tammes...» Y en la quinta de Carabanchel se suceden grandes fiestas, banquetes, saraos, representaciones teatrales, que dirige el poeta y autor Ventura de la Vega...

Bien pronto la adversidad interrumpe esta apoteosis de fortuna, de nobleza, de poderío... En 1860 muere la duquesa de Alba, teniendo treinta y cinco años; en 1870 se hunde con clamor de guerra el trono en que Eugenia se sentaba. En Septiembre de 1871 la emperatriz destronada abandonó su residencia de Cambsen-House, en Inglaterra, dejando allí á Napoleón y al príncipe imperial, y llegó á las siete de la mañana al pueblo de Carabanchel de Abajo, acompañada de los duques de Huéscar y Bassano... Los servidores de la quinta, puestos en fila; unos familiares y unas cuantas damas de la aristocracia acompañando á la condesa viuda del Montijo, que vestida de negro aguarda en el pórtico...

No cesó la adversidad de combatir aquel corazón esforzado. Murió la nieta, duquesa de Medinaceli, al poco tiempo de su boda; murieron el conde de Nava de Tajo y la marquesa de Valgorneva, y sobre todas estas desdichas familiares, el espantable despedazamiento del príncipe imperial, caído, abandonado entre los zulús... Fue como el hachazo último que abate al roble. Con el nieto amado se iba al más allá definitivo toda esperanza de que la estirpe inquieta y decidida recobrar auge, dominio y poderío. Y murió; se extinguió dulcemente. El fotógrafo Laurent la vió en su último momento; arrebujada en un mantón, defendida del frío de la muerte con la prenda humilde de las mujeres pobres andaluzas... Y á poco el palacio de la plaza del Angel se alquilaba al Centro del Ejército y á varios inquilinos; entre ellos, D. José Canalejas, que tuvo allí su primer bufete. Y la quinta de Carabanchel quedó deshabitada muchos años.

DIONISIO PEREZ



El París del rostro dorado tiene por dueña y reina á la mujer del lujo y de parada; mujer de apariencia y superficie; mujer á quien nadie ó casi nadie conoce y que se ignora á sí misma...

PARÍS tiene un rostro dorado y luminoso que es el de la dicha...

París tiene un rostro sombrío y patinado de gris que es el del dolor...

El París dichoso puebla los barrios nuevos del campo de Marte, de Auteuil, de Passy, de la Estrella...

El París desdichado se hacina en las covachas de Belleville, de la Chapelle, de Menilmontant—viejas calles orilleras del Sena ó vecinas de las derruidas fortificaciones: podredumbre de la humedad ó asfixia de los humos industriales.

El París del rostro dorado tiene por dueña y reina á la mujer... El hombre, en las ferias mundanas del Claridge, en las tardes de Longchamp y en las noches del Lido, no es sino esclavo...

En el París del rostro gris y de la traza doliente, el hombre es, por lo contrario, el amo, y la mujer sólo conoce la dura servidumbre que á las veces es trabajo, á las veces miseria y á las veces, también, abyección...

•••••

La reina del París dorado—muñeca humana—es obra de la naturaleza en ínfima proporción; y es, en la gran proporción restante, notable artificio logrado en colaboración por el modisto, el peluquero, el perfumista, el fabricante de afeites, el *masseur*, la manicura, el profesor de baile y el novelista del momento... Así resulta difícil, sino imposible, percibir á la verdadera mujer que hay dentro de la mujer artificial, porque su mirada es otra en los disfraces del rimmel y del kohl; porque su sonrisa es otra bajo la herida sangrante del *raisin*; porque sus pasos son otros en el recuerdo de la *contenance* recomendada por el bailarín; porque su cuerpo es otro en la gracia que le prestan las sedas del Rodier labradas por las manos brujas de Patou ó de Poiret; porque su espíritu es otro, en la ficción habitual obsesionada aún por la heroína del último *roman* leído en la noche anterior...

Para esta mujer la vida es una comedia y el mundo un escenario; en esa comedia y sobre tal escenario ella imagina ser primera actriz siempre, y para ella las demás mujeres son apenas comparsas... En cuanto al hombre, hecha excepción del bailarín que es por lo menos un ritmo y que en algunos casos se eleva á la condición de capricho, sólo tiene el va-

lor de su dinero; es una cuenta corriente que deja de existir cuando ha llegado á su último billete... Y no es más...

Mujer de lujo y de parada; mujer de apariencia y de superficie; mujer á quien nadie ó casi nadie conoce y que se ignora á sí misma, en general; pequeña autómatas por cuyas manos pasan los cheques empobreciendo á unos y enriqueciendo á otros, la reina del París feliz no es, al cabo, más que eso: un instrumento de trasiego y de equilibrio, menos consciente que algunas máquinas modernas...

Esta reina de París no es siempre parisiense, ni siquiera francesa; puede ser extranjera del Norte ó del Sur, de Oriente ó de Occidente; puede ser blanca, amarilla, cobriza ó negra... Mas sean cualesquiera su raza y su nacionalidad, al entrar en el áureo crisol de las fiestas del Claridge, de las noches del Lido y las tardes de Longchamp, la reina de París se transforma, se acomoda al tipo representativo, pierde en carácter y en personalidad propios lo que gana en estilo y en *chic*, y es en el bazar cosmopolita Opera-Estrella una muñeca más...

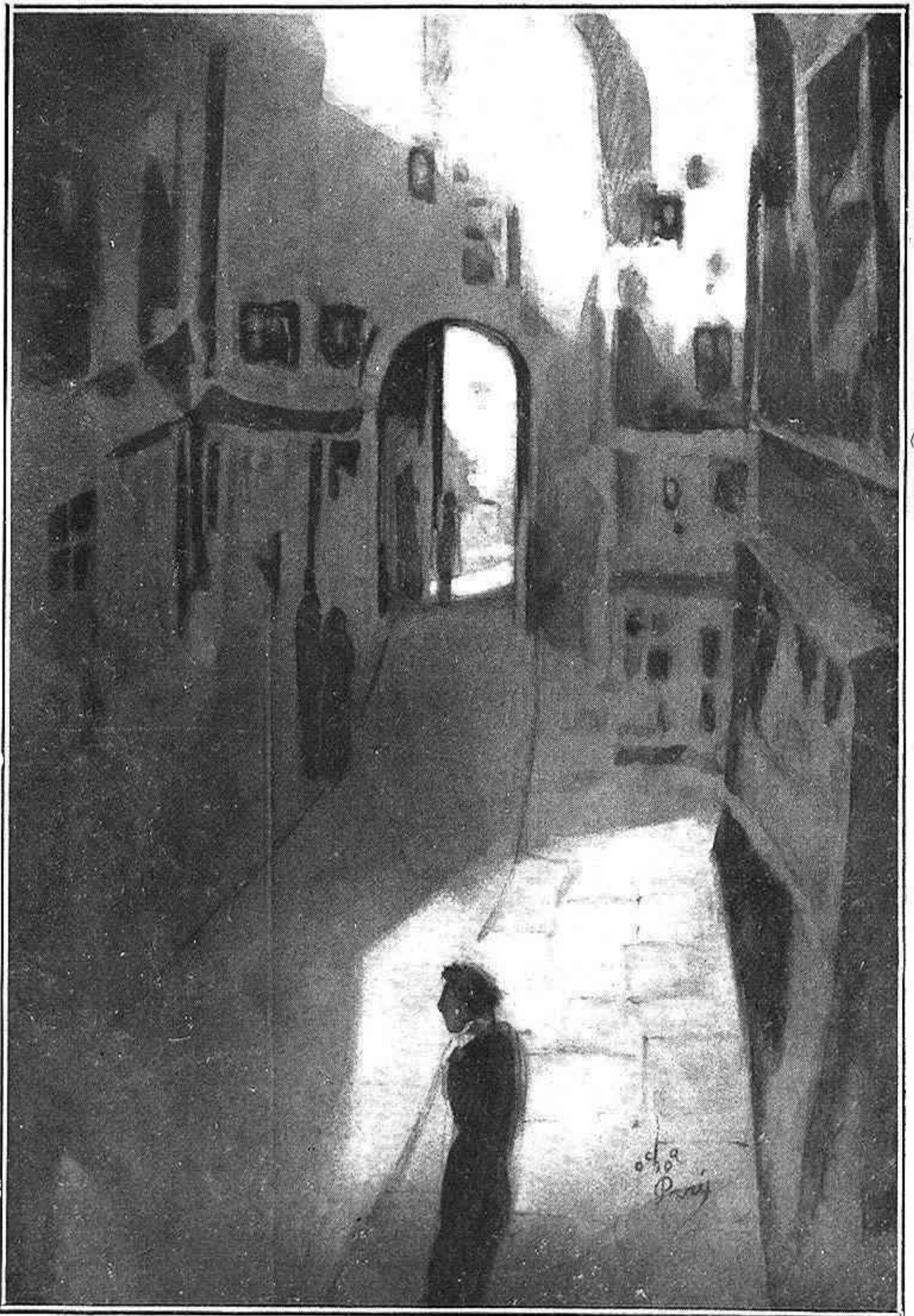
•••••

El amo del París gris—obrero, mercader de ínfima categoría, vagabundo simple y casi inofensivo ó terrible «vagabundo especial», explotador de mujeres del arroyo y candidato al crimen—, es en la diversidad de sus aspectos, hombre duro, como tallado en granito... Para él es la vida un calvario, cuando no una ciénaga, y lo mismo en la dignidad de un esfuerzo inexorable que en la indignidad de una trágica holganza, sabe que su condición es la de paria, sin redención posible y sin posible esperanza... Al término del camino, y casi siempre inevitables, están el hospital ó la cárcel, y á las veces la guillotina en el amanecer sin mediodía de la mañana sin tarde...

El amo del París gris es duro y gris como tallado en granito, y cuando junto á él pasa, al azar de un encuentro, la dorada muñeca del París dorado, hay en la torva mirada del hombre que tiraniza el suburbio la siniestra expresión que debió ser la de los descamisados entre los cuales no halló piedad y murió, como entre las zarpas de los tigres, la divina princesa de Lamballe...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1928.



Viejas calles orilleras del Sena ó vecinas de las dormidas fortificaciones, podredumbre de la humedad ó asfixia de los humos industriales...

CÓMO SE DEFENDIERON LOS ACTORES DE LA EXCOMUNIÓN

UN EPISODIO DE LA "COMÉDIE FRANÇAISE"



MADEMOISELLE CLAIRON
Una de las más grandes actrices de la «Comédie Française»

La historia de la *Comédie Française* tiene no sólo un extremado interés literario, sino un cierto interés social. Desde su fundación, pero muy especialmente durante el apogeo del reinado de Luis XIV, la casa de Molière y los dichos y hechos de sus moradores fueron preocupación constante de la Corte y aun del mismo Rey; y entonces, más que nunca, pudo decirse, con verdad, y aun juzgándola, en todo caso, expresión limitada de ella, la frase del literato francés, según la cual las tres cuartas partes, por lo menos, de la conversación en sociedad se refieren al teatro.

Hacia mediados del siglo XVIII, los amoríos de las actrices, las locuras que por ellas hacían los grandes de la Corte y los extranjeros de nota de paso en París, eran el motivo constante de las más aceradas sátiras, que llegaron a ser el género cultivado con más frecuencia y mayor delectación del público por los poetas, que ni siquiera se perdonaban unos a otros en aquellos flechazos despiadados.

Las actrices, efectivamente, solían ser muy frecuentemente víctimas de la sátira: la afición al teatro, el lugar eminente que en la preocupación pública ocupaban comediantas y actores y el descoco de muchas de ellas, hacía que sus actos fuesen más comentados y tuvieran para el público mayor interés. Entonces, como mucho más tarde aún, era para muchos artículo de fe, verdadero axioma, la corrupción tremenda de las mujeres que se dedicaban al teatro.

Tenía razón entonces, en gran parte al menos, la maledicencia popular; pero tal vez había una causa fundamental para aquella enorme relajación de costumbres: los cómicos no tenían el menor estímulo para conducirse honestamente; la excomunión que pesaba sobre ellos los condenaba de antemano y eran estériles todos sus esfuerzos para escapar a ella. Tenía, además, tanta mayor trascendencia para la vida social de los que se dedicaban al teatro, cuanto que los párrocos y encargados entonces del registro civil no podían admitir a los comediantes en el seno de la Iglesia, ni, por tanto, legitimar sus matrimonios, ni menos aún el nacimiento de sus hijos. Condenados irremisiblemente los heridos por aquella terrible censura eclesiástica, nada podían esperar ya, y vivían sin el freno que, en otro caso, la religión hubiera puesto a su conducta.

Contra ello protestaban las actrices más o menos airadamente, y, sobre todo, una de las más famosas de aquel tiempo, espíritu vehemente é intranquilo, diablo harto, ó por lo menos cansado, de la carne, de quien se llegó a decir en

una información judicial que «había hecho locura de su cuerpo»: Hipólita Clairón, que compartía con María Francisca Dumesnil, su eterna rival, menos alocada que ella, el cetro trágico, y á la que bastaba con anunciar que pedía su retiro para poner en conmoción no sólo á la Corte, sino á Luis XIV mismo.

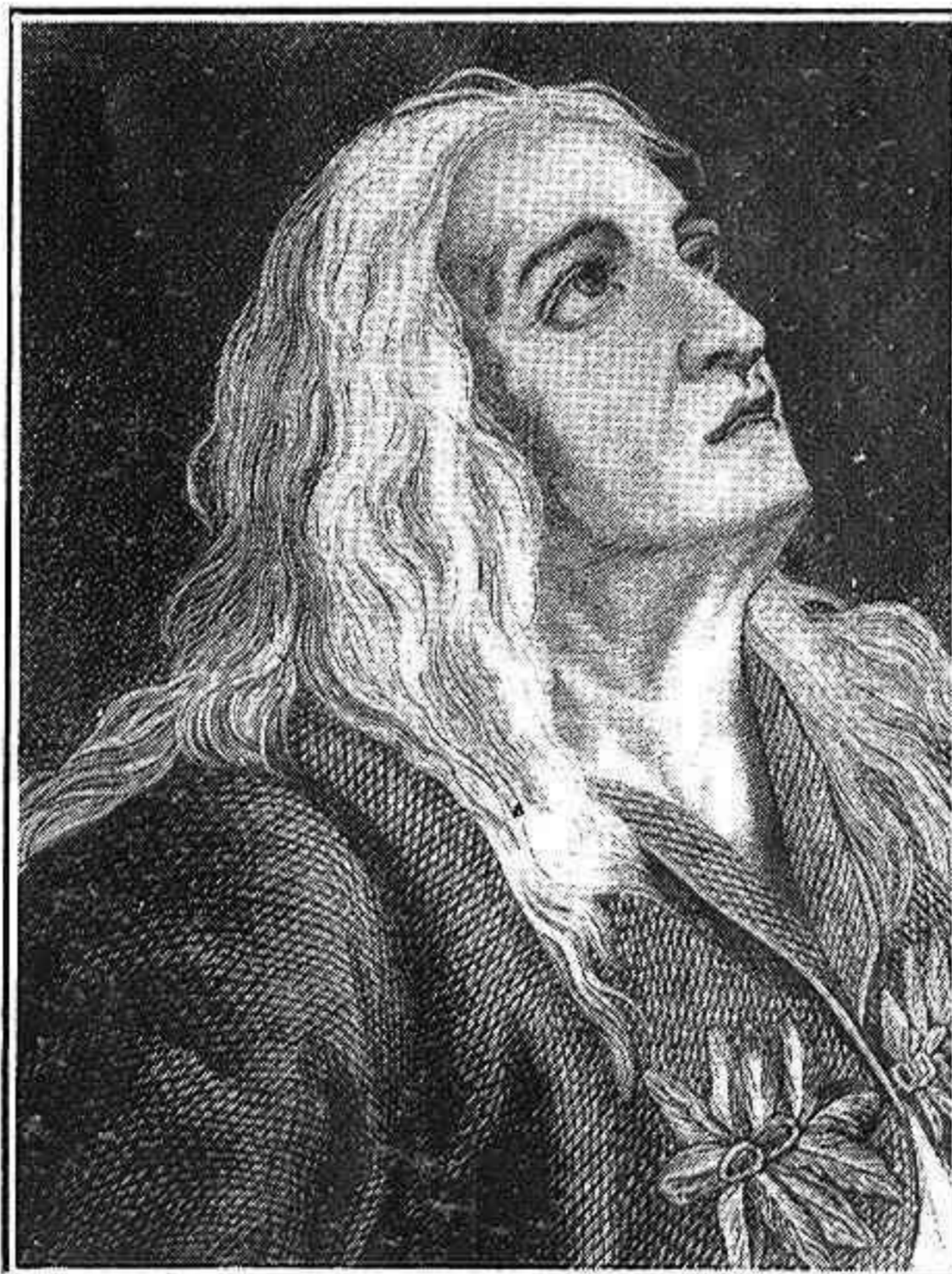
Pensando piadosamente, hay que creer á mademoiselle Clairón cuando afirma que sus «dige-rezas juveniles» fueron, efectivamente, fruto de la maledicencia. Contra ella, siendo aún muy niña—su vida teatral comenzó cuando Hipólita tenía trece años—, había publicado un *pamfletista* desdeñado un terrible folleto, que injustamente la deshonoró para siempre y constituyó una especie de fatalidad irreparable. Cuentan que al leer aquel libelo, impreso en La Haya y rotulado *Historia de la señorita de Cronail* (anagrama de Clair n), llamada *Fretillón*, juró que si lograba elevarse, como esperaba, había de rehabilitar á los actores ante la sociedad, haciéndoles reconquistar la condición de ciudadanos que habían perdido.



MADEMOISELLE DUMESNIL
Gran actriz francesa, rival de Mlle. Clairón



LEKAIN
El gran actor francés, que estuvo preso con otros compañeros en «Fort l'Éveque»



BRIZARD
Actor, compañero de Lekain y preso con él

Durante muchos años olvidó su juramento, distraída tal vez por más alegres preocupaciones; pero un día, por accidente de su vida, sintió la necesidad de aquella rehabilitación, y se dispuso á lograrla con el auxilio de dos de sus compañeros, Lekain y Brizard, moralmente mejor situados que ella para lograrla.

Había un medio que parecía expeditivo: los artistas de la ópera no habían sentido nunca sobre ellos el peso del terrible anatema; el teatro en que cantaban llevaba el nombre de *Real Academia de Música*, y ese nombre era el *tabou* que les daba la ciudadanía anhelada por los cómicos: Clairón, Lekain y Brizard redactaron un proyecto que transformaba la *Comédie Française* en *Real Academia de Declamación*. ¡Ay! Era demasiado sencillo y demasiado contrario á los prejuicios corrientes: París entero, y más aún la Corte, se alzaron contra el proyecto, acosaron á Luis XIV para que no le sancionara y dirigieron sus odios contra la Clairón, acusándola de orgullosa é imprudente y recordándola su vida pasada, poco propia para hacer justa aquella pretensión.

Comenzó entonces una lucha entre los cómicos, ganosos de rehabilitarse, y la sociedad, dispuesta á impedirlo, y hubo en aquella lucha graves incidentes. Uno de ellos fué ocasionado por la muerte de Crevillon. Mademoiselle Clairón quiso utilizarla para sus fines, y decidió que á costa y con asistencia de todos los actores, se le hiciese un magnífico funeral; pero el obispo de París no quiso tolerar que los deseos de Hipólita se cumplieran, y prohibió que el funeral fuese celebrado en ninguna de las iglesias de su diócesis.

Hipólita no había de retroceder ante aquel obstáculo. En París, dentro del Temple, había una iglesia de jurisdicción exenta, San Juan de Letrán, dependiente de los Caballeros de Malta. Su párroco, no sometido, naturalmente, á la autoridad del obispo, aceptó el encargo, y el 6 de Julio de 1762 se dijeron muchas misas rezadas y una solemnísimamente cantada por el alma de Crevillon.

Asistieron á ella no sólo los actores de la *Comédie*, sino otros muchos artistas y comisiones de académicos. Mademoiselle Clairón, enteramente enlutada y cubierta con un espléndido manto de crespón negro con crespón plata, presidió el duelo y pareció triunfar.

Triunfo efímero, en todo caso: pocos días después, los caballeros de Malta, influidos por el obispo de París, que no se resignó á ver desatendidas sus órdenes, declararon al párroco de San



Mademoiselle Clairón, antes de ser conducida á «Fort l'Eveque»

Juan de Letrán «culpable por haber dado canónicamente un escándalo en la iglesia de París, comunicando con histriones anatematizados todos los días por el brazo de la justicia eclesiástica», y le condenaron á dos meses de arresto en un seminario y á doscientos francos de multa en favor de los pobres. El triunfo de la Clairón resulta, pues, contraproducente, y sirvió sólo para que la excomunión fuese ratificada.

Pero Hipólita no se rendía fácilmente, y pronto tuvo motivos para nuevas escaramuzas. En la primera, insultada por Fres'n, un libelista de la época, que escribía un periódico titulado *El año literario*, quiso hacerle encarcelar, y logró el orden del Rey para hacerlo; pero, finalmente, fué vencida también: la Reina intervino, y logró que la orden fuese anulada.

La segunda motivó el encarcelamiento de la actriz y de sus compañeros, después de haber conmovido durante algunos días no sólo al pequeño mundo de la *Comédie*, sino á la Corte y á todo París.

•••••

Había por entonces en la Comedia un cómico de la peor nota, llamado Dubois, á quien sólo sostenía en su puesto la belleza de su hija, actriz también, é íntima y galante amiga del duque de Frousac, hijo del mariscal Richelieu.

Dubois, precisamente en los momentos en que más álgida era la campaña de la Clairón en defensa de la consideración social para los cómicos, cometi6 actos ostensibles de indelicadeza que trascendieron al público y motivaron las más duras críticas, hablando, contra las pretensiones de la gran actriz, del *honor de Polichinela* y afirmando que el *honor no crece como las uñas*.

Richelieu se negó á intervenir en el asunto, que le pareció de poco valor, y aconsejó á los comediantes que lavasen en casa sus trapillos.

Bastó á la Clairón aquel consejo para trazarse una línea de conducta, y, efectivamente, después de algunos conciliábulos y reuniones solemnes, los actores de la Comedia, en una sesión que presidió el gentilhomme de cámara duque de Duras, acordaron expulsar de la Compañía á Dubois y á otro camarada que le había ayudado en sus manejos.

Todo parecía resuelto; pero mademoiselle Dubois no era mujer para resignarse con aquella decisión, que atentaba al honor—¡tan venido á menos!—de su familia: amenazó al duque de Frousac con substituirle en su afecto por otro gentilhomme que lo deseaba, y tras de algunos días de lucha, Frousac logró del Rey la orden de que Dubois se reintegrase á la Compañía.

La Clairón dijo entonces á sus compañeros: —Dubois es un canalla, y no creo que entre

nosotros haya ninguno dispuesto á envilecerse trabajando con él.

—En ese punto estamos todos de acuerdo —respondió Lekain.

—Desobedeceremos—dijo la Clairón con la entonación de una reina que lanzase una declaración de guerra.

Al día siguiente el autor de la Compañía anunció la representación de *El sitio de Calais*, en que había de reaparecer Dubois. Antes de la hora en que debía comenzar la representación, la Clairón, Lekain, Mole, Doverbal y Brizard, que tenían papel en la obra, anunciaron que no trabajarían con el expulsado.

¿Qué hacer? Los gentileshombres de Cámara no estaban en el teatro, y era imposible consultarles. Por fin, el duque de Biron, general de la Guardia francesa, que prestaba servicio en el teatro, aconsejó que se variase el espectáculo, y los actores convinieron en representar *El jugador*.

Se alzó el telón, y el autor salió á escena para hacer el anuncio correspondiente.

—Señores—dijo—, estamos desolados.

—Menos desolación y más *Sitio de Calais*—le gritaron desde la platea; y cuando, con grandes esfuerzos, el autor hubo anunciado el cambio, el tumulto se generalizó, y de todos los ámbitos del teatro surgieron gritos.

—Molé, Lekain y Brizard, á la cárcel.

—Fretillón, al hospital.

Alzóse el telón para comenzar el espectáculo, pero arreció el tumulto: fué imposible que los actores hablasen, y, finalmente, el duque de Biron dió orden á un sargento de policía para que saliese á escena y anunciara que se suspendía la función y se devolvería el dinero pagado por las localidades.

No se calmó el tumulto, y los que antes vociferaban en la sala comenzaron á vociferar en la calle.

Entretanto había llegado á Versalles la orden de la rebelión, y cuando dos actores de la Comedia visitaron poco después al superintendente de policía para darle cuenta de lo ocurrido, supieron que tenía orden de encarcelar á los rebeldes.

Lekain, Molé y Brizard, avisados, huyeron rápidamente de París; pero la Clairón era más difícil de convencer, y cuando en su casa, donde estaba, como reina en su corte, rodeada de admiradores, recibió la noticia y el consejo de imitar á sus compañeros, exclamó:

—Huir sería reconocermé culpable, y estoy en mi derecho. Además, sería declararme vencida, y ni lo estoy ni quiero estarlo.

La cena, alegre, se prolongó hasta el amanecer, y entonces, dejando á sus invitados en el salón, donde había instaladas mesas de juego, la Clairón se retiró á sus habitaciones. Allí, tranquilamente sentado en un sillón, la aguardaba un desconocido: era el policía encargado de conducirla á la prisión de *Fort l'Eveque*, que no había querido interrumpir la fiesta.

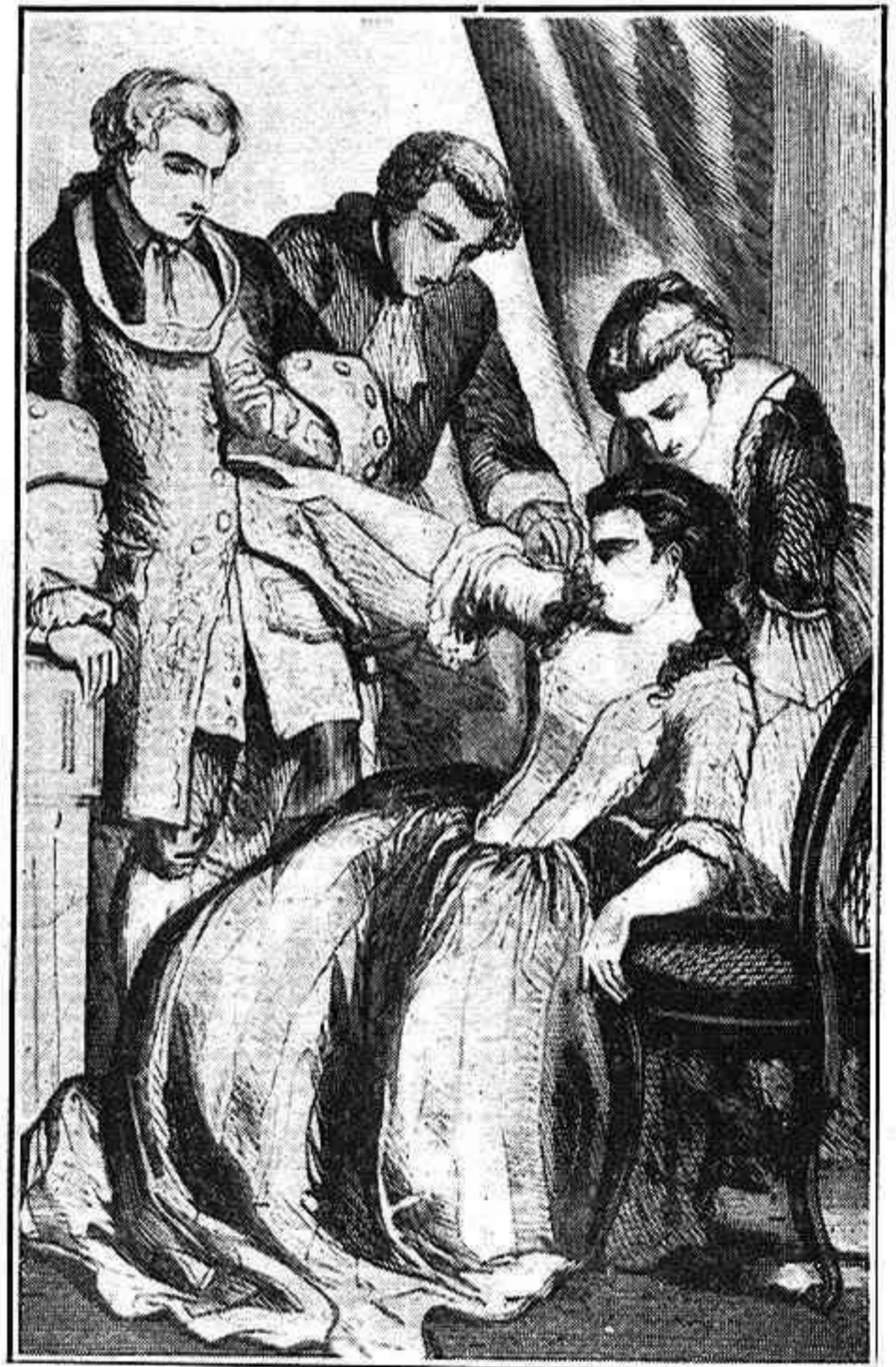
La actriz volvió al salón, y dijo:

—¡Caballeros! Acaban de prenderme, y van á conducirme á la prisión.

Todos se apresuraron á ofrecerle sus carrua-



Mademoiselle Dumesnil en el papel de Atachá (siglo XVIII)



Mademoiselle Clairón sufrió un violento ataque de nervios al ser visitada por el duque de Duras y M. Sartines

jes, y se dispusieron á acompañarla hasta la prisión.

—La señorita Clairón—dijo el polizonte—irá en un fiacre que he mandado traer.

—¡En un fiacre!—exclamó Mme. Sartines, la esposa del superintendente de policía, íntima amiga de la Clairón, y que la acompañaba en aquellos instantes semitrágicos— Espero que me permitáis llevarle en mi carruaje...

—¡Imposible, señora; vuestro carruaje es un *vis á vis*; sólo caben dos personas, y yo no puedo separarme de la señorita Clairón.

—La señorita Clairón se sentará sobre mis rodillas, y vos iréis á nuestro lado.

—Acepto tan grata compañía.

—Caballeros—dijo la actriz—. Adiós.

—No; vamos todos, y poco después cruzaba las calles de París un lindo y apretado cortejo en que las carrozas y los caballos de sus contertulios acompañaban al de Mme. de Sartines.

Así llegaron á *Fort l'Eveque*. Entonces el polizonte dijo:

—Sólo los que tengan una orden del superintendente de policía tienen derecho á entrar.

No la tenían, y se resignaron á separarse de su ídolo.

Allí se habían prevenido contra ella los más terribles rigores, que se templaron pronto. Primero sólo pudieron visitarla un hombre y una mujer. Luego, sus compañeros perseguidos como ella, se presentaron para ser encarcelados; más tarde se permitió la entrada á todos sus amigos, y la Clairón, que había amueblado las tres habitaciones que la señalaron en la prisión con lujo y buen gusto, dió en ellas verdaderas recepciones.

París, veleidoso, se había puesto de su parte, y los más alborotadores ante la representación frustrada de *El sitio de Calais*, censuraban ahora la prisión de la actriz.

Sin embargo, los gentileshombres, empeñados en sostener su tiránico dominio sobre los actores de la Comedia, y Sartines y el duque de Duras fueron comisionados por ellos para convencer á los actores y, sobre todo, á mademoiselle Clairón.

Sólo lograron producirla un terrible ataque de nervios y una enfermedad después.

A los actores se les obligó á representar, para lo cual eran conducidos al teatro por la policía, que los reintegraba después á su prisión.

Por fin, todos ellos, menos la gran actriz, se retractaron. Ella sola, recluida por orden real en su casa, cuando su enfermedad amenazó agravarse, continuó la lucha, y al fin consiguió un permiso para ir á cuidarse á Ginebra... y la confirmación de la expulsión de Dubois, aunque señalándole una pensión.

FIGURAS DEL SAHARA

EL GUIA DE LA CARAVANA

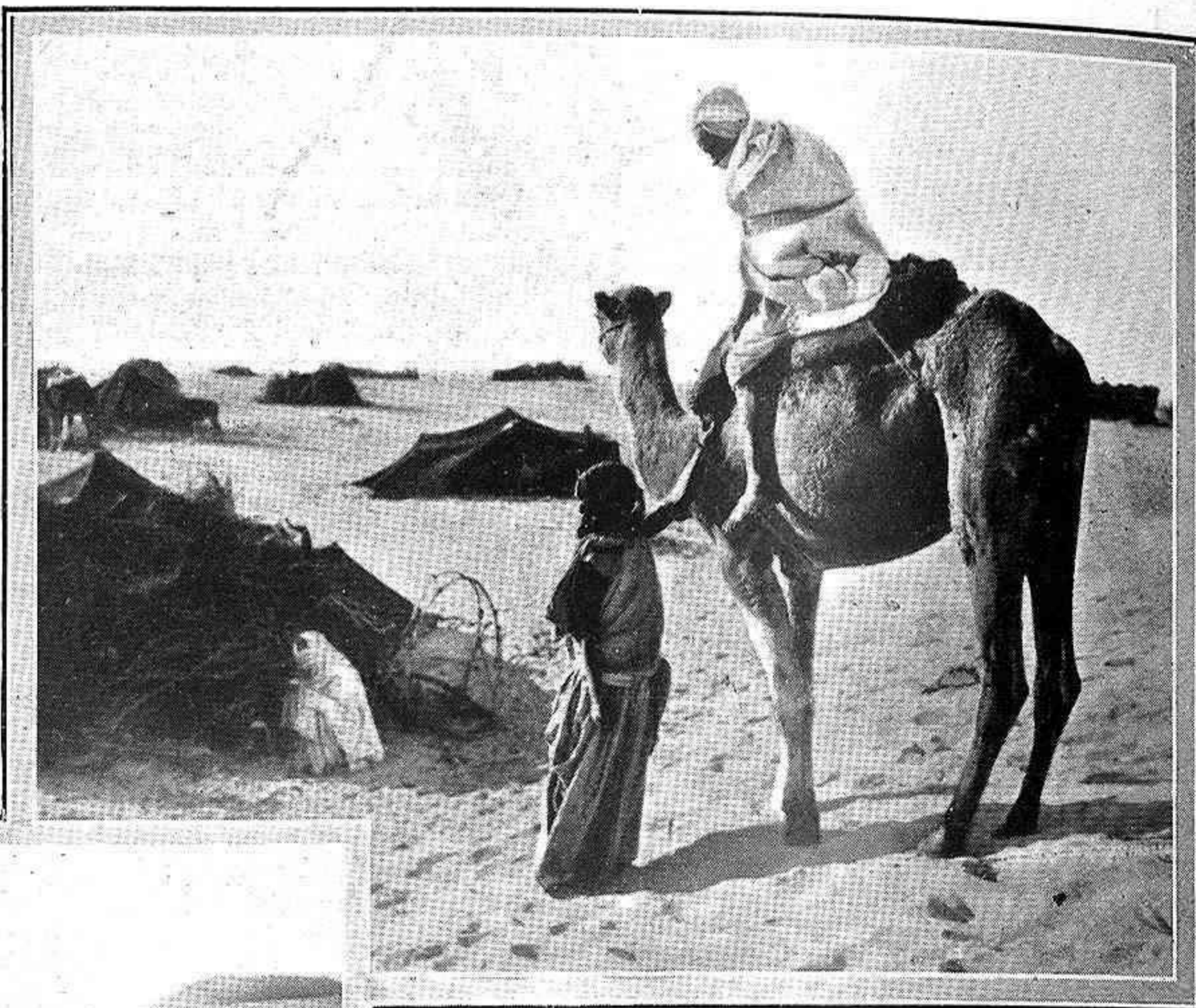
LA civilización va destruyendo poco á poco viejas y remotas tradiciones, va dando al traste con costumbres que parecían eternas, y que en su anacronismo tenían el haber de un prestigio cimentado en siglos de práctica y de vida, imaginada perdurable...

No ya lo frecuente y próximo. Lo más lejano y al parecer sin importancia ó sin trascendencia, un día ú otro es vencido por los adelantos eficaces de este siglo un poco brujo de los descubrimientos insospechados y de las perfecciones asombrosas.

Y así, hasta las regiones inexploradas y á las tierras poco frecuentes y poco habitadas, por lejanas ó escondidas que estén, van llegando los ecos y las conquistas de la ciencia, en impetuoso avance ó en penetración pacífica.

La mecánica, el motor acabará con leyendas é instituciones que parecían tener vida por siempre. El avión y el *auto* han de terminar un día próximo con la vida pintoresca de las caravanas, por ejemplo. Como á la ciudad, el avión y el *auto* llegaron al desierto. Lo recorrieron todo y se impusieron á las viejas y anacrónicas normas de la conducción y transporte.

El *chauffeur* del *auto* tortuga, el aviador y el maquinista



El guía todo lo ve y lo inverosímil le sirve de punto de referencia

para el viaje que puede ser definitivo. Las arenas cambiantes y movibles de amplias ondulaciones; el azote cálido del aire y el frío de la noche; los *hamada* pedregosos; los mil rumores imprecisos y alucinantes de las mismas arenas que «cantan»; la áspera y terrible monotonía de un ocre deslucido del paisaje, eternamente igual, sin nubes, sin sombras, sin vida, con la amenaza de la terrible tormenta, de la alimaña, de la fiera, de la sed, son serios obstáculos, cada vez más fáciles de vencer ya con los modernos medios de locomoción, y que antes justificaban la existencia del guía sagaz, habilísimo y diestro, que todo lo oteaba; que donde el terreno parecía más igual y se ofrecía horro de huellas y señales, descubría algo indicador de la ruta precisa; que conocía los vientos y sabía descubrir en una leve huella, en una simple planta, una orientación eficaz y segura...

El guía todo lo ve, y lo inverosímil le sirve de punto de referencia. Conoce con toda exactitud el lugar en que se encuentra, sin contemplar los astros ni hacer cálculos, y analiza las huellas para conocer las gentes que por entonces también transitan, para saber si es prudente ó no el encontrarse con ellas...

Las caravanas son como pequeños estados errantes, en los que hay mejor ó peor organización, según las razas ó tribus que las forman; y así, unas veces es una *yemaa* en movimiento, donde todos son á opinar y desempeñar cada uno su misión, en bien de la colectividad andante, y otras veces la caravana es como un ejército disciplinado, á las órdenes del *jebiv*, un poco déspota y autoritario, cuyas órdenes inexorablemente hay que cumplir. Las caravanas son un poco, también, pueblos

tránsfugas, sin fronteras ni nacionalidad, que tienen por suyo el terreno que pisan y que van dejando en seguida terreno siempre nuevo, pero siempre igual, de cimas, como ellos errantes, en las que se quiebran los rayos solares en dorados matices, cortados por amplias sombras; cimas finamente recortadas en delgadas aristas como sables, sobre un cielo rabiosamente azul, de luminosidades insospechadas.

Toda la bárbara poesía, toda la audacia que aun hoy supone la caravana, se perderá fatalmente. El tren, el *auto*, el avión ligero las harán desaparecer. Y las fotografías de hoy serán documentos históricos y curiosos que harán sonreír á las generaciones futuras.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



Las arenas cambiantes y movibles de amplias ondulaciones

han matado al guía y á los camellos. Y con ellos, viejas leyendas, supersticiones, tradiciones históricas y granjerías...

Dentro de poco tiempo—ahora los años parece que tienen menos meses—, el tipo nimbado de prestigiosa aureola, del guía del desierto, será un ente histórico, totalmente desaparecido. Esa profesión, heredada de padres á hijos y vinculada de antiguo sólo en unas familias determinadas, que se creían dueñas de un secreto invulnerable y de raras habilidades y condiciones útiles é imprescindibles, dejará de existir.

¿Para qué sus cualidades y maestrías, si nuevos métodos racionales y científicos demuestran y tienen una más amplia eficacia y una mejor utilidad?

Hoy, á pesar de una práctica eficiente y prolongada, y á pesar de llevar muy prudentes y muy sagaces guías, y de ir sobre camellos resistentes y sobrios, aun ofrece serios peligros la travesía de todos los desiertos.

Cada vez menos frecuente, pero no imposible, el que se extravíe una caravana, ó que se pierda alguno de los que la integran; y así se explica la augusta solemnidad con que las caravanas se preparan



Las caravanas son como pequeños estados errantes...

(Fots. Ortega)

La inquietud batalladora de Lloyd George

A todos maravilla, dada la avanzada edad que ya cuenta, la actividad que despliega y la energía de combate con que se mueve siempre el ilustre político inglés David Lloyd George. Por estos días, un discurso suyo, en un mitin, sonando el clarín de guerra contra los conservadores, y un artículo suyo, publicado en los más importantes diarios del mundo, denunciando los peligros del disimulado imperialismo europeo que amenaza desencadenar á plazo corto una nueva conflagración sobre la tierra, todavía empapada de la sangre fresca de la última guerra, han tenido una enorme resonancia.

¿Cómo este hombre que escaló los más altos puestos, que recibió los máximos honores, que fué un día el ídolo de la Inglaterra democrática en lucha con los privilegios de la vieja aristocracia inglesa por la reconquista de la tierra, y que, durante la guerra, se mantuvo en el poder más largo plazo que ningún otro estadista ó gobernante de las naciones beligerantes, no ha buscado el descanso á sus afanosas jornadas pasadas y, sobre todo, ese respetuoso recuerdo que consagra la gloria de un benemérito de la patria en la admiración ó en la gratitud de todo un pueblo?

Es cuestión de temperamento; no es cuestión de vanas ambiciones—él lo ha dicho todo—ni es cuestión de exhibicionismo impertinente, que no necesita para su crédito ni para su renombre universal. Lloyd George nació para luchar, se ha pasado toda su existencia luchando, y ha de llegar hasta la hora de la muerte con su gesto audaz de luchador. ¿Qué le pueden importar las asperezas de la contienda ni cómo puede complacerse su espíritu batallador con la vanidad de una victoria? Siendo lo contrario, por ideas, de un soldado viejo, él, como los veteranos de muchas batallas, se enardece con el ruido de las armas y se embriaga con el humo de la pólvora. Igual que el hidalgo español, en su afán de pelea, él puede decir con razón: «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear».

Será extraño que en la ancianidad conserve los bríos de la juventud y aun de la niñez. Pero el espíritu de combate de entonces, remozado, lo conserva igualmente vivo ahora en la crudeza tajante de su palabra ó en la recia agresividad de su pluma. Porque en Lloyd George, el orador y el periodista, tienen los mismos caracteres incisivos, el mismo temple de combate.

Ese temperamento de lucha es en él nativo, de naturaleza inmodificable. Ya de niño, en la escuela de Llanystumdwy — á donde fuera, al quedarse huérfano y ser recogido y educado por su tío, el viejo zapatero radical—él provocaba, excitando á sus compañeros, la huelga escolar como protesta á las frases de los inspectores que estimaba injuriosas para sus convicciones metodistas. Más tarde, en la primera juventud, acabado de terminar sus estudios de leyes, amotinaba á los campesinos del

villorrio de Llanfrothen. Había muerto un viejo obrero, protestante, que había expresado su deseo de ser enterrado junto á su hija, ya fallecida, y que había pertenecido á la iglesia católica anglicana. El *vicar*, en cumplimiento de la ley, no se negaba á franquear la entrada del ca-

dáver en el cementerio, pero se reservaba el derecho de señalar el lugar de la sepultura, y así ordenó á los enterradores que la abrieran en el sitio destinado á los suicidas. Estudiado el caso, como hombre de ley y como hombre de corazón, Lloyd George declara que el *vicar* se extralimita y abusa de su derecho, y él capitanea la turba de campesinos, sus compatriotas del País de Gales, los cuales violentan la puerta del cementerio, saltan la tapia divisoria y hacen la inhumación del viejo obrero, cumpliendo su voluntad y su nostalgia sentimental, en la misma tumba donde está enterrada su hija. Los campesinos son condenados, pues aunque el jurado local absuelve, el juez condena. Pero Lloyd George, infatigable en la defensa, batalla en Londres hasta que la absolución se confirma.

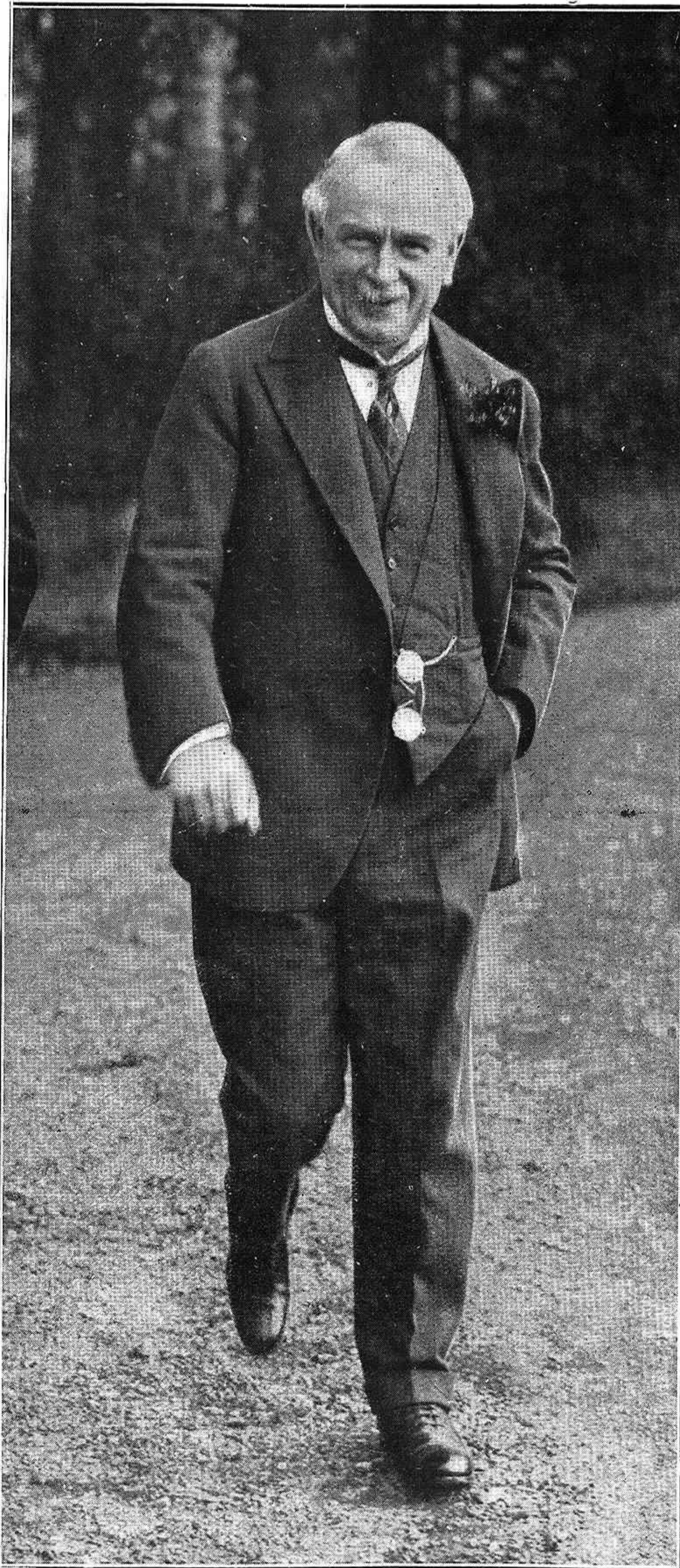
Y ¿quién no recuerda su actitud en el curso de la guerra anglo-boer? El combatió aquella invasión armada del Transvaal, que consideraba una maniobra del aventurero y multimillonario Cecil Rhodes, apoyada por los mismos imperialistas del viejo Chamberlain.

La intransigencia, entonces, de Lloyd George, su ardimiento combativo, estuvo á punto muchas veces de costarle la vida. En Bangor lo golpeó un patriota, indignado. Mas tarde, en Glasgow, el coche en que iba fué furiosamente apedreado. Un mes después, anunció que hablaría en un mitin que se celebraría en el *Town-Hall*, de Birmingham, el propio feudo político de Chamberlain. Y en galés valeroso cumplió su palabra. Se apeó del tren en los alrededores de la ciudad y, por una puerta que no era de servicio, entró en el salón á la hora señalada. La multitud apedreó el edificio, rompió los cristales de las ventanas y forzó las puertas. Lloyd George, disfrazado de *constable*, pudo escapar de milagro. A pocos días, y con igual actitud retadora, continuando su peligroso apostolado contra la guerra, se presentaba para hablar en Bristol.

Está tan presente en la memoria toda su ardiente y apasionada campaña contra los Lores—para acabar con los privilegios senatoriales de éstos respecto al *veto*, y contra el abuso de los «señores de la tierra»—que no es preciso recordarla.

El ministro reformador, apoyado por el pueblo, alcanzó el más resonante y el más trascendental de los triunfos que gobernante alguno, en mucho tiempo, haya logrado en Inglaterra. Después, la guerra europea...; más tarde, la paz... En ambos momentos Lloyd George fué algo así como árbitro de su nación y de los destinos de otras naciones.

Sin partido casi, se ha quedado sólo. Pero él vale por todo un partido numeroso. Lo hemos visto ahora que su palabra ha excitado la pasión política en Inglaterra, y su pluma, con un artículo, ha llevado una preocupación ó un sobresalto á la opinión en el mundo.



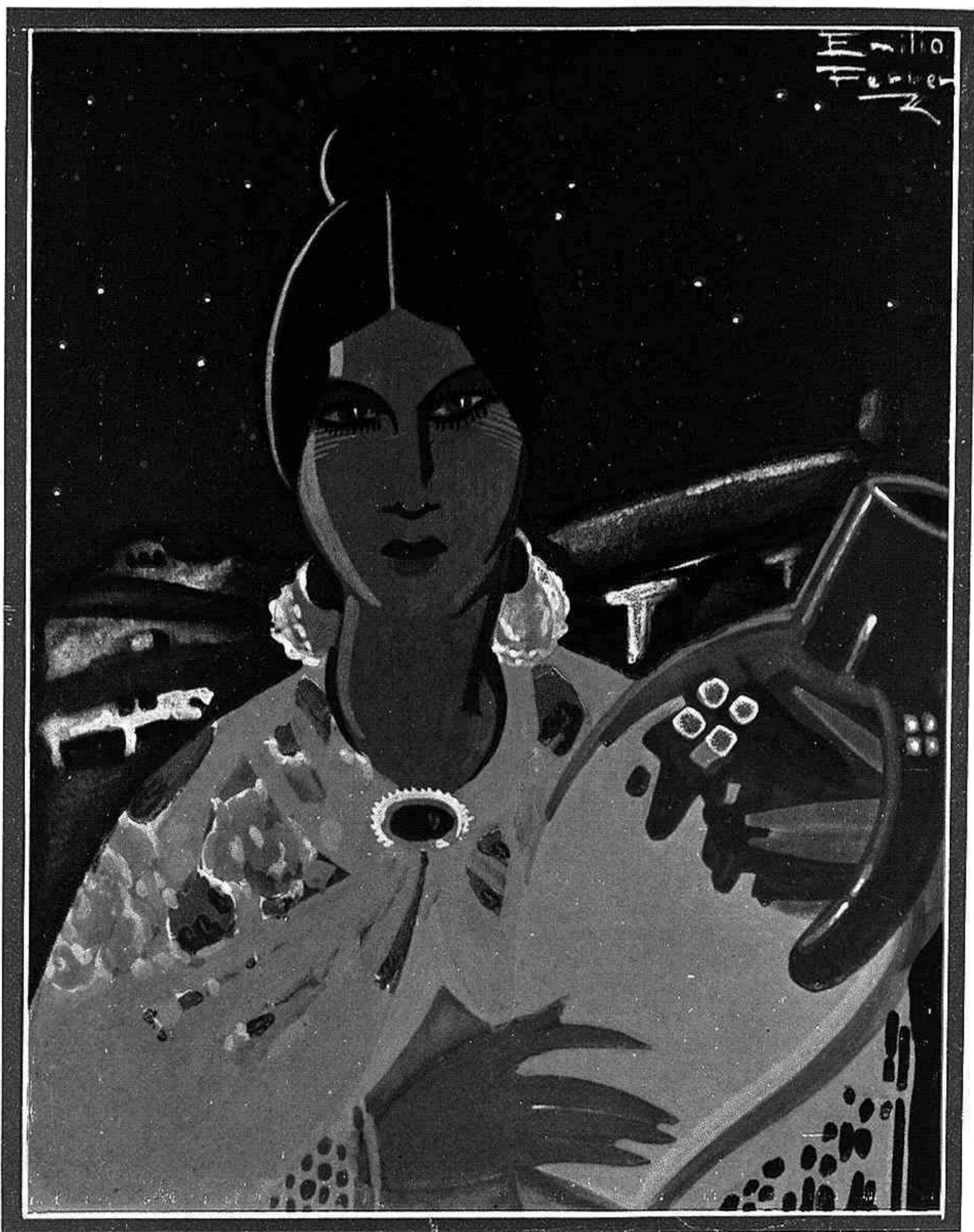
DAVID LLOYD GEORGE
Ilustr. político inglés

ANGEL GUERRA

ITINERARIOS

EL PAISAJE

EMILIO Ferrer, dibujante, artista catalán, vuelve de un viaje por la Mancha. Ha llegado hasta la Serranía de Cuenca, internándose por los llanos de Belmonte y de San Clemente. Y se ha encontrado con que esta famosa tierra árida es una de las más variadas y más finas de color que tiene España. La llanura «plana»—el paisaje típico, literario, de la meseta—no existe. Un sistema de ondulaciones, de graciosas colinas, de cerros con profundas cárcavas... Inmensas soledades, tierras de pan llevar, surcos increíblemente largos, que se pierden ribazo arriba... A gran distancia unos de otros,



Tipo de mujer de la Mancha

ESPAÑOLES

DE LLANURA

los pueblos; alguna vez pueblos coronados de castillos, y otros castillos en ruinas, solitarios, sin pueblo. Pero ese paisaje de llanura tiene tal riqueza de luz que para un pintor de ojos valientes acaso sea más atractivo que el de la costa mediterránea, y desde luego mucho más que el de los vallecitos vascos.

Como la literatura no puede servirse de guías, sino que ha de abrirse ella misma sus rutas nuevas, aún no hemos aprendido a ver estas tierras que van desde las tapias del Retiro, cara a Vallecas y Vicálvaro, hasta Sierra Morena y hasta los pinares de los Montes Universales.

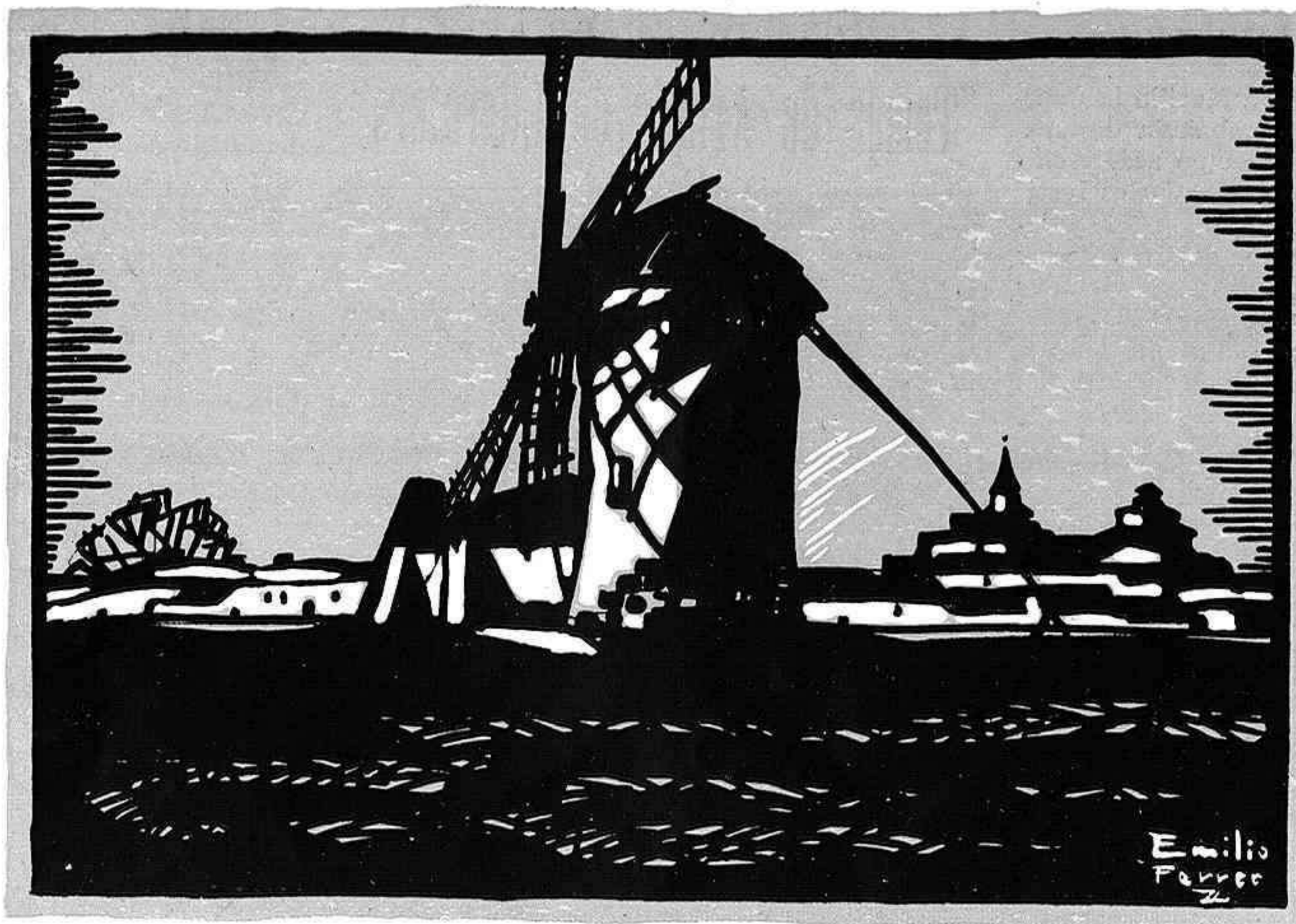


Paisaje de la Mancha, en las cercanías de Cuenca

Ha sido preciso situar una figura—Don Quijote—para que empecemos á caracterizar los llanos de la Mancha. Y, en realidad, hoy los vemos, más aún que por el relato de Cervantes, por las ilustraciones de Gustavo Doré. Aquel dibujante genial podía darnos la línea. Y el carácter. Lo que no pudo expresar con sus medios fué el color. Urrabieta Vierge, que vino después, iba buscando otra cosa muy distinta de la que hallará hoy en la Mancha un artista contemporáneo.

A dos pasos de Madrid, en la confluencia del Manzanares y el Jarama, está—por ejemplo de paisajes inéditos que nadie ha sabido ver—Arganda. Arganda se alza en un cerro rodeado de lomas, sobre el valle por donde cruzan los dos ríos; y la tierra caliza, blanca, cubierta de vegetación, rasgada de surcos, plantada de viñedos, es como un fondo de porcelana en el que destacan limpiamente las pinceladas verdes, grises y rojas. Al caer la tarde, todavía con sol, brilla Arganda con suavidades de laca, y es tan delicado de matices, tan preciso y tan claro de luz, que no recuerdo otro país en que el color valga tanto por sí mismo. Sin embargo, de Arganda sólo son conocidas las bodegas, las viñas. Yo invito á los pintores madrileños á que, afrontando las pequeñas molestias del viaje, hagan una visita á los cerros de Arganda. Pues bien; esto se halla incluido en el gran prejuicio de la tierra llana. Sin serlo, geográficamente, literariamente, ya es Mancha. Verdad es que á toda Castilla—incluyendo Santander, lo cual es un contrasentido—se la envuelve en el concepto literario de la Mancha.

La Mancha: «la tierra llana por excelencia de la meseta española»—dice en su libro de *Las Regiones Naturales* el profesor Dantín Cereceda—. «Suelo terciario, ya aparamado, como en la Mesa de Ocaña en la Mancha alta, ya raso, terso, inacabable, en la Mancha baja, verdadero océano de tierras llanas, en el nivel de las arci-



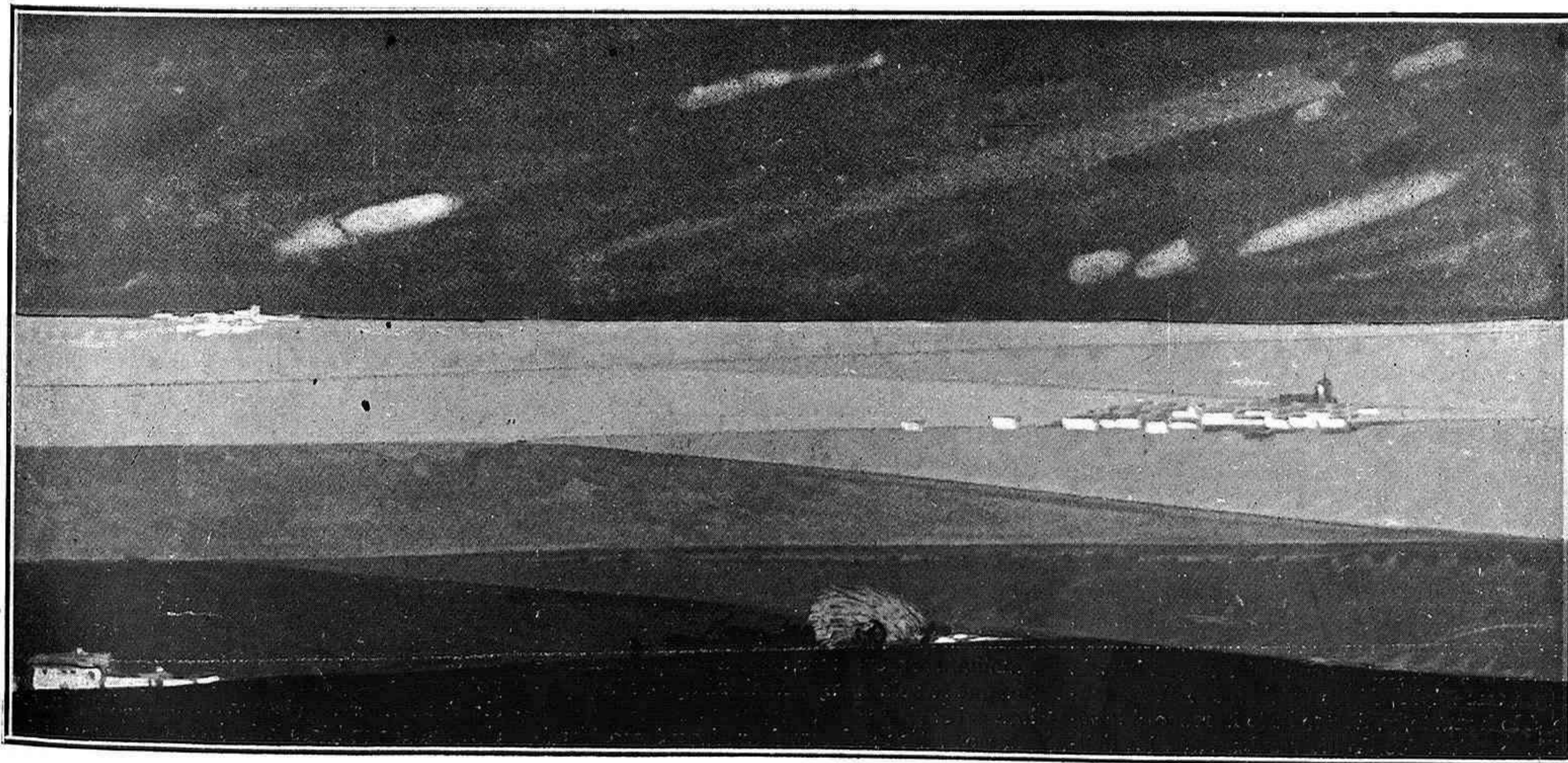
Un molino de Ciudad Real

llas tortonienses.» Olivo, vid, cereales, azafrán, zumaques, alcamonias ó menudeles, legumbres de secano. El pinar, el romeral, el retamar, el espartal. Ovejas y mulas. Grandes propiedades de labranza y ganadería. Así está descrita la región en sus líneas más gruesas. Dentro de la variedad de países que nos ofrece este vastísimo país manchego, queda el específico de Mancha para la llanura solitaria por donde caminan Don Quijote y Sancho. Pero yo estoy seguro de que sobre el mapa, bien amillarada esta zona plana, sería de poca extensión superficial, comparándola con la totalidad de tierras de otro corte menos monótono y menos característicamente manchego.

Si domina en nuestro recuerdo no es sólo por la ilustración del gran libro español, sino por su vigor estético. Mancha, campo espartario, tierra seca. Toda esta tradición poco á poco va quedándose atrás, y aunque sea imposible variar la Geología, el hombre llega á adaptarla y á domesticarla. Como antes las Landas, ahora van cambiando las llanuras manchegas. Y hasta confío en que sacaremos partido del cráneo del «hombre de la Mancha», que dejó como una de

Peñas, en otro tiempo miserable, hoy próspero y lozano, es la mejor prueba. Los manchegos son robustos, sobrios, habituados al trabajo, pacientes con todos los que saben tratarlos sin rudeza. Esta manera de conducirse con ellos es la más opuesta á su carácter.» El cuadro de la Mancha, tal como lo vió el invasor de 1808 ó el turista de 1860, ha cambiado bastante. La vida agrícola se ha ido completando poco á poco. Es posible que ninguna otra región española haya experimentado en tan poco tiempo mudanza tan notable como la provincia de Albacete; y alguna parte completamente manchega de la de Ciudad Real. Pudiera ocurrir que ni aun la sequedad del clima fuese inmodificable, que los salobres de la estepa tengan alguna vez aprovechamiento y que se transforme todo el sistema arboreal con arreglo al sueño de D. Antonio Ponz y de los ministros benéficos de Carlos III... Pero aunque así no fuere, ó aunque tarde ese golpe de la varita mágica, el paisaje de los llanos manchegos es admirable. Necesita hombres, artistas que se acerquen á él con espíritu distinto del que dominó todo el siglo XIX.

Luis BELLO



Paisaje de la provincia de Ciudad Real

(Ilustraciones de Ferrer)

EL SEVILLANISMO DE MURILLO

DE sobra tiene conquistada Murillo la fama de gran pintor. Harto rebajada durante el siglo XIX, de algún tiempo acá, y ello merced á la crítica comprensiva de Carlos Justi, ha comenzado la rehabilitación de aquel artista; hablar hoy mal de Murillo, ó menospreciar las dotes que poseyó, vale tanto como incurrir en el más craso de los errores. A tamaña injusticia ha contribuído en parte el venir considerándole al través de la producción velazqueña. No á título de segundón ó de heredero, sino en virtud de su genio creador, hay que verle, y así, no de otra suerte, debemos aceptar su obra.

Fué Murillo un sevillano neto, que jamás se desprendió de las cualidades nativas.

Escribe Ceán Bermúdez que su amabilidad «convenía perfectamente con la dulzura y estilo de sus pinturas»; nada, en efecto, más cierto. Si Sevilla le dió el ser, él vivió consagrado á ensalzar el espíritu sevillano en cada uno de sus lienzos.

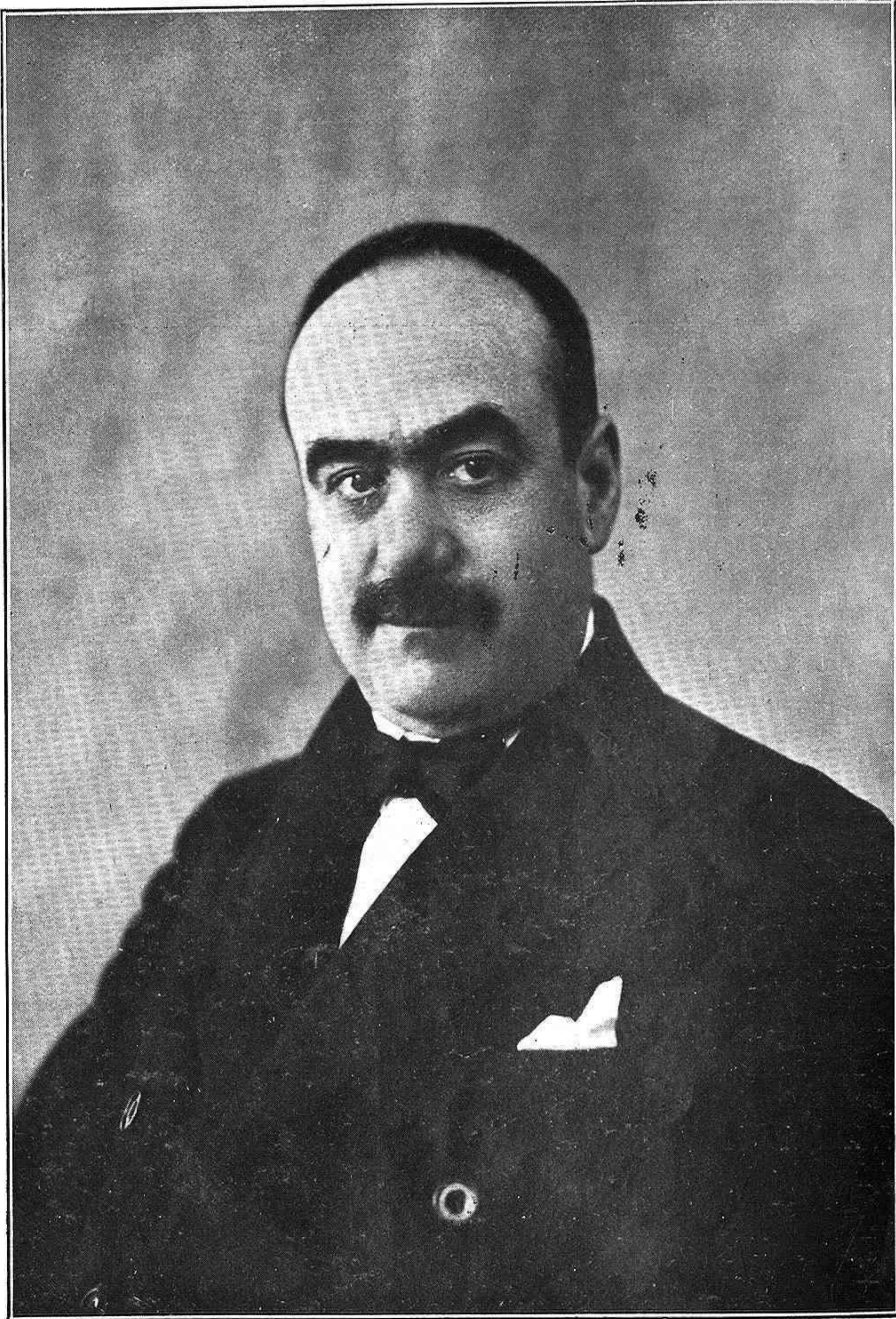
El hombre que trabajaba para atender á las demandas del mercado y para satisfacer los gustos de su abundante clientela, interpretando los asuntos religiosos, nunca dejó de pensar en la ciudad del Betis y de aludirla por medio de las figuras que el ambiente le ofrecía. En cada personaje, aun en los disfrazados para santas representaciones, hallamos el acento inconfundible de Sevilla; ese acento dulce, de suavidad insinuante, de gracia fina y amable, bondadosa y delicada, blanda y optimista, que desconoce la trágica violencia de un Valdés Leal, el autor de los macabros simulacros ó postrimerías de la carne corrupta y hedionda. Ante el espectáculo del dolor, su pincel piadoso dijérase que procedió aplicando un bálsamo confortativo y salutífero. La pústula de la tiña, que encontrara solícita curación en las amorosas manos de la abnegada Isabel de Hungría, no enturbia el gesto digno y hasta alegre del llagado; cara á cara con la miseria, Murillo sabrá atenuar la repugnancia que á los ojos vulgares inspira, sin abdicar de un realismo fuerte y caracterizador; una sonrisa ó un mohín picaresco lo servirán, para el caso, á maravilla.

Es menester trasladarse con la imaginación á los días en que la devoción popular andaluza pedalea, de acuerdo con la sensibilidad entonces á la moda, que tratase cualquier escena basada en un tema del Antiguo ó del Nuevo Testamento, á lo humano, y, dentro de lo humano, á lo sevillano. Ejemplos donde resplandecen las delicias tranquilas y envidiables del hogar provinciano son, en tal respecto, la Virgen y San José con el Niño Jesús: la familia llamada del «Pa-

ACABA DE PUBLICARSE

"Temas de Arte y de Literatura"

Angel Vegue y Goldoni, el conocidísimo y justamente bien reputado crítico y profesor de Arte, ha reunido en un libro algunos de sus artículos sobre tan interesante materia. El libro, que en el deseo de cuantos le conocen será el primero de una serie, merece ser leído por todos. Damos en esta página uno de los artículos que lo integran



DON ANGEL VEGUE Y GOLDONI

jarito». En este cuadro, de interior, todo es sencillo y respira ingenuidad: la madre, junto á la devanadera, contemplando al tierno infante, que atrae, jilguero en mano, la atención del retozón falderillo, mientras, embebido, los contempla el Patriarca, después de haber abandonado la tarea de carpintero; ningún atributo denuncia lo sobrenatural; más que á la Sagrada Familia, sorprendemos aquí á pacíficos artesanos que se solazan ajenos al tráfigo de la populosa urbe.

Lejos estamos de emplear el equívoco término de idealismo, refiriéndonos á una modalidad que advertimos en el maestro sevillano. Para nosotros, el idealista y el místico de la pintura

religiosa lo es el Greco; la fantasía de Murillo no gana las celestes regiones; precisamente su fuerza estriba en no haber perdido el contacto con la tierra que pisaba y en haber hecho de su arte un fiel espejo de realidades tangibles, observadas y anotadas con rara complacencia. Sus más altas visiones admiten los convencionalismos del género; pero el concepto trascendental, ni superior ni inferior al de otros pintores católicos, no desvirtúa el encanto de lo que los ojos, abiertos y educados, perciben, hora tras hora, frente al cotidiano vivir de las gentes. «Lo maravilloso ha

sido narrado por él, de manera tan familiar —apunta Justi—y con tanta candidez, que se despoja de su condición fantástica, y el incrédulo mismo amará sus cuadros, porque descubrirá en ellos símbolos de ideas puramente humanas.»

Examinadas una á una las individualizaciones de Murillo, sorprende la cantidad de sevillanismo que proyectó sobre sus telas con líneas y colores. La infancia—el Niño Dios—, de faz á veces burlona é ingeniosa, ó los muchachos del arroyo, con la expresión picante á flor de labio; la juventud—mujeres cuyo garbo ó donaire no se disimula bajo las barrocas vestiduras de virgen ó el tradicional atavío bíblico—y la edad madura, macarenos de ademanes nobles y elocuentes, cual cumple al papel de pontífices, obispos, trailes ó eclesiásticos, que hubo de confiarles el propio Murillo, nos colmarán las medidas.

El ambiente de Sevilla que más sedujo á Murillo no es el luminoso y bullanguero. La Andalucía de pandereíta, aportación romántica, dista de esta obra grave y, sin embargo, gentil, de media sombra ó de claridad discreta, que rechaza las vociferaciones y las declamaciones.

Hay un color local en las almas. Las de los personajes retratados por nuestro pintor lo denuncian, con rasgos inequívocos. Y ese color local en que la psiquis popular se transparenta, lo analizó Murillo de manera penetrante y atinó á

destacarlo, dentro de las costumbres y del momento histórico que á Bartolomé Esteban obligaban.

Enemigo de extremosas ostentaciones, supo cercenar cualquier propensión al desenfreno barroquista.

En cuanto al pintor, las inflexiones de su lenguaje plástico no pueden ser de cepa más sevillana. La gracia amena, despierta y sonriente, el polo opuesto de la chocarrería, fluye de las creaciones murillescas; el alma andaluza, limpia, clásica por los matices helénicos, exigía el temple de un Murillo. Por eso fué Murillo su más acabado definidor.

ANGEL VEGUE Y GOLDONI

UNA FIGURA DE ACTUALIDAD

EL DOCTOR NOVOA SANTOS

(COMENTARIOS A UNA CONFERENCIA)

LA figura del doctor Novoa Santos, catedrático de Patología general en San Carlos, ha vuelto á ser de actualidad y con doble motivo: el banquete con que le han obsequiado sus compañeros, admiradores y paisanos, y la conferencia que sobre el tema, tan interesante, de *Posición biológica de la mujer* ha dado en el anfiteatro grande de la Facultad de Medicina el eminente médico.

El banquete fué una fiesta cordial y, naturalmente, de elevación espiritual, por los elementos en ella reunidos. La conferencia interesó muy vivamente al auditorio, formado en su mayoría por profesionales y alumnos de Medicina; mereció también, y merece, la atención pública, porque el tema, como tantos otros planteados en Biología, es, naturalmente, tanto como biológico, social.

El problema feminista no es una preocupación nueva para Novoa Santos. Una de sus primeras obras, publicada poco después de su doctorado, fué la rotulada *Indigencia espiritual del sexo femenino*, que, por su título ya, ofendió á los feministas más intransigentes.

No había, sin embargo, razón para la ofensa. La tesis de aquel libro, suficientemente demostrada en él, era la afirmación de que la mujer intelectual tenía algo de varón.

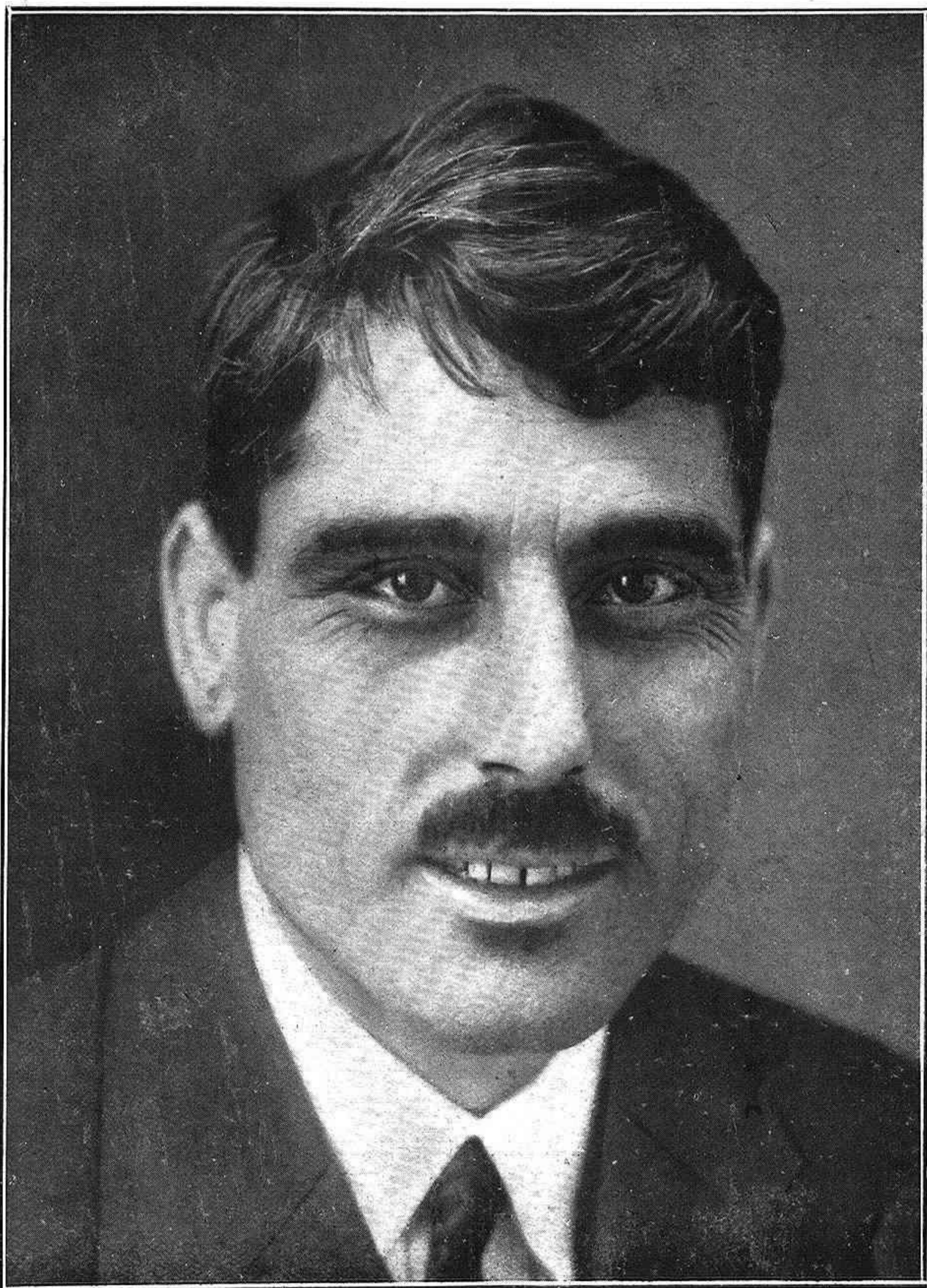
Novoa Santos afirmaba así, con sus palabras y con sus razonamientos, una cosa que muchos feministas habían afirmado antes y siguen afirmando después con sus hechos. Por sus costumbres, por sus

gestos y por sus actitudes, muchas feministas exaltadas siguen haciendo buena esa opinión y mereciendo un calificativo que los franceses idearon para ese tipo, y que no escribimos por feo.

Cuando el estudio de los problemas de endocrinología esté terminado, ó poco menos, es muy posible que Novoa Santos encuentre en las soluciones de esos problemas argumentos incontrovertibles, objetivos contundentes que templen el encono de sus «dulces enemigos», como llamaban á las mujeres algunos poetas románticos.

Novoa Santos, por otra parte, no pretendió entonces con su libro, ni ahora con sus disertaciones, inferir agravio á la mujer considerándola inferior al hombre: ahora mismo, en la primera parte de su conferencia, lo primero que hizo fué exponer las características de cada sexo, para demostrar que no existe inferioridad de uno con respecto á otro; y es natural que así sea, porque, en realidad, se trata—y no hubiese sido difícil al doctor Novoa Santos encontrar argumentos filogénicos para demostrarlo—de dos sexos complementarios, que sólo al unirse, al emparejarse, forman el ser definitivo, ideal.

No olvidó, naturalmente, el conferenciante, aunque, como queda dicho, no los agotara, ni



DOCTOR NOVOA SANTOS

Catedrático de Patología general de la Facultad de Medicina de Madrid

(Fot. Padró)

muchó menos, los argumentos filogénicos: expuso de qué modo la diferenciación sexual ha sido obra de evolución. Los tipos femenino y masculino, que primitivamente eran mucho más semejantes que ahora, han ido diferenciándose paulatinamente hasta extremar las diferencias. No es extraño, pues, que, como decía Novoa Santos en su conferencia, cada sexo conserve aún elementos del contrario, ni que Flay haya podido decir, sin duda fundándose en datos experimentales, en estadísticas suficientes, que en los zurdos abundan más los elementos heterosexuales: tal vez hay en ese hecho una coincidencia de dos retardos en la evolución diferenciadora.

Esa evolución explicará también la verdad del rótulo del libro primitivo, de que antes hablábamos, de Novoa Santos: *La indigencia espiritual del sexo femenino*; sobre todo, si entendíamos por sinónimos espiritual é intelectual, sería una consecuencia de lo que llaman aún los fisiólogos gimnástica funcional: el hombre se reservó todas las funciones sociales que podían conducir al enriquecimiento del espíritu, porque requerían una mayor actividad de las funciones espirituales; la mujer fué relegada de ellas y, consiguientemente, de la gimnasia de esas funciones. La

indigencia había, pues, de ser fatal.

Pero nada quiere decir que sea definitiva, si no en el presente, en un porvenir más ó menos remoto, según la actividad transformadora de las sociedades, que asimile cada vez más á uno y otro sexo en sus funciones sociales esa diferencia, como otras podrá desaparecer. Ahora mismo podría hablarse también, con razón, de «indigencia espiritual» de una parte del sexo masculino: de la parte total y aun hereditariamente consagrada á profesiones poco ó nada intelectuales.

No había para qué insistir, y no insistió el conferenciante, al hablar de Voronof y sus teorías. Más interesante fué el recuerdo de Nicolás Pende y de las conclusiones á que llegó estudiando casos observados durante la gran guerra: de ese estudio deducen los autores la eficacia de las acciones externas como modificadoras del carácter sexual; en muchos soldados, á consecuencia de fuertes emociones, aparecieron caracteres somáticos femeninos. ¿No sería posible encontrar, interpolar en esa naciente ley—fruto de la eterna causalidad—modificaciones orgánicas ó fisiológicas de la función endocrina?

Ese camino podría conducir á interesantes aplicaciones profilácticas y terapéuticas, trascendentes no sólo para la vida física, sino también, y más posiblemente, para la social.

Con proemio tan interesante y fundamental para lo que había de constituir lo fundamental de

su conferencia, llegó Novoa Santos al tema capital: la posición biológica de la mujer. Sintetizando en una frase su pensamiento, dijo: «la mujer representa, corporal y espiritualmente, un niño en plena madurez sexual».

Para llegar á esa conclusión, Novoa Santos hizo un indispensable paralelo entre la arquitectura somática de la mujer y la del niño, encontrando semejanzas en la conformación craneana, en las dimensiones de la laringe, en la mayor actividad cardíaca, en la mayor excitabilidad nerviosa y en el dominio de las funciones asimiladoras.

Igual paralelo, hecho comparando caracteres espirituales, le sirvió para mostrar semejanzas de ternura, de emotividad, de abulia, de mitogenia, etc., etc., sin perjuicio de atribuir la existencia de esos caracteres en la mujer, no á un retardo en su evolución, sino á la naturaleza histeroide del sexo, consecuencia lógica de un predominio sexual.

Tal fué la primera parte de la conferencia en la que Novoa Santos dejó claramente definida su posición ante el problema feminista. No es idéntica ya á la de su primer libro, pero aún conserva su línea general.

G.

Cuentos de «La Esfera»

El reo



mismo que si le contase un cuento fantástico...

—Bien; usted sabe que queriendo salvar á una niña fui alcanzado por un expreso y lanzado fuera de la vía, en apariencia sólo contuso; pero en realidad muerto. ¿No lo sabía usted? No me extraña; yo tampoco lo supe hasta que él me lo dijo... Pero tiene razón; empezaré desde el principio para no embrollarme... Es absurdo que las cosas no puedan empezar por la segunda parte, que es... Voy á contarle el caso con método; óigame y se convencerá de que todo fué terriblemente sencillo.

Yo era jefe de estación cuando ese salvamento de que le he hablado. Veintiséis años de antigüedad me hicieron acostumbrar á esa vida, más que dura, monótona. Entre el telégrafo y el continuo tránsito de trenes no se me hacían los días largos. A veces, interrumpiendo la recepción de un telegrama, tenía que coger mi bandera verde ó mi linterna, si era de noche, y salir con el pito entre los labios para dar el paso á un rápido. Usted

Es una contrariedad que ese viejo se parezca á mi padre. Yo tenía cuatro años cuando mi padre murió, y el recuerdo que tengo de él se habría perdido sin un retrato en donde está con otro señor que no sé quién es. He extraviado ese retrato hace bastante tiempo; pero cuando el viejo abogado entró esta mañana en la celda y tomó asiento junto á mí, he vuelto á ver la fotografía como si la tuviera delante; mejor aun, como si estuviese dentro de ella... Porque yo soy el otro señor, y el abogado es mi padre, y la mesa que está entre nosotros es aquella mesa... Sí; la misma mirada, el mismo lento parpadeo, el mismo cuello de camisa entreabierto por el que se desborda una sotabarba de canónigo... En otro tiempo, esa semejanza me habría sorprendido; hoy, no... Me contraría, pero no me sorprende. El es mi padre, y yo soy el señor que no sé quién es, como antes fui «el otro», el que ojalá nunca hubiera sido... Mi verdadero mal es ser la funda de un hombre, en la cual entran otros hombres que, ocultos dentro de lo que queda de mí, me toman por disfraz y van por la vida irresponsables, sirviéndose de mis pies, de mis manos, de mis palabras, sin que yo pueda oponerme á esa usurpación.

Cuando el abogado se ha puesto en pie y, mirándome al fondo de los ojos, me ha dicho: «Usted volverá de su acuerdo. Estoy designado de oficio, y quiero oír cuanto en su defensa pueda decirme... Hoy todavía está usted muy excitado; cálmese... Volveré dentro de dos ó tres días y entonces hablaremos...» Cuando me ha dicho estas palabras con la voz de mi padre—que nunca oí—con la figura inconfundible de mi padre, he bajado la cabeza cual corresponde á un hijo sumiso, y he contestado:

—Perdóneme la violencia de antes... Nada tengo que decir; nada puedo decir. Acepto gustoso la pena que quieran imponerme los jueces... ¿La horca? La horca. ¿El presidio? El presidio... Nada puedo argüir en mi defensa; pero si usted insiste, si se obstina en volver, vuelva cuando guste.

Me miró un momento con atención, como sorprendiéndose de lo que he crecido, y salió en silencio.

Otra vez entre los cuatro muros blanqueados que rezuman humedad, se me ha ocurrido lo que ya se me ocurrió antes: ¿por qué no podría seguir siendo el señor del retrato? Recuerdo bien que, sentado con las piernas cruzadas, mirando en el vacío algo que mi padre mira al mismo tiempo que él, no tiene cara de hombre malo... Las arrugas de su frente no son arrugas de preocupación; los extremos de una leontina pendiente de un ojal van á perderse en los bolsillos del chaleco, trazando dos combas parecidas á un cortinaje. No debía ser rico ni pobre, ni muy torpe ni muy listo... Yo hubiera estado perfectamente siendo él, ya que me es necesario sobrevivir á mi verdadera muerte. Pero el otro, el terrible otro, el que ordena, el que me ha traído aquí, el que me impide descubrir el secreto, vió mi cuerpo vacío y se refugió en él con la avidez de un caminante que, sorprendido por el temporal, ve un árbol frondoso en la llanura...

Nada debo decir. Los muertos somos más discretos que los vivos, y, sin embargo... Si ese viejo abogado vuelve, si se sienta otra vez como está sentado mi padre en el retrato, si me permite un momento la dicha de sentir dentro de mí al otro señor que no sé quién es, presiento que le contaré todo igual que si no se tratara de mí, lo

conoce mi estación, que hasta el suceso nadie conocía, pues aunque cuando el salvamento hablaron de mí, no fué tan sonado como ahora. Perdida entre montañas, en medio de dos túneles que la acechan, es una estación de poco movimiento. Nada más hay cuatro empleados, y dos de ellos viven en el pueblo, que está á dos kilómetros de cuesta pina y pedregosa. No está bien que yo, un empleado, critique á la Compañía; pero bien podía hacer un pabelloncito anexo para evitarnos la insuficiencia de personal... Realmente, me es penoso pensar que no veré más mi mesa con el Morse, el casillero de billetes, la casita de paredes granuladas pintadas de gris y el gran reloj con sus dos esferas. ¡Bah! Todavía he visto eso más tiempo del debido; desde el día de mi muerte hasta el día en que me prendieron los guardias civiles... No me pierdo en otra digresión... No se impacienta, que ya entro en materia.

Es seguro que nadie había tenido la ocurrencia de destacar mi nombre del sin fin de empleados hasta aquel día. Figúrese cuántos López habrá en ese escalafón. Era una tarde de nieve, y en todos los servicios había un retraso atroz. Cuando de la estación inmediata me anunciaron la salida del mixto 424, me abotoné mi chaqueta, y luego de liarme al cuello la bufanda, salí al andén. Además de dos ó tres labriegos, estaban allí una mujer con un niño de pecho y otra nena mayorcita ya. No sé cómo fué; parece que la muchacha quiso inclinarse para ver si ya el tren había tomado la curva de entrada... El caso es que patiné, que la vimos todos tendida cuan larga era entre los dos railes. La madre quiso abalanzarse, y yo, de un salto, me puse allí y la tomé en brazos... Pero ya el tren estaba sobre nosotros... Y la madre hubo de esperar á

que pasara la interminable fila de vagones para ver qué nos había ocurrido..., porque el bárbaro del maquinista, por ganar algo de retraso, venía lo menos á sesenta por hora, y no pudo parar hasta muy lejos del andén... La niña estaba salva, y yo, aunque molido, después de un desmayo, me hallé perfectamente: algunas erosiones, un ruido grande dentro de la cabeza, y nada más. Eso creyeron todos; eso creí yo mismo... Me dieron la Cruz de Beneficencia y me aumentaron siete pesetas el sueldo.

Ahora comienza lo extraordinario... Una noche, yo dormitaba en mi cama volante junto á la mesa; el primer tren—un mercancías—no pasaba hasta las cuatro y media; tenía tiempo de echar un buen sueño... Ya desde el salvamento venía yo padeciendo insomnios; pero aquella noche el desvelo me desesperaba. Y no era verdaderamente desvelo, pues como tener sueño, ¡vaya si tenía sueño!... y no podía dormir. Me puse á contar hasta mil; á los cuatrocientos me vino la idea de calcular de memoria los billetes vendidos durante la semana... Nada, ¡que si quieres!... De pronto, el Morse comenzó á marchar... Tac, tac, tac... Usted conocerá bien esos golpeitos secos... Punto, raya, dos rayas, punto... Desde la cama yo iba coordinando letras primero, luego sílabas, palabras después. Los sonidos se sucedían con tan poco intervalo que, á pesar de quince años de práctica y de ser uno de los mejores telegrafistas—perdone la inmodestia—, me era difícil seguir de oído... Le juro que nunca he sentido tal impresión de terror; quise incorporarme para ver, y el telégrafo dijo dos veces seguidas: «No te levantes; en la cinta de papel nada queda escrito. Escucha desde ahí sin moverte...»

Al acabar de recibir esta orden ya me habría sido imposible faltar á ella; fui como un pelele al que quitan el alma de hierro; me desplomé, sentí que todos mis huesos se hacían gelatinosos. Con los ojos dilatados y todo el ser puesto en los oídos para escuchar el tac-tac del telégrafo, me incorporé, y entonces él empezó sus revelaciones.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Escucha... Estás usurpando una vida. El topetazo que te dió la locomotora, aquel dolor que sentiste en el costado izquierdo, fué producido por el corazón al dejar de latir. Estás muerto y bien muerto... Tú ya no existes; tu cuerpo está vacío...

Fué, papá, como una gran luz que se encendiera dentro de mí; comprendí en seguida que él decía la verdad... Ya una obscura conciencia de eso se había insinuado varias veces, pero tan turbiamente, que la idea se fugaba en cuanto hacía un esfuerzo para fijarla. Aquella comunicación la iluminó... Yo estaba muerto. De pronto sucedió el primer terror: una sensación de tranquilidad..., no, de inexistencia... Sin que mis labios se movieran tuve este pensamiento: «Y tú que hablas conmigo, ¿quién eres?»

El tic tac se reanudó otra vez.

—Soy... A mí me pasa lo contrario que á ti; mi cuerpo ha muerto y mi espíritu vive... Sin duda, me conoces. Soy Francisco Gener, el anarquista á quien fusilaron hace tres meses... No fué obra de justicia, no: fué un asesinato; yo no era el culpable de la conspiración que me imputaban. El presidente del Consejo me temía, y quiso librarse de mí... El no sabe que sólo mi cuerpo ha muerto, y tú no puedes decirselo á nadie, porque entre los muertos, los secretos se guardan... Es extraordinario, ¿verdad? Tú sólo eres cuerpo, y yo sólo soy espíritu. Los dos unidos haríamos un hombre...

Aquí el tic-tac se aceleró tanto, que no pude entender. Me parece que una vez suspiró: «¡Ah, si tú quisieras!» Luego, siempre con precipitación, me dijo que San Cristóbal venía á comunicarle que Dios le llamaba á toda prisa. Prometió volver, y, en efecto, á la noche siguiente volvió.

Pero no puedo contarle de un tirón todo. Yo creía que ser orador era profesión de holgazanes. Y no, vaya si cansa el hablar... Si quiere usted saber el resto, pida un vaso de vino y cualquier cosa para comer. Como no tengo mas que cuerpo, estoy esclavo de todas sus necesidades... Hasta en esto he tenido mala suerte.

—No, es mejor que no me contraríe; luego hablaré de esta pretensión suya de que repita ante su hermano la historia... Acabé de oírle usted,

y después veremos. Pero siéntese aquí, junto á la mesa, y yo me sentaré del otro lado; ponga la mano sobre el libro, lo mismo que está en la fotografía... No podría seguir contando de otro modo.

Yo trabajé aquel día automáticamente, como puede trabajar un cuerpo que se mueve por un viejo impulso. Al fin, la noche que esperaba con tanta impaciencia vino, y él vino también. Llegó á la misma hora que la noche anterior, con la exactitud de un sudexpreso.

—Tic-tac, tic, tic, tic... Estoy aquí.

—Te esperaba.

—Vengo contentísimo... ¿A que no aciertas para lo que anoche me mandó á buscar Dios?

—No puedo acertar; ya sabes que mi espíritu ha muerto.

—Verdad, verdad... Me ha dado, al fin, el permiso... ¡Mi asesinato no quedará impune!

—¿Te ha dado permiso para qué?

—¡Para vengarme!

El Morse tuvo una trepidación larga y colérica. Después continuó imperativamente:

—Necesito tu cuerpo. Sin un cuerpo no puedo hacer nada: ni esgrimir un cuchillo ni arrojar una bomba... Es preciso que me prestes tu cuerpo, que seas mi brazo.

Yo me incorporé para gritar:

—¡No, no!... ¡No quiero ser instrumento tuyo! ¡Yo fui un hombre honrado!... Lamento el daño que te hicieron; pero me niego á que te sirvas de mí.

—¡Te necesito! ¡Tengo el permiso de Dios!... ¡No me obligues á ser violento!

—¡Jamás te serviré para un crimen!... Busca otro cuerpo cualquiera... Ten compasión de mí. ¡Jamás te serviré para eso!

—¡Sí!

—¡No, nunca!... ¡Me opongo con todas mis fuerzas!

—¿Es esa tu última palabra?

—Déjame, déjame! ¿Qué mal te he hecho yo?

—¡Sí!...

—¡Nunca, nunca!

—¿Nunca?... Verás.

De pronto, y esto fué horrible, papá, el tic-tac cesó, y la voz de él, timbrada de ironía y de triunfo, habló—¿dónde cree usted que habló, papá?—, ¡habló dentro de mí!...

—Yo hubiera preferido un acuerdo—dijo—. Me es doloroso entrar violentamente en un cuerpo ajeno, aunque reniego de la propiedad... Ya toda resistencia es inútil... En realidad, lo que hagas por mí no será demasiado violento ni te obligará á salir de tu profesión... Tirar de una palanca en vez de tirar de la otra, cambiar las agujas, y asunto concluido... El tren en que viaja el presidente del Consejo pasará mañana por aquí.

¿Qué podía yo hacer sino únicamente lo que hice? No iba á meter mi propia mano dentro de mí para echarlo fuera; además, aunque lo hubiera hecho, un espíritu es incorpóreo... Ni siquiera podía hablar, ni aun desear su salida, porque ya mi voz no era mi voz, ni tenía otro pensamiento que el suyo... Hace usted bien en enterrecerse; yo también hubiera llorado lágrimas amargas aquella noche, si hubiera podido disponer de ellas.

Usted sabe casi tan bien como yo el resto... Al día siguiente, el tren que debía pasar ante mi pequeña estación como un meteoro, tomó una vía equivocada y fué á hacerse añicos contra otro tren. Fué una catástrofe formidable. Del montón de escombros salían gritos y humo; vi á una mujer con una astilla clavada en el cuello,

y á dos hombres despedazados y cocidos después por un chorro de vapor de agua. Setenta y dos muertos y cuatro heridos: una cosa horrible... Pero el presidente del Consejo se salvó milagrosamente. Después he tenido una sospecha... ¿No le parece á usted?... Se me figura que él me engañó, que Dios no le había dado permiso para hacer aquello.

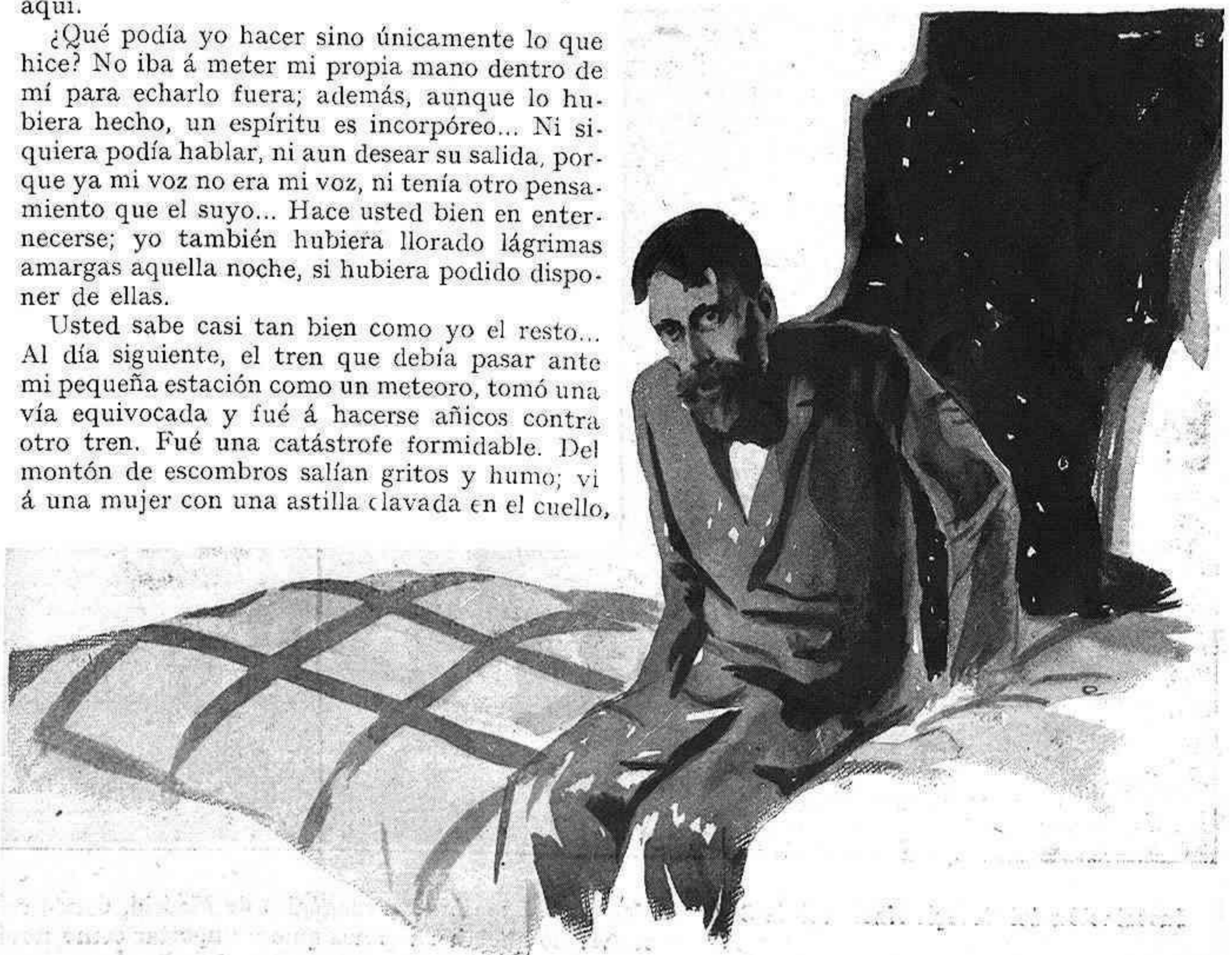
—No he querido darle el disgusto á su edad, y por eso he venido á contar otra vez la historia ante este señor. Ya estuvo hace dos días aquí, y el guardián me dijo que era médico forense. Como no sabía que era hermano suyo, papá, me limité á contestarle sí y no; ustedes comprenderán que no iba á revelar el secreto á un cualquiera. Ahora bien: tratándose de un tío mío, y por complacerle...

¿Sigue usted con su cantinela de que me ha salvado la vida? Confórmese con habérmela dado por primera vez, papá. Tiene usted esa obstinación de los viejos. ¿Cómo va á salvarme la vida, si no la tengo? Es de sentido común. ¿No me ha oído referir dos veces que morí el mismo día que salvé la niña?... Claro que esas son chochees de la edad. Vamos á ver. Cuando usted se hizo el retrato, tendría setenta años y yo dos, ¿no es así? Yo tengo ahora cincuenta y nueve. Luego usted tiene ahora ciento veintisiete años. A esa edad ya se pueden tener manías.

¡Ah!, quiero pedirle un favor... Si, como ellos no saben nada, me condenan á muerte, hagan ustedes que partan mi cuerpo en pedazos; no lo vayan á dejar entero, ¡por Dios!, no vuelva él á venir otra vez y me ponga un cuchillo en la mano y me obligue á segar la garganta de quien le venga en gana: del ser más querido por mí... De usted mismo, papá, si se le antoja... ¿Por qué se levantan así, de pronto? ¿Tanta prisa tienen? Escuchen antes una cosa para que se convenzan de que yo no era yo aquella tarde... Yo, que era caritativo, que había perdido la vida por salvar una niña, no hubiera podido hacer lo que él me mandó hacer. Cuando en seguida de la hecatombe, antes de que se descubriera quién era el autor, fueron todos los empleados á reconocer los escombros, yo pasé indiferentemente por encima de restos humanos, palpitantes aún. Recuerdo que al pisar el cuerpo de una joven, un chorro de sangre saltó y me salpicó las botas. A propósito: esas botas, que son de mucho abrigo, me las han quitado... Aquí se trabaja menos que en la estación, pero hace más frío; tengo los pies yertos. ¿No podría usted, papá, que tiene influencia, hacer que me las volvieran á dar?

A. HERNÁNDEZ CATA

(Dibujos de Echea)



UNA LABOR CULTURAL PERDIDA

LO QUE SE INVENTÓ EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVI,
REINVENTADO EN BÉLGICA EN EL XIX

CAJAL señaló hace tiempo dos caminos para la regeneración científica de España: enviar pensionados al Extranjero y traer del Extranjero maestros capaces de orientarnos en las diversas disciplinas. Los dos han sido utilizados; pero no siempre cumpliendo la condición, que seguramente era un postulado en el pensamiento del gran histólogo, de hacer una conveniente selección por virtud de la cual fuesen pensionados los que mejor pudiesen utilizar las enseñanzas recibidas allende las fronteras y viniesen para aleccionarnos los que seguramente tuviesen algo que enseñar.

Quien haya asistido asiduamente á cursos y conferencias dadas por los maestros de importación, habrá sacado, de la mayoría de ellos, una impresión desagradable y pesimista: la de que muchos de esos maestros no tenían la talla indispensable para sacarles de su tierra ó consideraban tan menguada la nuestra que se achicaban para ponerse á tono. Cualquier cosa menos que había sido indispensable su venida.

Algunas veces ese error lamentable en la elección ha llegado al colmo, y así, no hace mucho, un profesor belga ha venido á descubrirnos lo que nosotros teníamos descubierto, aplicado y elogiado por propios y extraños desde el siglo XVI.

Es un caso semejante al de aquel dramaturgo que tradujo del francés y llevó á un teatro madrileño como original una comedia de Bretón de los Herreros!

Hay, sin embargo, una notable diferencia entre uno y otro; en el caso del dramaturgo sólo hubo daño para él; en el caso del profesor extranjero hay daño general, puesto que forzosa-



FRAY LUIS PONCE DE LEON

mente ha de influir en el concepto que de España se forme en los ambientes culturales extranjeros la hipótesis de que tales conferencias, dadas por tales conferenciantes y sobre tales temas, son necesarias para orientar nuestra cultura.

Por patriotismo, cuando menos, deberíamos evitar que tales cosas ocurrieran.

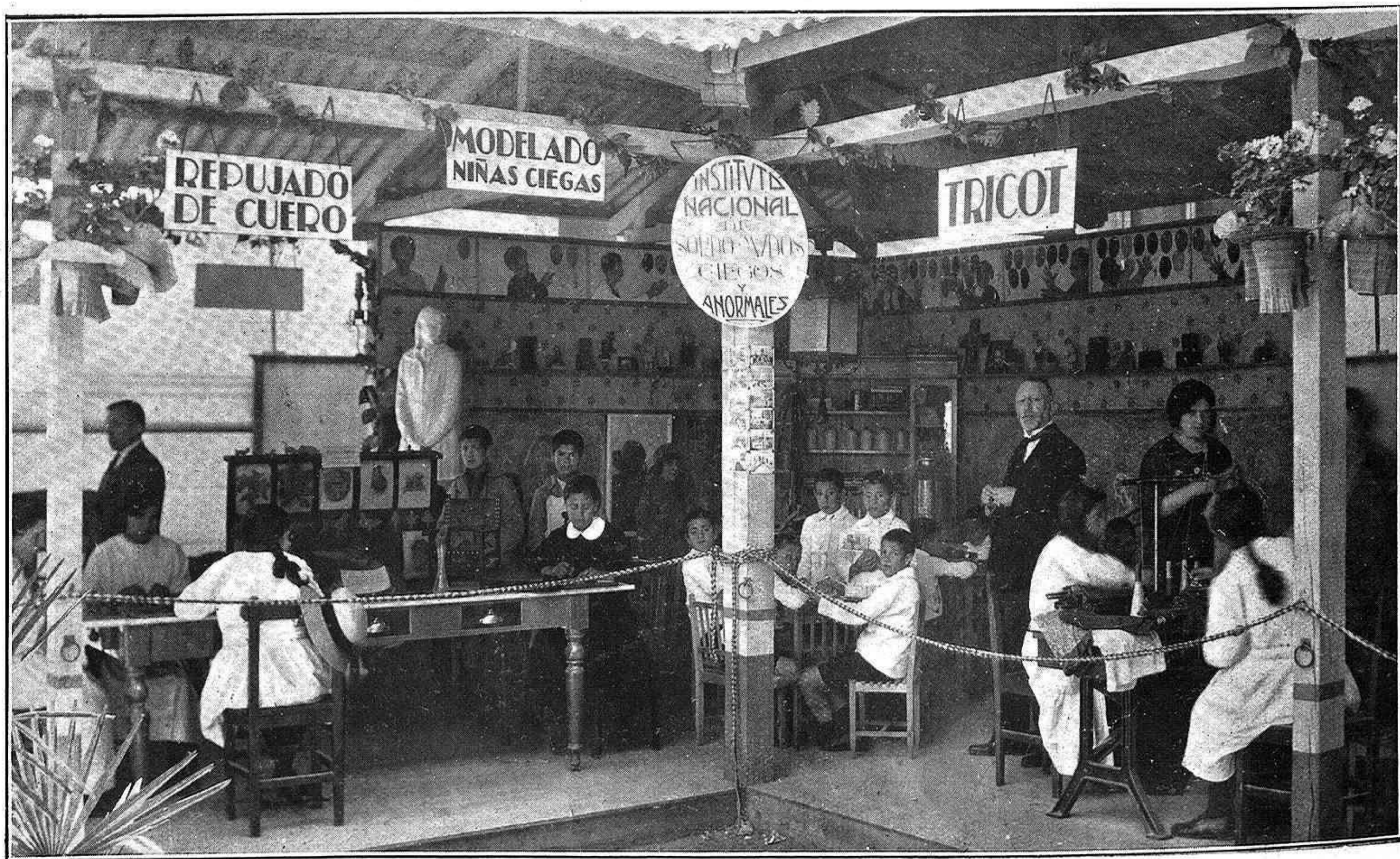
En el caso concreto de ahora, había, además, muchas razones para evitarle, porque no se trata ni de un conocimiento misterioso y sólo perceptible para los eruditos, ni de un conocimiento

olvidado por todos y sin aplicación práctica reciente. Los eruditos le dieron por definitivamente adquirido hace muchos años; la Prensa profesional—*El Magisterio Español*—le recordó no hace mucho, y, al hacerlo, demostró que sus aplicaciones, aun siendo más antiguas que el descubrimiento del método atribuido á los belgas, eran aún actuales ó poco menos.

Se trata de un método de desmutización que la ignorancia, el olvido ó la mala fe quieren hacer pasar como novísimo y extranjero cuando está archidemostrado que es antiguo y español.

La invención que ahora se atribuyen los belgas, teniendo por corifeos á españoles con suficiente influencia para traer y llevar sabios de una parte á otra, podrá ser, todo lo más, una *reinvenición* en que tampoco serían los primeros los súbditos, en otras cosas tan dignos de aplauso, del rey Leopoldo; el verdadero inventor fué Fr. Luis Ponce de León. Según reza la cartela de un retrato suyo: «Agustiniano, natural de Granada, Doctor Salmantino Theólogo, Escriturario, Filólogo, Humanista y Poeta», que: «Nació en 1527. Amáronle los buenos y persigióle la envidia; pero superior á la fortuna y á todos los elogios, murió en Madrigal á 23 de Agosto de 1591, á los 64 años de su edad».

¿Lo han olvidado los especialistas españoles en la materia? Positivamente, no. Uno de los más conspicuos, si no el más conspicuo entre todos ellos, D. Miguel Granell y Forcadell, describió hace años el método de Ponce de León con toda minuciosidad, y es de suponer que ahora, al oír una descripción semejante, enteramente igual en el fondo y en la esencia, del método empleado ahora en Bélgica y traído á Madrid co-



Instalación del Colegio Nacional de Sordomudos en la Exposición Pedagógica de Madrid, donde se aplicó, durante muchos días, á la vista de todos, el método que ahora se nos quiere importar como novísimo

mo novedad, habrá sentido asombro ante la ignorancia ajena que obligaba al profesor belga á quedar ante los verdaderos especialistas en la situación del geógrafo que se presentara ante sus compañeros con la noticia de que acababa de descubrir el Mediterráneo y obligaba á los oyentes á escuchar atentamente como si no tuviesen la menor noticia del *mare nostrum*.

Si el profesor belga—digno por lo demás de todos los respetos, y que personalmente es el menos culpable de lo ocurrido—ha encontrado en sus pasos por Madrid el monumento al genial agustino, levantado por suscripción pública entre los sordomudos y obra de un sordomudo también, y ha sentido la curiosidad de saber el motivo de aquel homenaje, habrá sentido también sorpresa, y tal vez haya recordado, si le sabe, un viejo refrán castellano al pensar en lo innecesario de su viaje.

No hace mucho contaba un colaborador de LA ESFERA el episodio del sobrino de Linneo, que, enviado por el gran naturalista para estudiar la flora de España, llegó, vió... y escribió á su tío diciéndole que aquí no tenía nada que hacer porque estaba todo hecho, y los naturalistas españoles tenían la flora convenientemente estudiada.

Si el profesor belga hubiese venido á Madrid hace algunos años, cuando se celebró en el palacio de Bibliotecas y Museos la Exposición pedagógica, hubiese podido hacer, y seguramente hubiese podido hacer lo mismo, porque hubiese visto aplicado en España el método que ahora llaman belga... antes de que naciera en Bélgica.

En aquella Exposición hubo, efectivamente, instalaciones muy interesantes del Colegio Nacional de Sordomudos, y entre ellas la de una escuelita primaria, muy moderna, que no era sino una de las clases del Colegio trasladada allí, con alumnos y todo, y en la que se aplicaba el método de Ponce de León, es decir, el mismo que el profesor belga ha venido á exponernos ahora, suponiendo que nos era completamente desconocido.

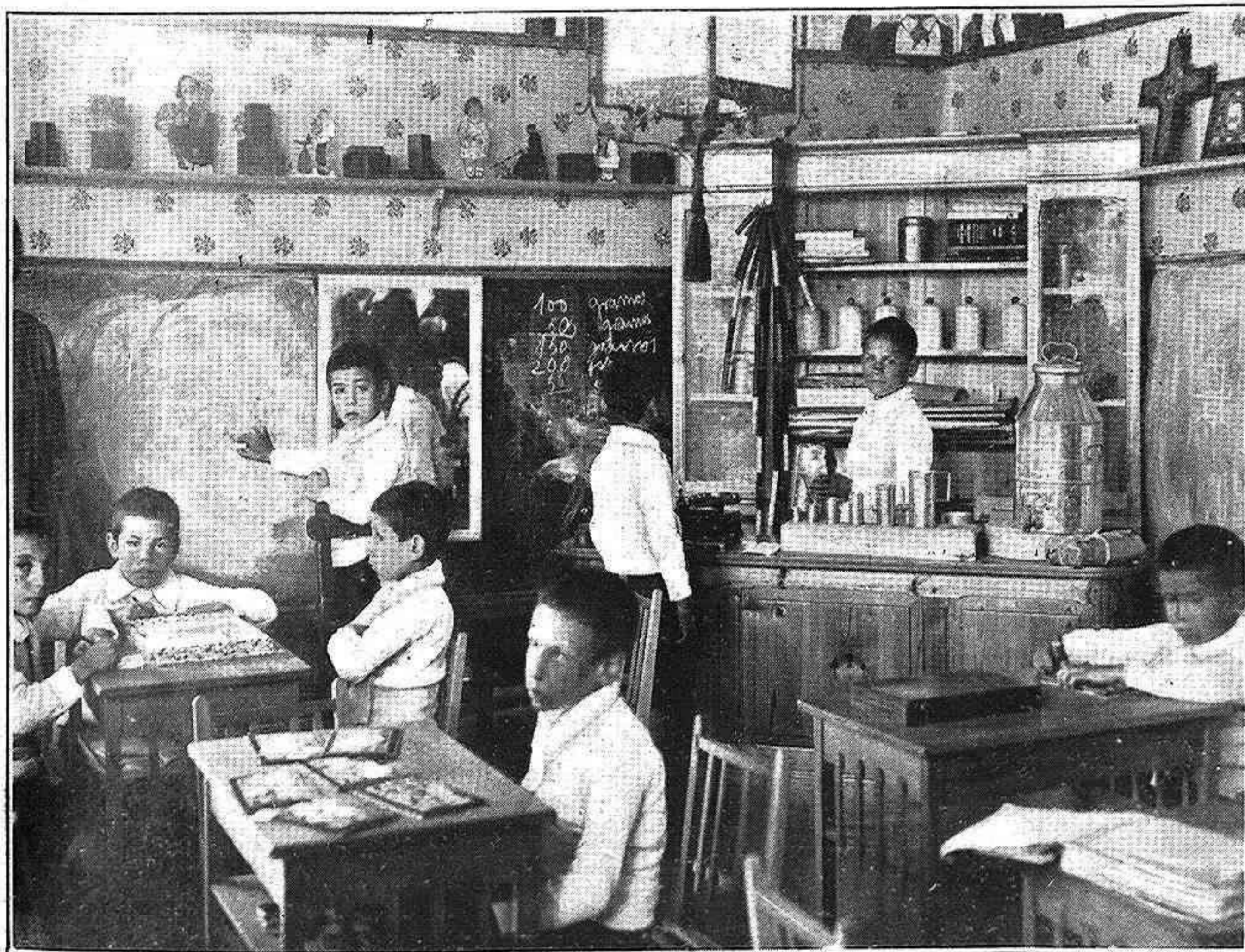
Aún hubiese podido ver más el profesor, porque en aquellos días, poco más ó menos, andaba por Madrid con su hijo, un maestro de obras asturiano, padre de un niño mudo, al que había enseñado á hablar, precisamente por el método de Ponce de León, como el personaje de Molière hablaba en prosa, y es que el método de Ponce de León es el método natural, y todas las teorías pedagógicas no hacen un pedagogo superior al más ignorante de los padres cuando tiene inteligencia y quiere ser padre de verdad.



Niños mudos del Colegio Nacional trabajando, por el método de Ponce de León, en la Exposición pedagógica de Madrid



Monumento á Ponce de León, obra del escultor Iglesias



Aplicación de diversos métodos á niños sordomudos, á niños ciegos y aun sordomudo-ciego, que aparece en primer término, en la Exposición pedagógica de Madrid

Porque ese método es el natural, esa *globalización* de que se nos habla ahora como descubierta por Desroly con sugerencias de Claparede y cosa novísima, por tanto, no es sino muy vieja, y aun después de olvidado, tan injustamente Ponce de León, que en su época tuvo notoriedad universal, educó príncipes y magnates, y los hizo hablar no sólo su propia lengua, sino el latín, ha sido reinventada varias veces.

Así, por ejemplo, el abate de Radouwilliers, en una obra titulada *De la manera de aprender las lenguas*, que apareció en París en 1768—dos siglos después de Ponce de León; pero siglo y medio antes que Decroly—exponía el mismo sistema.

Nicolás Adam, en otro libro que llevaba por rótulo *La verdadera manera de aprender una lengua*, hacía lo mismo, más detalladamente que Radouwilliers, en 1787, y sin citar más, saltando un siglo, son de conocimiento los trabajos de Mme. Rouquie, expuestos en la sociedad *Alfred Binet* de París, un poco antes quizás que los de Decroly fuesen divulgados.

Por cierto que en la obra de Nicolás Adam hay párrafos que parecen copia exacta de un capítulo de otra obra española, muy anterior también—de 1620—, la de Juan Pallo Bonet, titulada *Reducción de las letras y arte para enseñar á hablar á los sordomudos*.

Esta obra no puede ser desconocida para ningún especialista español, ni debería serlo tampoco para ninguno de los extranjeros. De ella hizo el Colegio Nacional una bella edición en *facsimil*, que, por cierto, fué muy celebrada en el último congreso de Maestros de Sordomudos celebrado en Londres, en cuya Exposición aneja fué presentada.

Como se ve, nunca mejor aplicado que ahora lo de *Nihil novum sub sole*; y el patriotismo manda que si, por acaso hay novedad y es nuestra no la desconozcamos ó la olvidemos y pasemos porque se nos traiga de fuera como última novedad lo que nosotros enviamos ha cuatro siglos ó poco menos.

Bien está, pues, que enviemos discípulos para que aprendan y traigamos maestros que nos enseñen; pero ha de ser á condición de que antes tengamos bien aprendidito lo que en casa puede sernos enseñado.

Hacer lo contrario sólo puede conducir á colocarnos á todos en posición falsa: á los que vienen, porque nada más ridículo que pretender enseñar al que sabe y puede dar lecciones, y á los que han de oírles aquí, porque sólo una exagerada prudencia puede obligar á fingir desconocimiento de lo que se sabe ó, por lo menos, se tiene obligación de saber.

D. T.



Benlliure examinando el famoso ángel de la Oración del Huerto, maravillosa obra de Salzillo

(Fot. Mateo)

LAS IMAGENES SAGRADAS

SALZILLO Y BENLLIURE

HACE poco tiempo estuvo el genial artista Benlliure en Murcia; había ido con motivo de la entrega en Lorca para el panteón familiar de los condes de San Julián de una placa funeraria, sencilla, sobria y elocuente, como obra nacida al mágico conjuro de su cincel maravilloso.

En Murcia es indispensable la admiración del tesoro artístico que en imágenes sagradas legara el genial escultor murciano Salzillo. Ellas constituyen el atractivo más poderoso de la Semana Santa murciana, tan típica, tan originalísima, tan huertana, que no se parece en nada á ninguna de las otras Semanas Santas españolas, de tal modo que quien hubiera admirado las suntuosas procesiones de Málaga, la pintoresca y extraña religiosidad de las de Sevilla, las típicas de Cartagena y demás afamadas, y asistiera á las de Murcia, se sorprenderá por los nuevos é imprevistos cuadros de color y religiosidad que á la admiración se ofrecen.

La profusión de pasos en una sola procesión, en vez de constituir cada dos pasos una distinta, pero semejante por la disposición de la comitiva; las típicas vestimentas de los nazarenos murcianos con atavíos huertanos que los convierten en distintos en absoluto de los demás; la profusión de niños y niñas nazarenos que dan una simpática nota; la asistencia de nazarenas cuya condición se descubre por el calzado que encierra diminutos pies femeninos; los detalles originales y típicos que á la curiosidad se ofre-

cen, constituyen notas interesantes, únicas, que sólo en las procesiones de la Semana Santa murciana pueden observarse.

Pero sobre todo, el tesoro de las imágenes de Salzillo constituyen el legítimo orgullo de Murcia.

Benlliure, á su paso por Murcia, no pudo por menos que rendir el debido homenaje de admiración á su admirable colega, y visitó las iglesias donde á modo de museo se exhiben las obras maestras del genial artífice de Murcia.

Nuestro grabado le representa admirando al famoso ángel de la Oración del Huerto, acierto de interpretación humana difícilmente igualable que es la admiración de cuantos se deleitan ante la maravillosa escultura. El ángel absorbe la preferente contemplación en perjuicio del Cristo que arrodillado yace en actitud orante junto á él. Pero la serenidad augusta, la belleza asensual del rostro angélico, embargan la atención de cuantos se enfrentan ante el escultórico grupo.

De esa reverente admiración participaba el glorioso Benlliure al examinar de cerca los aciertos técnicos de Salzillo cuando el objetivo le sorprendió en su muda contemplación. Y así como todo artista admira más la obra ajena cuando ésta vence dificultades de otro orden como los que la madera ofrece al tallado, Benlliure, creador genial, plasmador en piedra y bronce de concepciones ideales, admiraría de fijo el poder creador de Salzillo sobre una materia prima como la madera que ofrece otro orden de dificul-

tades materiales que los elementos que por operar sobre ellos, mejor conoce sus secretos, sus dificultades y también sus puntos débiles si los tienen el granito y el metal.

Además, Benlliure puede clasificarse como un artista pagano que sigue los ritos de la escultura clásica, sin que las imágenes religiosas hayan atraído mucho su inquietud artística. Y Salzillo fué exclusivamente un imaginero religioso que además de tallar sabía revestir sus obras con la policromía de los ropajes. Sabía vencer las dificultades de la anatomía y vestir las imágenes adecuadamente. Por eso repugnamos de las obras de arte tan frecuentemente ataviadas con túnicas que la piedad ha revestido de lujos y pedrerías inadecuadas á la pobreza y humildad con que las santas personas de la Religión vistieron en vida, y que muchas veces resultan de un irritante anacronismo.

En la Oración del Huerto precisamente se manifiesta esto que acabamos de enunciar. El ángel está tal y como su autor lo concibiera y ultimara de sus propias manos; en cambio, Jesucristo aparece revestido de una lujosísima túnica inadecuada, desde luego, á nuestro juicio.

Seguramente que al enfrentarse el genio de Benlliure con el extinto de Salzillo debió experimentar una sensación análoga á la que experimentan dos grandes hombres cuando se contemplan frente á frente y sus espíritus vibran monocordes...

GUILLERMO RITTWAGEN

LOS PINTORES ESPAÑOLES EN LOS MUSEOS EXTRANJEROS

MURILLO EN EL LOUVRE



El magnífico Museo del Louvre, en París

MURILLO es, en cuanto á número y en cuanto á calidad, el pintor español mejor representado en el Louvre; eso nos permite reproducir aquí telas suyas, todas interesantes, y entre las que culminan y son señaladas preferentemente á los turistas: el *Nacimiento de la Virgen* (número 1.710 del Catálogo), una *Concepción* (1709), la *Cocina de los ángeles* (1716) y el *Niño mendigo* (1717), una de las pruebas evidentes de que el famosísimo pintor sevillano estudió, como todos sus contemporáneos, muy directamente y sin buscar, como condición previa para reproducirle, la belleza de los modelos.

No es, ciertamente, una particularidad desconocida de Murillo. Tubino, en el estudio, muy documentado y minucioso, que hizo del famosísimo pintor, pone en un diálogo el cómo del aprendizaje de Bartolomé Esteban, y allí se ve claramente que buscó siempre el natural como mejor medio para aprender; y ello no debe sorprendernos, porque ese fué, indudablemente, el origen

de la fuerza é intensidad artísticas de las escuelas españolas.

Para la generalidad de las gentes, sin embargo, Murillo no es más que el pintor de las Vírgenes, y sus temas, como su estilo, consecutivo á ellos, son los que después de sus años de suprema boga entre los pintores españoles, que justifican la existencia de mayor número de cuadros de este pintor que de otro alguno español en los museos extranjeros, decayera excesivamente, por reacción natural, su concepto en opinión de los artistas en general y de los españoles particularmente.

Son flujos y reflujos de criterio artístico, «modas» que cambian con los tiempos, y que unas veces son injustas por exceso, y otras por defecto de encomio. Murillo, durante los últimos lustros, excesivamente desdeñado, vuelve á recobrar predicamento; recobrará, aunque compartiéndola con otros primates del arte pictórico, su hegemonía; y así se dará nuevamente en

arte, como se da en la Naturaleza, el fenómeno de que las aguas, tras de esos vaivenes de ascenso y descenso, queden en su nivel natural.

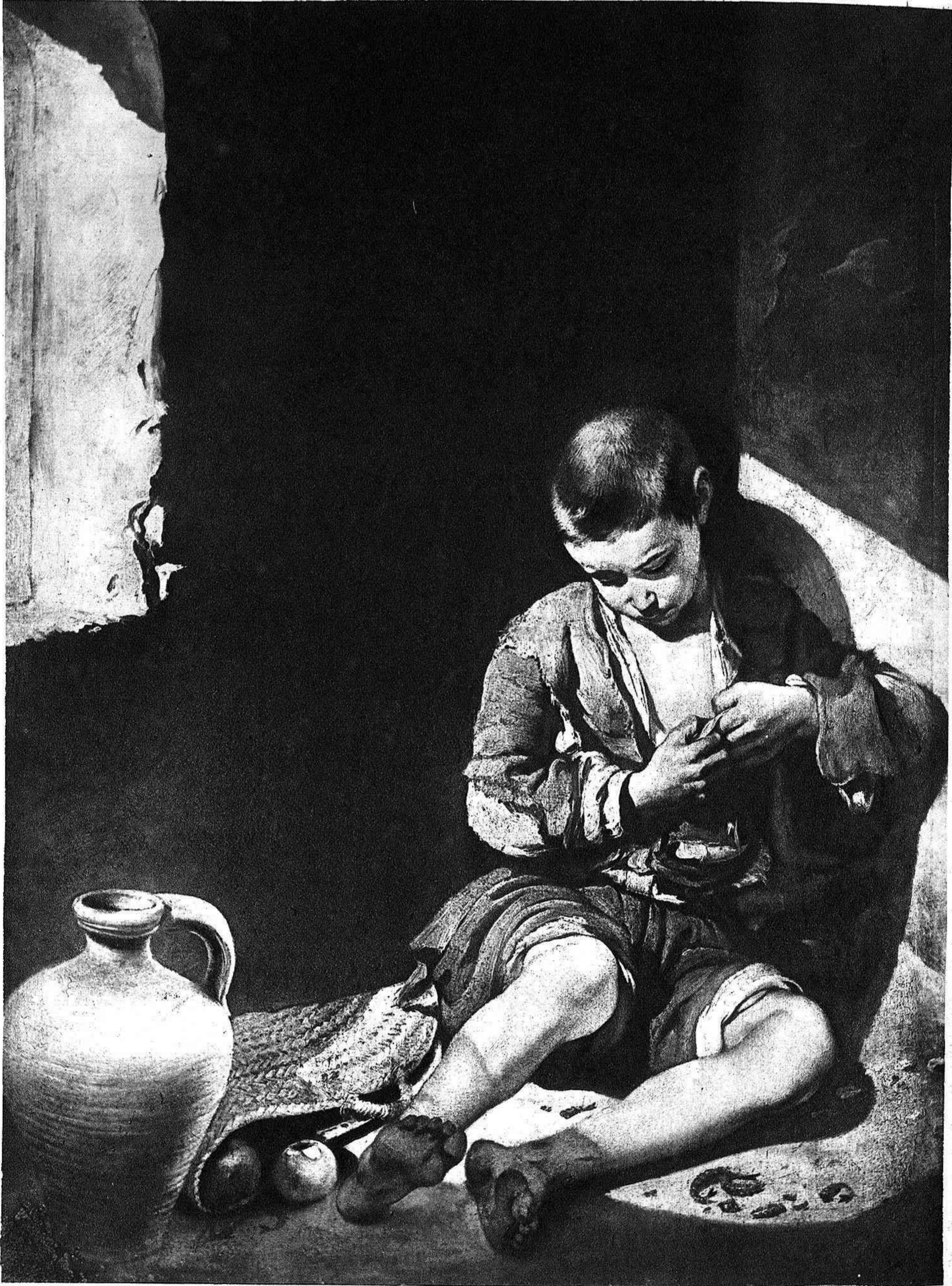
Realmente, Murillo no pudo ser desdeñado nunca con justicia. Su arte, con todo lo que se ha querido señalar como defectuoso de él, se imponía siempre, y allí donde, sobre el muro de un museo, había colgados cuadros de diversos autores, y entre ellos un Murillo, era éste el que atraía más frecuentemente la atención de los visitantes.

Así, en uno de los numerosos salones de la Galería Pitti, de Florencia, un famosísimo busto de Concepción, muy bien colocado, justo es decirlo y aun citar lo, en prueba de que aun en tan alta compañía como allí tiene nuestro pintor, siguió siendo, no obstante sus detractores, preeminentemente estimado, se impone con esa fuerza de atracción que sólo puede dar una positiva superioridad artística.

Una de las razones que, á pesar de todo, co-

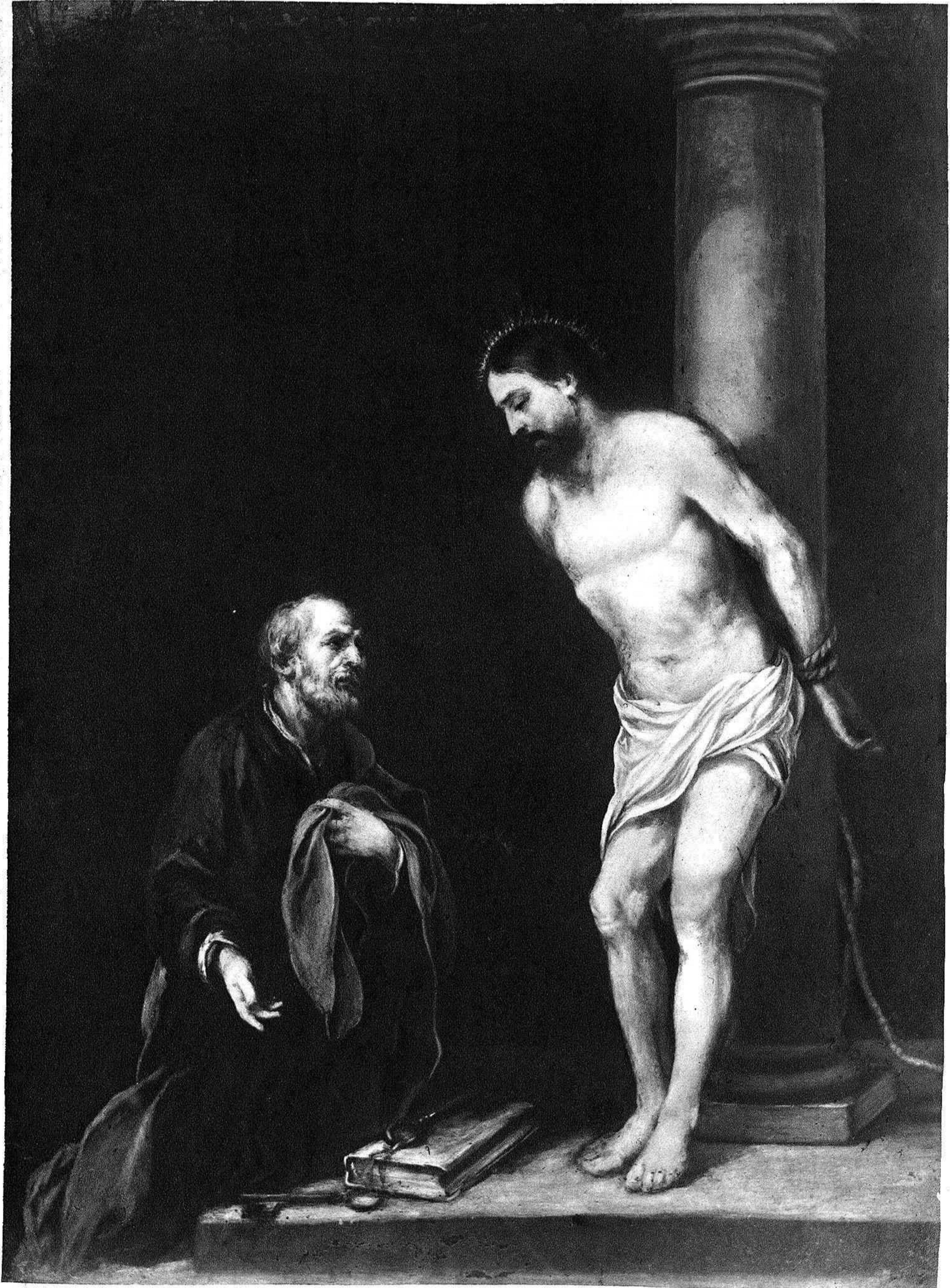


«El milagro de San Diego ó La cocina de los Angeles»



Murillo en el Louvre

«Un mendigo sevillano ó El piojoso»



Murillo en el Louvre

«Cristo en la columna»



Murillo en el Louvre

«La Virgen del Rosario»



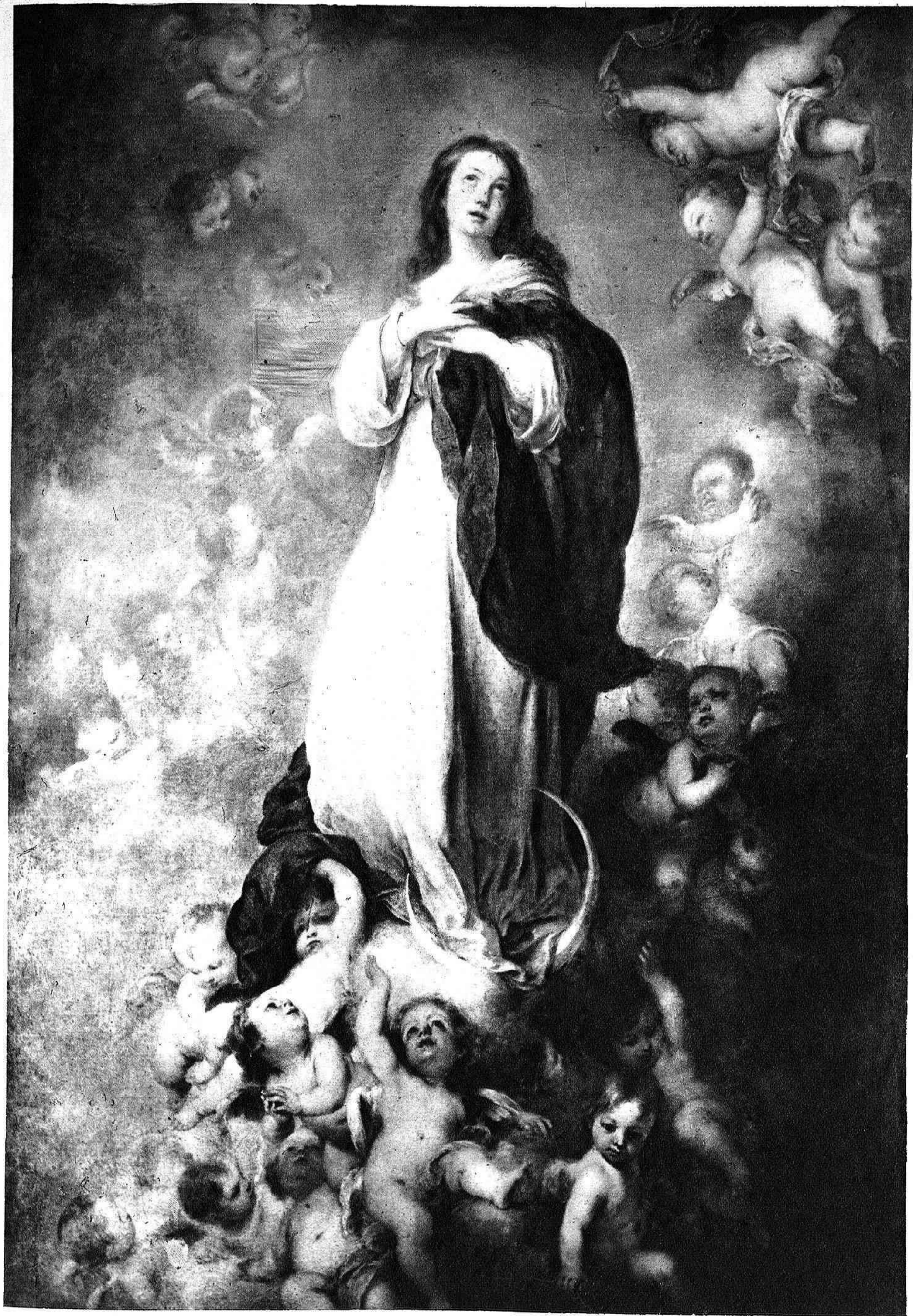
Murillo en el Louvre

«La Virgen de Sevilla»



Murillo en el Louvre

«Virgen gloriosa»



Murillo en el Louvre

«Inmaculada Concepción»



«La Purísima Concepción de la Inmaculada», cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Louvre

locaron á Murillo en desprestigio—en opinión de los que hicieron la moda durante los veinte años pasados—fué tal vez hija de un desconocimiento ó, lo que es peor aún, de un conocimiento incompleto de la obra del gran pintor. Lo más popularizado de ella es precisamente lo que por sus temas místicos requería ó, por lo menos, invitaba más á hacer ese género de pintura que algunos, sin perjuicio de admirar á los primitivos y complacerse en la contemplación de obras modernas de los imitadores de ellas, consideraban inadmisibles. La pintura religiosa de Murillo tenía, naturalmente, características distintas de su pintura de género. Esta hubiese hecho formar concepto muy distinto de su autor; pero los cuadros de género de Murillo abundan menos que los religiosos, tal vez porque en épocas anteriores á la segunda mitad del siglo XIX y aun en la misma de Murillo—y esto explica que los pintase en menor número—fueron menos apreciados.

Así, en el Prado, por ejemplo, de 43 cuadros de Murillo, sólo la *Vieja hilando*, la *Gallega de la moneda* y, en todo caso, el *Mucacho mendigo*, que recuerda tanto al del Louvre, pero tan inferior á él que su atribución es dudosa, son de género. Los demás, aparte algunos históricos, como el núm. 978 antiguo y 868 moderno, retratos como el del P. Cavanillas, tampoco uno de los mejores del autor, etc., etc.

De los 24 Murillos del Museo Provincial de Sevilla, ni uno solo es de género, y tampoco lo es ninguno de los que se conservan en otros lugares de la capital andaluza.

En cambio, en el Museo del Ermitage de San Petersburgo, había 22 Murillos, y de ellos tres, á los que tal vez pudiera añadirse la *Celestina*, cuya autenticidad es dudosa; *Un joven labriego*, un *Niño con un perro* y una *Aldeana* son de género, y hubiesen servido para conocer mejor al pintor si hubieran sido debidamente estudiados.

Más rico aun en cuadros semejantes es el Museo Antiguo de Munich, que de seis Murillos, tiene cinco de género, y los cinco escenas infantiles, de niños mendigos ó, por lo menos, callejeros. De esas pinturas, entre las que descue-

llan *Los niños comiendo fruta* y los *Muchachos comiendo melón*, ha dicho un crítico que son tan «frescas y llenas de verdad, que hacen olvidar la crudeza de los asuntos». Poco más y del examen de los cuadros de género del pintor sevillano hubiesen llegado los comentaristas á la misma conclusión que formularon para Velázquez, á saber, que tenía preferencia por los modelos y los asuntos feos; es, en definitiva, el mismo reproche que se hacía á Zola y á sus imitadores en naturalismo literario en la misma época en que se descubrían esas supuestas máculas á los pintores naturalistas y no á Murillo, porque los cuadros suyos de Munich eran menos conocidos de los comentaristas que los cuadros piadosos. A Murillo nadie le ha tenido, en las últimas épocas, por naturalista y, sin embargo, es asombroso su naturalismo en los cuadros de Munich y en el *Mendigo* ó el *Piojoso*, que así le mencionan algunos, conservado en el Louvre.

La Academia de Viena tiene también unos *Niños jugando á los dados*, demostrativos de la preferencia de Murillo por esos temas, y dos copias, una *Florista* y *Vendedor de frutas*, cuyos originales están en colecciones privadas.

Un estudio de los cuadros de género pintados por Murillo tendría, pues, un interés capital para precisar un punto de la historia del arte en España, y, desde luego, sería muy orientador para los pintores actuales y para los que abordan el difícilísimo arte y tal vez no se dan cuenta exacta del valor absoluto, imprescindible, de la copia constante y directa del natural. Sea cual fuere su orientación ulterior, determinada, sobre todo, por la calidad de los asuntos, y en Murillo—tal vez por adaptabilidad que algunos juzgaran excesiva del gran pintor—más que en otros, la preparación primera de todos los grandes pintores de las escuelas españolas fué marcadamente naturalista, de estrechísimo apego á la verdad, y puede afirmarse que de esa condición esencial nace la solidez y la perdurabilidad de su pintura.

No es fácil hacer de momento una recolección total de ese género de obras; pero en nuestras excursiones por las grandes pinacotecas extranjeras procuraremos realizarla, para facilitar á

nuestros lectores elementos para ese estudio que consideramos capital.

Entretanto publicamos hoy los cuadros de diversos géneros, la mayoría de ellos, todos menos el *Mendigo*, de asunto religioso, y entre los cuales descuellan las dos *Purísimas*, la *Concepción de la Inmaculada*, uno de los cuadros más famosos y más constantemente citados de su famosísimo autor, y *El milagro de San Diego* ó *La cocina de los ángeles*, que citan también todos los autores que á Murillo hacen referencia.

Completa nuestra información el *Cristo atado á la columna*, muy digno de estudio, porque podríamos decir, en cierto modo, que sus características son intermedios entre las de cuadros de género y las de más alta inspiración mística. Es otro dato de mucha importancia para sostener la afirmación que dejamos hecha, y las de Tubino, referentes á la preparación de Murillo para llegar al modo de arte característico y definitivo de sus Concepciones.

La preferencia que Murillo, como todos los pintores de su época, daban á los asuntos religiosos está tan explicada y es tan fácil de comprender, que no necesita serlo nuevamente: semejante á la que hizo á los pintores españoles del siglo XIX pintar asuntos históricos y hasta denominarse, y aun conservar, en cierto modo, la denominación de «Pintor de historia». En ambas épocas, pero muy especialmente en la primera de las dos á que nos referimos, los asuntos que su afición á temas diversos y su amplitud de criterio artístico hacían gratos á los pintores, eran considerados por el público en general, y por los compradores de cuadros en particular, como poco nobles, como bajos y nada dignos de aprecio.

Esa razón de menor aprecio es precisamente la que ha hecho que en los grandes museos sean menos los cuadros de género que los religiosos de Murillo: primero, porque le hizo pintar más de los segundos que de los primeros, y después, porque durante muchos años, siglos, los museos prefirieron los que representaban asuntos de piedad.

De todos modos, en uno ú otro género, salta á la vista la importancia de los Murillos del Museo del Louvre.—A. M.



Figuras de la pantalla

Bebe Daniels

No es de las figuras más nuevas en el mundo de la pantalla esta de Bebe Daniels que aparece hoy en nuestra página. Sí es de las que más victoriosamente resisten la acción del tiempo, que trunca tantas figuras destacadas un momento y olvidadas en seguida. El nombre de esta deliciosa Bebe Daniels está unido á muchas de nuestras películas modernas. El simple enunciado de ese nombre es ya una garantía de acierto en la interpretación

GLOSA DESDE PARÍS

EL OTOÑO DEL SALON DE OTOÑO

CON motivo de su vigésimoquinto aniversario, el Salón de Otoño celebra ahora jubileo, solemnizándolo una selección retrospectiva de fieles expositores. La selección no resulta, por cierto, muy selecta, ni el jubileo resulta tampoco muy alegre; pero una y otro sirven para evidenciarnos cuánto envejecen en veinticinco años los salones de arte, si no envejece el arte mismo.

Puesto que se trata de retrotraernos al pretérito, recordemos cómo el Salón de Otoño nació de una rebeldía, supuso una protesta contra el Salón oficial y quiso destruir prejuicios. En seguida creó prejuicios nuevos, turnó de manera pacífica con su antiguo adversario, progenitor á pesar suyo después, compañero á la postre, y aburguesó aún su rebeldía, la cual nunca dejara de mostrarse burguesa. Hoy, al cabo de cinco lustros, el Salón de Otoño traspone los umbrales de su propio otoño, palidece y nos melancoliza... «*Ars brevis, vita longa*», osaríamos decir al revés de Hipócrates, concluyendo por el pensamiento pesimista de que no somos nada.

Conforme deambulamos á lo largo de las frías salas donde se exhiben innumerables obras muertas ó moribundas, nos argüimos que debieran suprimirse estas tumultuosas Exposiciones anuales, sin ninguna razón de existir. En ellas luchan á porfía y se entrechocan los artistas más diversos, quienes no consiguen la menor finalidad, en resumidas cuentas; todo, incluso lo óptimo, queda inadvertido, se borra, y el conjunto nos da la idea pobre de impotencia unida á un ansia vana. ¿A qué conduce esforzarse así, máxime cuando nadie aprecia tal esfuerzo?

Porque no cabe engaño sobre el particular; nadie aprecia el esfuerzo de cada uno mientras se esfuerzan tantos á la vez. Además, casi nadie está capacitado aquí para determinadas apreciaciones, pues la incom-



«Balzac», escultura de Rodín, que realiza la Exposición retrospectiva con que el Salón de Otoño celebra su jubileo en París actualmente



«Retrato de señorita», por Van Dongen, que figura con todos los honores en el Salón de Otoño parisién de este año

prensión del espectador se denota punto menos que absoluta, sin cultura y sin sensibilidad siquiera. El gran público no sabe lo que mira, confunde nombres y se guía por los nombres que confunde, integrando una multitud de buenas personas aburridas y aturdidas. Los críticos apenas destacan del gran público, con la agravante de no constituir buenas personas; uno de ellos, que dictamina desde las columnas de difundido cotidiano parisiense, censuraba, días atrás, á Cézanne por un lienzo que aparece en la retrospectiva del presente Salón de Otoño y sospechaba faltas de equilibrio unas manzanas encima de una mesa inclinada, según él; á estas fechas, el severo sacerdote de la crítica, que no teme censurar ¡todavía! al «inventor de la pintura», ignora que lo que se le antojan mesas inclinadas son mesas vistas de arriba por un pintor que no pinte en cuclillas para ver el nivel de las mesas... Luego de comprobar detalles de tamaño calibre, rezamos un responso á la memoria de Cézanne y se pregunta nuestro desaliento si valdrá de algún modo la pena que se toman los desconocidos para concurrir á unos certámenes obscurecedores de lo ya obscuro.

No obstante, en calidad de excepciones á la regla, el Salón de Otoño tiene sus *vedettes*, pocas y monótonas. La de hace varios años es Van Dongen, que este presenta un retrato de señorita con su perro y sus brillantes, bien color del tiempo. En la parte histórica, triunfa el *Balzac* de Rodín, tan discutido ayer y tan antiesculturico por superar sin duda la escultura. El resto de lo pasado y lo moderno se pierde, se amontona á guisa de saldo y cuesta trabajo distinguirlo. Total: dos *vedettes* y un coro...

Triste el otoño del Salón de Otoño, al igual de un otoño cualquiera; triste hasta el extremo de sugerirnos la aprensión de un otoño del arte con su inconoclastia encasillada y su originalidad á la medida, anuladores de personalidades recias y de independencias efectivas. Sin embargo, hay un arte sincero que no viene á salones convencionales, arte primaveral en sí que no padecerá jamás otoños á causa de llevar consigo siempre su propia primavera.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

(Fots. Art)

RUISEÑORES Y SINSONTES

PÁGINA de Buffon ó de Lamark, Hispanoamérica registra la desaparición de dos especies ornitológicas: el sinsonte y el ruiseñor. Sus postreros, flébilis cánticos, han resonado en las ya mustias alamedas del banquete antiguo, entre hombres uniformados por fuera y por dentro.

El ruiseñor castelarino y el sinsonte de juego floral, que agradaban, lisonjeros, las orejas de todo príncipe, insigne ó no, y de todo dictadorzuelo hinchado, suspiran, vanamente, por la prisión de doradas rejas. Ahora, nadie les hace caso. Ni enjaulados los quieren. Ni benditos.

Aquel hispanoamericanismo de ha doce años—cuando, en pleno ruiseñorismo, en pleno sinsontismo, fundamos la Juventud hispanoamericana, lanzando nuestras saetas buidas contra todo propósito de hegemonía, contra todo proselitismo racial, contra todo latiguillo oratorio—asoma ya, como la Minerva del mito, armado de todas armas. Salido del hombro de Júpiter, esto es, del principio universalista—que es el Júpiter contemporáneo—, aparece barriendo toda intransigencia, toda soberbia, toda vacuidad. Ya el proclamarse los mejores no trae el aplauso, sino el ridículo. La retórica deja el paso á la estadística y la charanga al «quator»...

EL DRAGÓN RACIAL

Un espíritu fino y hondo, ahuyentador de ruiseñores y sinsontes, Fernando Ortiz, el gran historiador cubano, ha derribado el retablillo de la Raza con un soplo de alma moderna.

«Las ideas racistas—ha sostenido en un banquete literario, donde se congregaba lo que hubiera dicho Cambó «la España mayor»—, las ideas racistas son totalmente contraproducentes. El concepto de Raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también, sin duda, muy perjudicial. Ante todo, porque es falso. No hay una Raza hispánica. Ni siquiera una Raza española.»

¡Señores! Eran de ver las caras del sinsonte y del ruiseñor.

¿Cómo podía proferirse tanta blasfemia? «No hay una Raza hispánica. Ni siquiera una Raza española.»

Entonces, ¿la Fiesta de la Raza? ¿Y los brindis? ¿Y los juegos florales? ¿Y las suscripciones? ¿Y las subvenciones? ¿Y todo el boato de uniformes, condecoraciones, tes, veladas, conferencias? ¿Todo al suelo, de un levísimo papirotazo?... Aquello, ¿se podía tolerar? ¿No era preciso levantarse, erguirse, hirviendo en santa indignación racial, esgrimiendo, como otras veces, los tópicos-conjurios de Isabel, Colón y las carabelas?

Ruiseñores y sinsontes consultáronse con los ojos.

Escrutaron, después, uno por uno, á los presentes. Pero se persuadieron bien pronto de que toda protesta, aunque canora, sería perfectamente inútil. Los presentes, por abrumadora mayoría, batían palmas en honor de Fernando Ortiz, este San Jorge del dragón racial. El cual dragón, como el de la isla de los Pingüinos, despojado de su artilugio chauvinista, quedará arrinconado, al fin, en las buhardillas de la Historia.

RAZA Y CULTURA

Novedad de concepto, novedad también de vocablo, el profesor Fernando Ortiz abate la Raza para levantar la Cultura.

«Pensemos—dice—en que lo realmente nuestro, lo que nos pertenece troncalmente á todos, es «una misma cultura», aunque de matices variados; y en que lo único que puede vincularnos unos á otros en el porvenir, para nobles y puras



DON FERNANDO ORTIZ

actividades, no es sino la Cultura, en su sentido más comprensivo y supremo; sin las coloraciones parciales de tal ó cual política, religión, escuela ó raza.»

Pero entendámonos. Esas «coloraciones parciales», ¿no son, en realidad, las esencias de cada cultura, lo que distingue á la cultura griega de la árabe, por ejemplo? Tan vaga como la palabra Raza se nos antoja la palabra Cultura, concepto también sobadísimo. Debemos precisar lo que sea, en lo que consiste esa Cultura, que ha de substituir, en el lema hispanoamericano, á la Raza.

No vaya á suceder que cuando echemos mano de una Cultura hispanoamericana se nos responda que no hay tal. Que España—como ha dicho más de un *sói dissant* sabio español y ha repetido el coro pedantesco—no aportó «nada de notable á la cultura universal», etc., etc.

Bien está lo de destruir el artilugio retórico, finchado y chauvinista, de la Raza, peste de so-

ciudades callejeras, patrimonio de bullebulles, jardín de ensueños diplomáticos al viejo estilo, etcétera. Pero no vayamos de Caribdis á Scila, dando en otra palabra talismán—«Cultura»—, peste, á su vez, de sociedades pedantescas, renta de «negros catedráticos», etc., etc.

Raza, sí; en el concepto de agrupación étnico-idiomática, ¿quién duda que los hispanoamericanos constituyen una unidad lingüística, como los germanos del Auschland (austriacos y alemanes) ó los eslavos del Soviet (ruso-ucranianos)? Mas, como apunta el profesor Ortiz, el racismo «tiene significaciones demográficas, políticas, históricas y hasta económicas que son insospechadas en España».

Así, hablar de Raza hispana á los criollos, mulatos, zambos, indios, negros, etc., es, cuando no contraproducente, inútil. Porque aunque usen el mismo idioma español, no sienten, no pueden sentir, por España lo que los españoles ó descendientes de españoles. De suerte que la Raza, en tratándose de étnicas tan distintas como las de Hispanoamérica, lejos de estrechar los sabidos lazos, los afloja.

En este punto estamos de completo acuerdo con Fernando Ortiz. Para incorporar al hispanoamericanismo los millones de hispanoamericanos no españoles, ni descendientes directos de españoles, el Racismo es un semillero de polémicas. En cambio, la Cultura, que no hiera al criollo, ni humilla al indio, ni denigra al mulato, ni afrenta al negro, sino que á todos los iguala en el mismo frente civilizado, bien puede ser lema de todos, á condición de que sea algo orgánico, sistematizado, concreto, característico, inconfundible en sus modos, aun cuando en sus esencias, naturalmente, responda al principio universalista, eje, como sabemos, de la sociedad contemporánea.

LA NUEVA SENSIBILIDAD

Los problemas de Hispanoamérica exigen, para América como para España, una sensibilidad nueva. España debe examinarlos con documentación americana, y América con documentación española. Los españoles, por ejemplo, debemos encontrar natural y lógico—pese á los racistas del margen—, que el argentino, el chileno, el cubano, etc., vivan su vida nacional é internacional, según sus intereses lo pidan. Y el cubano, chileno,

argentino, etc., deben hallar natural y lógico que España, en igualdad de circunstancias, pida el trato de nación más favorecida.

No debe herirnos á los españoles la afirmación nacionalista de cada pueblo hispanoamericano, ni á los americanos la afirmación española de ser cuna idiomática y civilizadora de aquellos pueblos. Porque la Historia es un documento, y el Idioma un hecho palpitante. Pensemos que son hijos mayores de edad, emancipados, *sui juris*. Piensen ellos que «emancipado» no quiere decir «renegado».

Así, cuando un argentino ilustre, José León Suárez, exclama: «No quiero ser indio, no quiero ser gaucho, no quiero ser negro; quiero ser absolutamente europeo», nos parece tan injusto como cuando un uruguayo, Dardo Regúlez, sostiene que «la nueva conciencia de América y la vieja conciencia hispana irán por meridianos distintos».

Ciertamente, el Idioma no es la Conciencia; pero la Conciencia, sin idioma, ¿qué es?

VIAJANDO POR AMÉRICA

LIMA, LA BLANCA

Días y días pasando ante la costa del Ecuador y del Perú dan idea de un mundo muerto. Parece que no hay vida más que en el mar.

La costa peruana es árida, roquiza; se presenta sin ningún atractivo; ni un árbol, ni una planta; sólo roca y arena de un color ocre, negruzco, quemado. Pero á la altura de Libotos ya se ve, con ayuda de los Zeiss, correr un arroyo de petróleo. Se recuerda á esos mendigos avaros que ocultan entre harapos sus tesoros.

La primera tierra peruana en que se detiene el barco es Paita, un pequeño poblado ante una hermosa bahía, de la que salen á nuestro encuentro barcos y almadías hechas con unos cuantos troncos unidos que conduce con los remos un hombre solo, con los pies dentro del agua.

Llegan lanchas con indias casi negras, que se cubren la cabeza con un pedazo de tela y ofrecen á los pasajeros esos vasos llamados *huacos*, que aunque son de fabricación moderna se esfuerzan por probar que los han encontrado en las sepulturas, ó *guacas*, cerca de las momias de los antiguos incas.

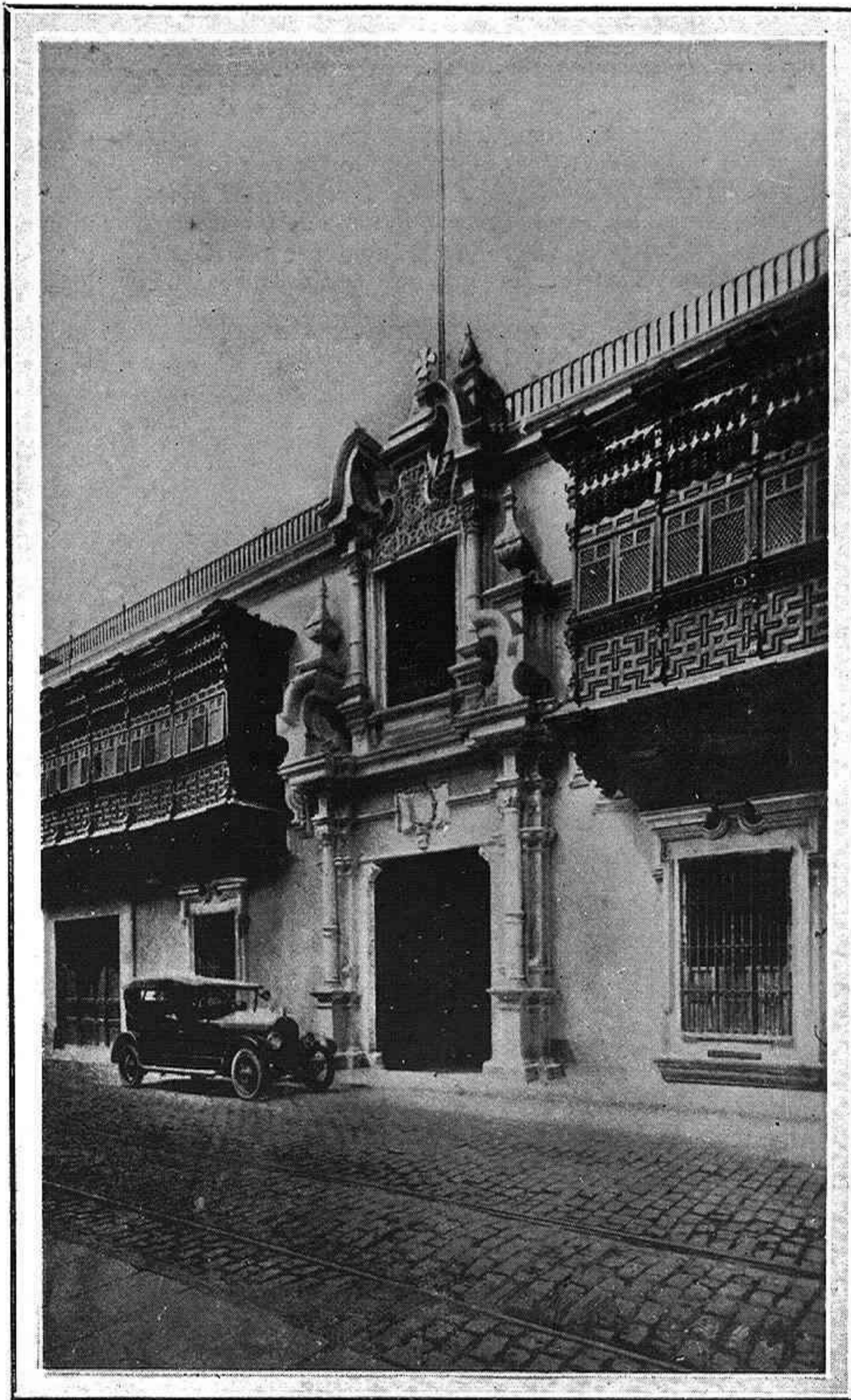
Los pasajeros que desembarcan no tardan en volver defraudados, y describen la ciudad de casillas pobres en medio del arenal, con las aceras de tablas rotas. Casi todos traen pájaros: torzales de plumaje negro, jilgueros de cabeza amarilla, periquitos de pico curvo, que chillan rabiosos produciendo una algarabía infernal.

Hasta llegar al Callao no se puede decir que se entra por la puerta principal del Perú. Era á este puerto donde llegaba antiguamente, una vez al año, la *Naos de Acapulco*, galera de 1.500 toneladas, que era recibida con cohetes y fiestas.

Muchos capitanes y tripulantes se quedaban allí, presos en el encanto de las damas peruanas y la belleza del país. En el Callao está el balneario de *La Punta*, pulmón veraniego de la cercana Lima. Es Día de los Santos cuando llegamos, y los ramos y las coronas que llevan todos enfloran los tranvías y las calles, que toman para nosotros aires de fiesta, pues esos muertos tan lejanos parece que no nos llegan á entristecer.

Pocos minutos nos conducen á Lima, y nos preguntamos, un poco defraudados, si vale la pena de un mes de navegación para encontrarnos en una antigua provincia española. Lima es eso: una provincia de España. A cada momento acuden á los labios estos adjetivos: graciosa, linda, bonita, simpática, agradable, sonriente. Ningún adjetivo de los que nos inspiran París ó Nueva York.

Lima la Blanca es, como Cádiz, una ciudad de casitas bajas, de paseos pueblerinos, como el Paseo de Colón; de proporciones ar-



Portada de la Casa Torre Tagle, en la capital peruana

mónicas, como la simétrica y original Plaza del Dos de Mayo. Desde casi todas las calles se ve al final el campo y la montaña. Son calles muy españolas por los edificios y por la animación. Se escucha hablar un purísimo castellano, y se encuentran por todas partes los recuerdos de España.

No nos damos cuenta de que ésta es la capital del Imperio del Sol; que estamos en ese inmenso territorio donde existen aún las selvas vírgenes en las que hay árboles que no pueden abarcar diez hombres y serpientes boas de más de 26 metros.

Desde esa costa árida y rica en minerales, el país se va elevando hasta la región de la sierra, y luego se entra en la región de la montaña, que tiene su mayor feracidad en la parte oriental de los Andes, en ese territorio donde están las principales selvas; los ríos caudalosos que forman el inmenso Amazonas; los lagos, como el Titicaca, digno de honores de mar, en la cima misma de las montañas.

Para ver ese magnífico Perú sería preciso salir de Lima é internarse en esas regiones donde pocos europeos llegan, á no ser los frailes misioneros, españoles casi todos, que hacen una hermosa obra civilizadora.

Los agustinos, paúles y franciscanos llegan hasta las orillas del *Madre de Dios*, donde aun hay salvajes y antropófagos y se da culto á los antiguos ídolos.

Lima, con su aspecto simpático, sencillo y moderno, parece tan alejada de todo eso como pueden estarlo nuestras provincias españolas.

Ella guarda los recuerdos de la conquista, de los virreyes, de la época colonial, que tan profundas raíces ha dejado en las costumbres virtuosas y aristocráticas de los limeños.

Los recuerdos de las épocas antiguas, de los Incas, los guardan las viejas ciudades, como Cuzco, donde están las ruinas de sus viejos templos y los restos de aquella espléndida civilización que hallaron los españoles, ya tan desarrollada, con más de cinco siglos de duración.

Lima tiene interesantes Museos, modernos hoteles, todo el confort de

una gran ciudad europea. Precisamente es eso lo que nos molesta á los que quisiéramos encontrar el Perú de la leyenda, de las novelas de Gastón Leroux, por lo menos.

El Palacio del Gobierno es la *Casa de Pizarro*, edificio modesto, de estilo español, en cuyo jardín se conserva una higuera plantada por el conquistador, y cuya savia no se ha secado aún.

Se ven con emoción las casas donde estuvo la Inquisición, abriendo una zanja mayor que el Atlántico, entre Perú y España, y el Palacio de la *Perri Choli*, que aunque es hoy una vulgar cervecería, habla á la imaginación de la bella *Chola*, ama-



Edificio del Palacio del Gobierno, en Lima

da del virrey Amat, que en sus furores la llamaba *Perra Chola*, pronunciando en semicatalán *Perrí Cholí*, en cuya forma lo ha conservado el recuerdo de la tradición de estos amores en los que el tirano «Escupía de rodillas» á la esclava dominadora.

El indio peruano tiene el aspecto ingenuo, el mirar franco é inteligente. No da miedo como el mejicano. Pero no se puede juzgar tampoco así, en absoluto, por lo que vemos en Lima. En el interior hay tantas variedades de razas como de religiones, é idiomas. Una gran mezcla de raza amarilla se va dejando sentir por la gran inmigración de chinos y japoneses.

La influencia de la leyenda nos hace mirar con interés, deseosos de ver esas cabezas, en forma de dado, de triángulo ó de pilón, de las destinadas al culto solar. No vemos más que indios de aspecto muy sereno y muy simpático, y peruanos que no sabemos diferenciar de los españoles.

Las mujeres tienen el tipo menudo y la gracia de las madrileñas.

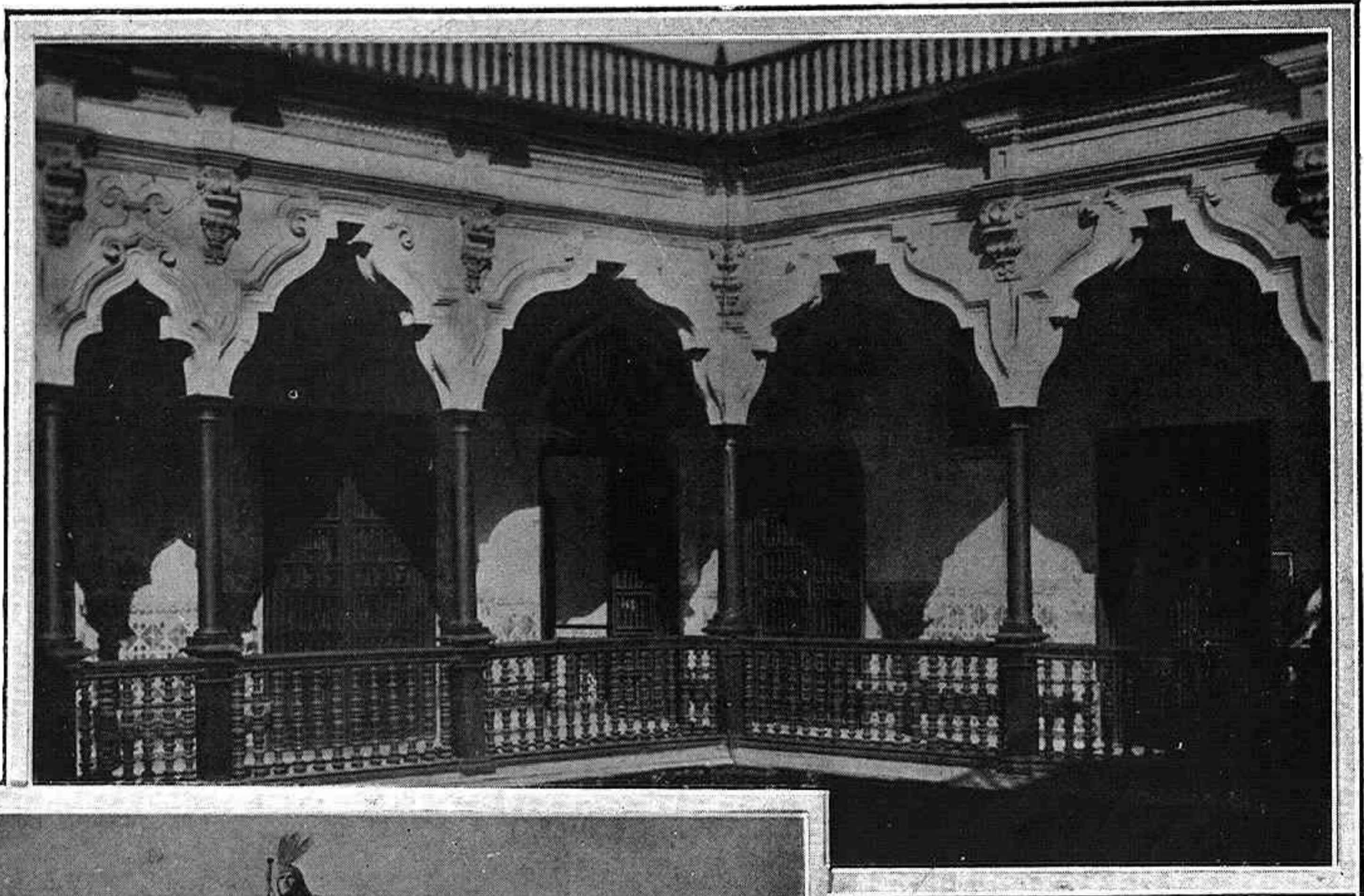
Todo ofrece el aspecto de un alegre y estable bienestar. Se ve que es cierto que se abre para el Perú una era de progreso y de prosperidad.

La ilustre escritora Angélica Palma, hija del gran D. Ricardo, el cantor de las leyendas de su país, y la notable abogada Miguelina Acosta Cárdenas, me acompañan. Visitamos el maravilloso Palacio de *Torre Tagle*, que guarda todo el prestigio del arte de la época colonial, y el Convento de la Patrona del país: *Santa Rosa de Lima*.

Es una de las vidas de Santa más poéticas la de *Isabel Flores*, que cambió su nombre por el de *Rosa*, porque todo se volvía rosas á su alrededor, de tal modo que aún cayó una lluvia de rosas en su canonización.

Es lástima que en el moderno convento de Dominicos, levantado en el solar de la casa en donde nació y murió la Santa, no se haya conservado la casita, destruída hace poco. Se guardan, sin embargo, todas las reliquias: la enfermería en que cuidaba á los necesitados, el altar ante el que oraba y donde florecieron las rosas del milagro, el clavo del que se colgaba con su magnífica trenza, para gozar en sufrir por Jesús; porque Santa Rosa, como Santa Tere-

Fuente de bronce de la Plaza de Armas de la ciudad de Cuzco



Patio del Ministerio de Relaciones Extranjeras, en Lima



sa, era una enamorada de Jesús. Así como la Santa española le dedicaba sus versos, la Santa peruana le dedicaba sus cantares.

Se conserva la silla en que se sentaba Santa Rosa á tocar la guitarra, enviando á Jesús trovas llenas de pasión:

«Las estrellitas me dicen
que las doce van á dar,
Y mi Jesús aún no viene.
¡Ay! ¿Quién me lo entretendrá?»

En el huerto apacible está aún la casita de juguetes que levantaron la Santa y su hermano Fernando, uno de sus muchos hermanos, y se conservan, ya secas, las cortezas de sus árboles.

Está todo allí lleno de recuerdos de la Santa. Se la ve en la Iglesia, bella y joven (murió de treinta y un años) con corona y pisando al Dragón. Hay medallones y cuadros con la Historia de la Santa, y al ver que el sacristán pasa sin explicar uno, le preguntó:

—¿Y ése, qué es?

—Ése no tiene importancia— me responde—; es la Sagrada Familia.

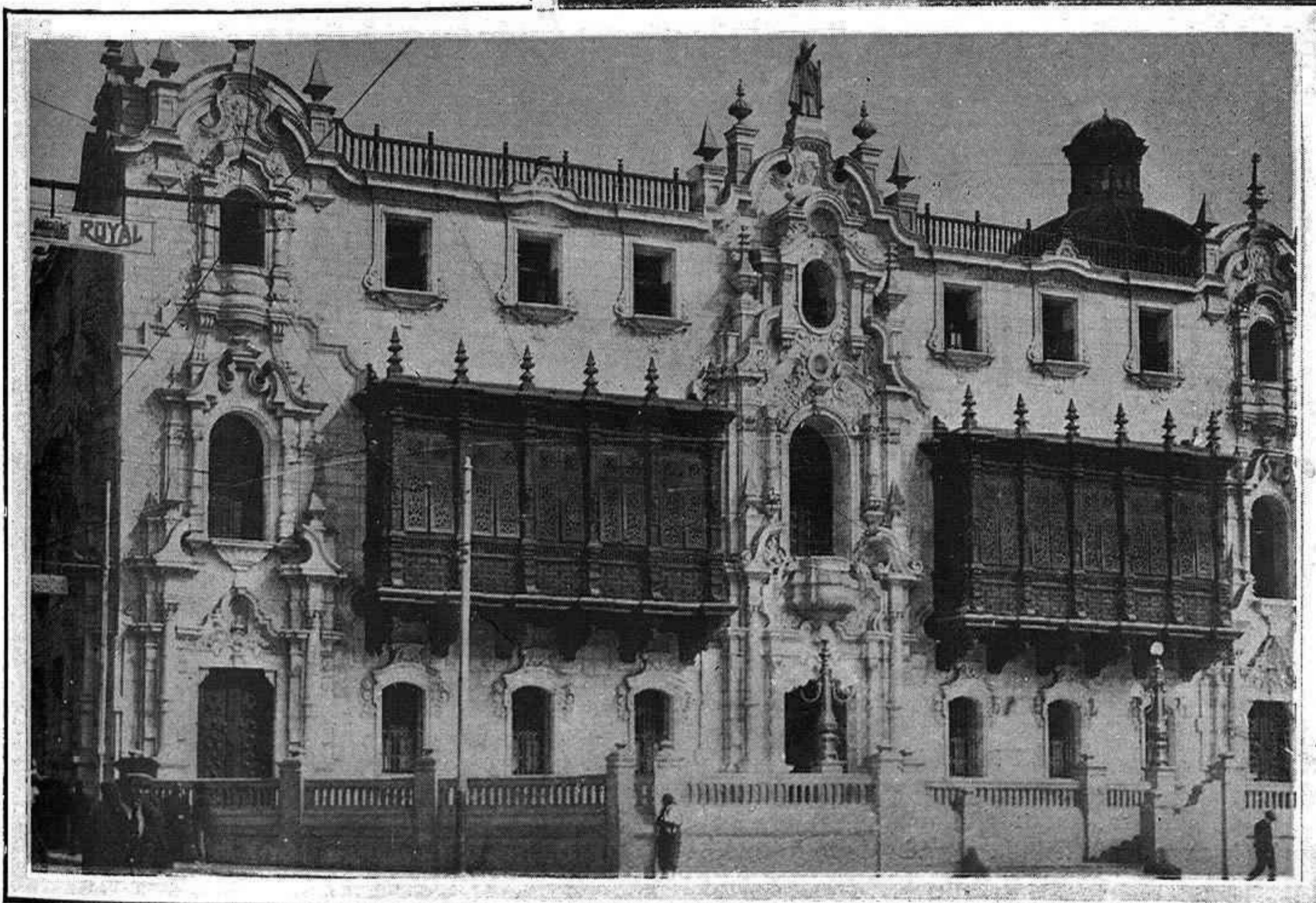
Es que para él, en su gran devoción, todo lo que no es Santa Rosa está allí fuera de lugar.

Al pasar por una de las calles vemos una linda casita de terraza florida. Un busto con corona adosado á la pared nos advierte que habita allí Santos Chocano. Una dama pálida, delgada y dulce, su hermana, nos dice que Chocano está fuera. Se prepara para la gran fiesta que le dedican al día siguiente. Tiene amigos y enemigos apasionados; se le discute como político, y se combaten ó se ensalzan sus ideas; pero llega un punto en el que todos están conformes y todos se unen y todos lo honran: Chocano es un gran Poeta.

Y esta veneración por el Arte, que constituye el mayor elogio de un pueblo, es la impresión que, unida á la blanca claridad apacible de Lima, deja en mi espíritu *un día en el Perú*.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

Fachada del palacio del Arzobispado, en la capital limeña





Vestido en terciopelo estampado y «crêpe georgette»

(Fot. Manuel Freres)



Vestido de terciopelo negro, con vueltas en blanco

Elegancias

A CASO lo más importante de la vestimenta femenina sea lo accesorio; desde luego, es lo más difícil de elegir para lograr un conjunto de perfecta elegancia y sencillez.

Los trajes para el deporte, en sus múltiples aspectos; los de mañana, los de tarde y los de noche, requieren mil detalles distintos, unos absolutamente precisos y otros simplemente de lujo, como son, por ejemplo, las joyas, los adornos de los sombreros y los *icharpes* ó pañuelos para el cuello.

En toda *toilette* para el deporte, el calzado, los guantes, el bolso é incluso el cinturón, si es que se lleva con el *sweater*, deberán ser de idéntica calidad y color. Los guantes, cuanto más finos y adaptables sean á la mano, resultan más elegantes y bonitos; los que más se llevan son de gamuza, con amplia manopla sujeta á la muñeca con una hebilla forrada de lo mismo.

Las medias, si son para practicar el alpinismo, el *golf* ó el *rugby*, han de ser de lana gruesa, en

los colores *beige*, gris ó blanco; si para jugar al *tennis* ó al *criquet*, simplemente de hilo, finas.

El bolsillo deportivo tiene mayor interés por dentro que por fuera; tantos son los útiles que se guardan en su interior: cepillo, peine, estuche de maquillaje, espejo, pitillera, útiles para el arreglo de las manos y un *necessaire* completo, con diminutos carretes, tijeras y dedal, por si acaso un accidente imprevisto obligase á recurrir á tan precisos elementos.

Para la mañana, los accesorios de la *toilette* son sumamente sencillos; joyas no se llevan; si acaso, unas perlas en las orejas y un solo anillo de muy modesta apariencia.

Los zapatos—de color, generalmente—están inspirados en formas prácticas, con poco tacón y anchas trabillas abotonadas ó varias tiras formando cruzado, con el fin de sujetar bien el pie y acondicionarlo á la marcha por calles ó paseos. Las medias, del mismo tono que el zapato, deberán ser de lana fina en los días de riguroso frío, y de seda tupida en las mañanas soleadas y cálidas.

Los bolsos de cuero brillante se llevan mucho, y también las carteras de mediano tamaño, de un tejido como de esterilla nipona.

Los guantes deben ser también del mismo tono que los zapatos, en cabritilla y con media manopla formando trenzado.

El *charpe* de piel al estilo de las bufandas varoniles es una innovación en los trajes de mañana. Para ello se utilizan pieles poco costosas, pues la hora no requiere alardes de suntuosidad.



Sombrerito de pana negra, con un motivo en rosa y plata
(Modelo Marthe Riviere)

El impermeable de seda es indispensable para las mañanas lluviosas, pues el ajetreo constante de la calle hace imposible el uso del paraguas.

También para estos momentos hay unos sombreritos de hule sumamente prácticos. Resultan muy bien del mismo tono que el impermeable.

Para la *toilette* de tarde deben elegirse accesorios con sumo tacto, por lo mismo que la fantasía entra de lleno en ellos.

Una de las cosas en las cuales hay que poner más cuidado es en las joyas; para esta hora del día son propias las alhajas de conjunto mate con piedras oscuras, y en este sentido, las joyas antiguas no tienen rival.

En cambio, la noche, con sus luces, con su orgía de colores, requiere joyas rutilantes, cuyas gemas sean un señuelo más de belleza que añadir á la de la mujer.

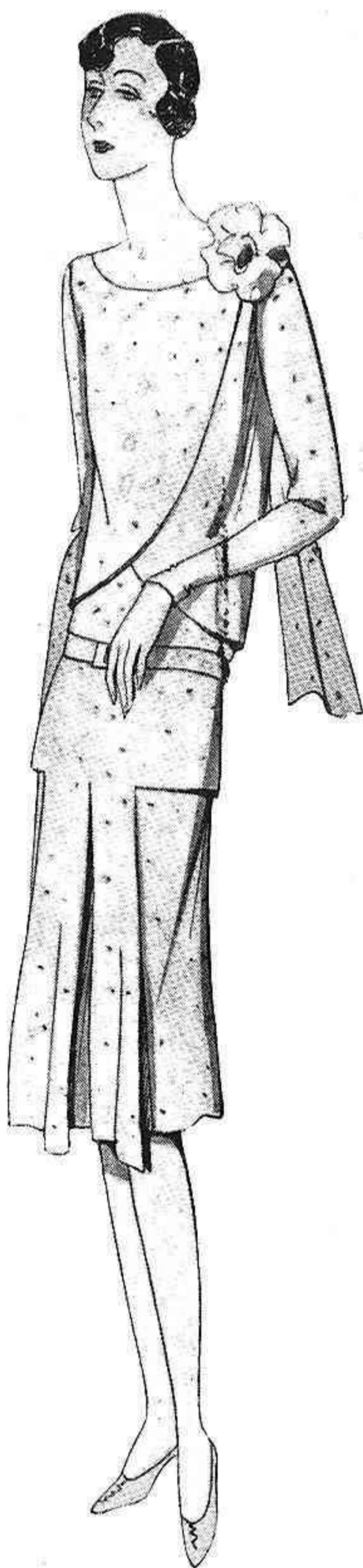
En París, una conocida dama rusa llevaba en un brazo treinta y seis brazaletes perfilados con brillantes. El efecto era magnífico, deslumbrador, y con ser mucha la pedrería y destacar tanto sobre la nítida blancura de su carne, no recargaba el conjunto.

Los brillantes triunfan en las *toilettes* de noche, y no quiere decir esto que no se lleven las demás piedras. La perla, á pesar de lo mucho que se ha abusado de ella, especialmente en la bisutería, no decae en el favor de las damas, porque su señorial apariencia no tiene rival entre las más preciadas y costosas gemas.

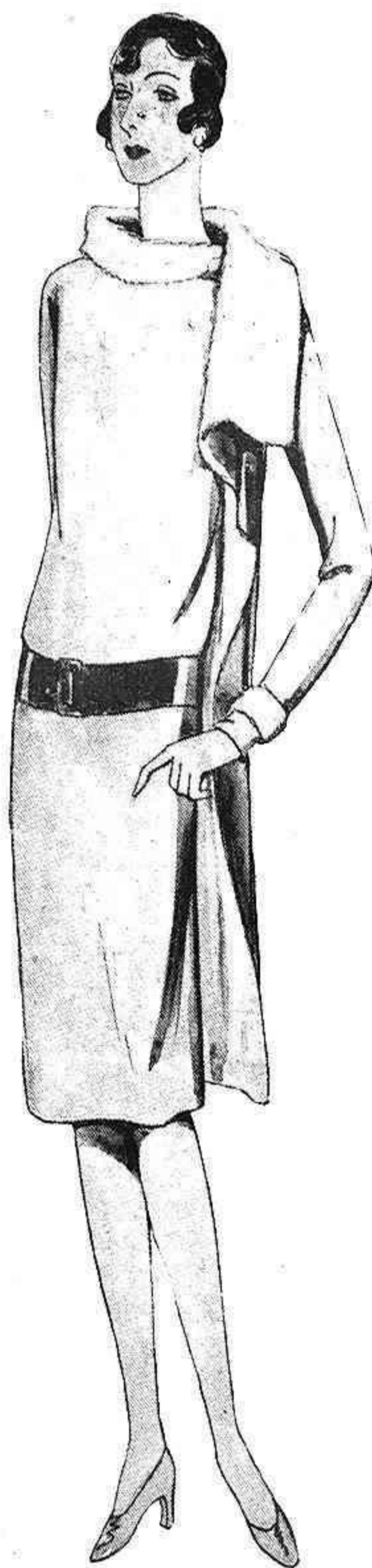
ANGELITA NARDI



Vestido de tarde en terciopelo de dos tonos «beige»
(Modelo Callot)



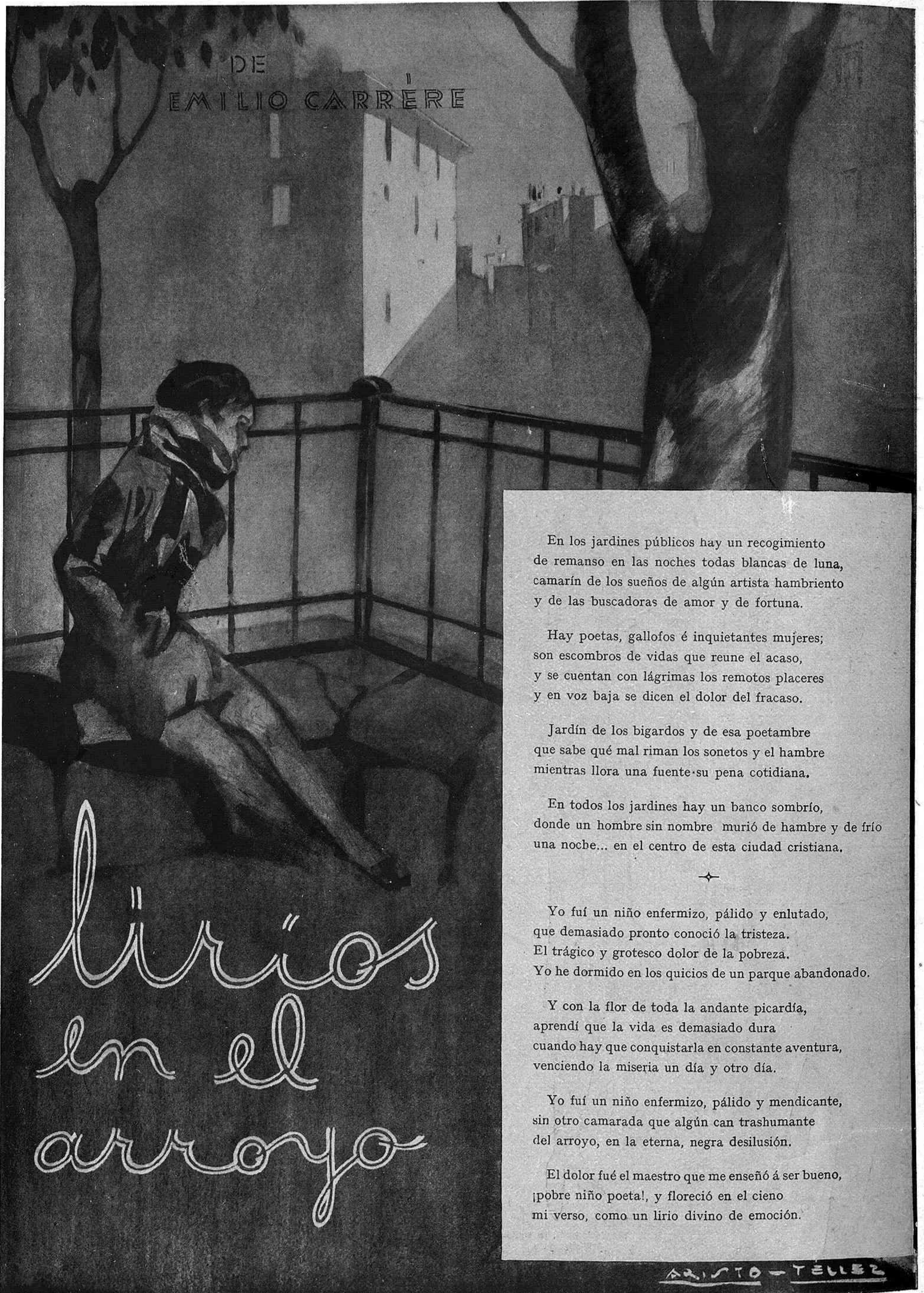
Vestido de tarde, en terciopelo estampado
(Modelo Lelong)



Vestido de paseo, en terciopelo azul, con cinturón de charol
(Modelo Redfern)



Vestido de tarde, en «crêpe georgette» y encaje
(Modelo Martial et Armand)



DE
EMILIO CARRÈRE

En los jardines públicos hay un recogimiento
de remanso en las noches todas blancas de luna,
camarín de los sueños de algún artista hambriento
y de las buscadoras de amor y de fortuna.

Hay poetas, gallofos é inquietantes mujeres;
son escombros de vidas que reúne el acaso,
y se cuentan con lágrimas los remotos placeres
y en voz baja se dicen el dolor del fracaso.

Jardín de los bigardos y de esa poetambre
que sabe qué mal riman los sonetos y el hambre
mientras llora una fuente su pena cotidiana.

En todos los jardines hay un banco sombrío,
donde un hombre sin nombre murió de hambre y de frío
una noche... en el centro de esta ciudad cristiana.



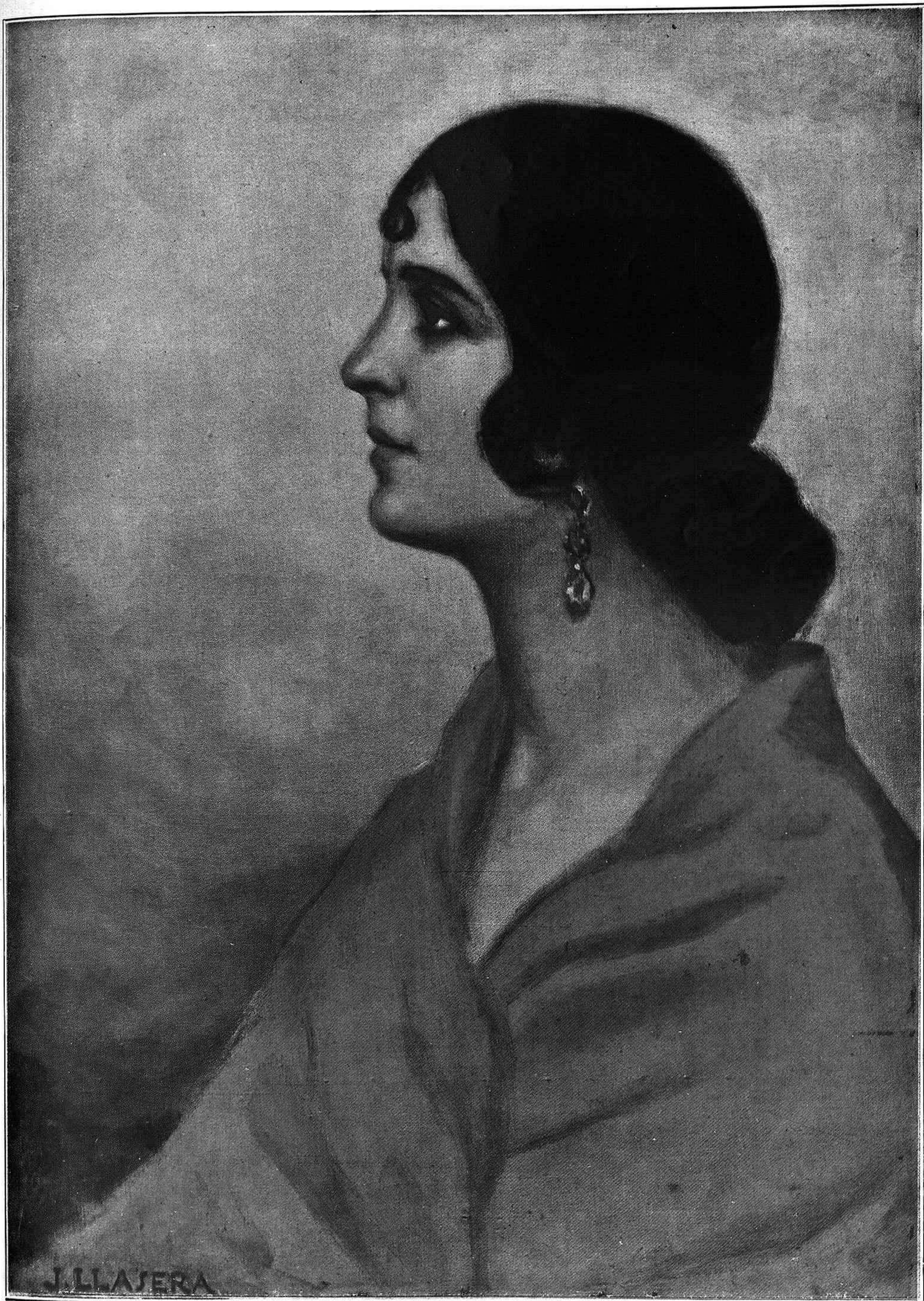
Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado,
que demasiado pronto conoció la tristeza.
El trágico y grotesco dolor de la pobreza.
Yo he dormido en los quicios de un parque abandonado.

Y con la flor de toda la andante picardía,
aprendí que la vida es demasiado dura
cuando hay que conquistarla en constante aventura,
venciendo la miseria un día y otro día.

Yo fui un niño enfermizo, pálido y mendicante,
sin otro camarada que algún can trashumante
del arroyo, en la eterna, negra desilusión.

El dolor fué el maestro que me enseñó á ser bueno,
¡pobre niño poeta!, y floreció en el cieno
mi verso, como un lirio divino de emoción.

ARISTO-TELLERZ



«Angustias, la Gitana», cuadro de José Llasera, que figuró en el Salón de Otoño

El grabado español contemporáneo

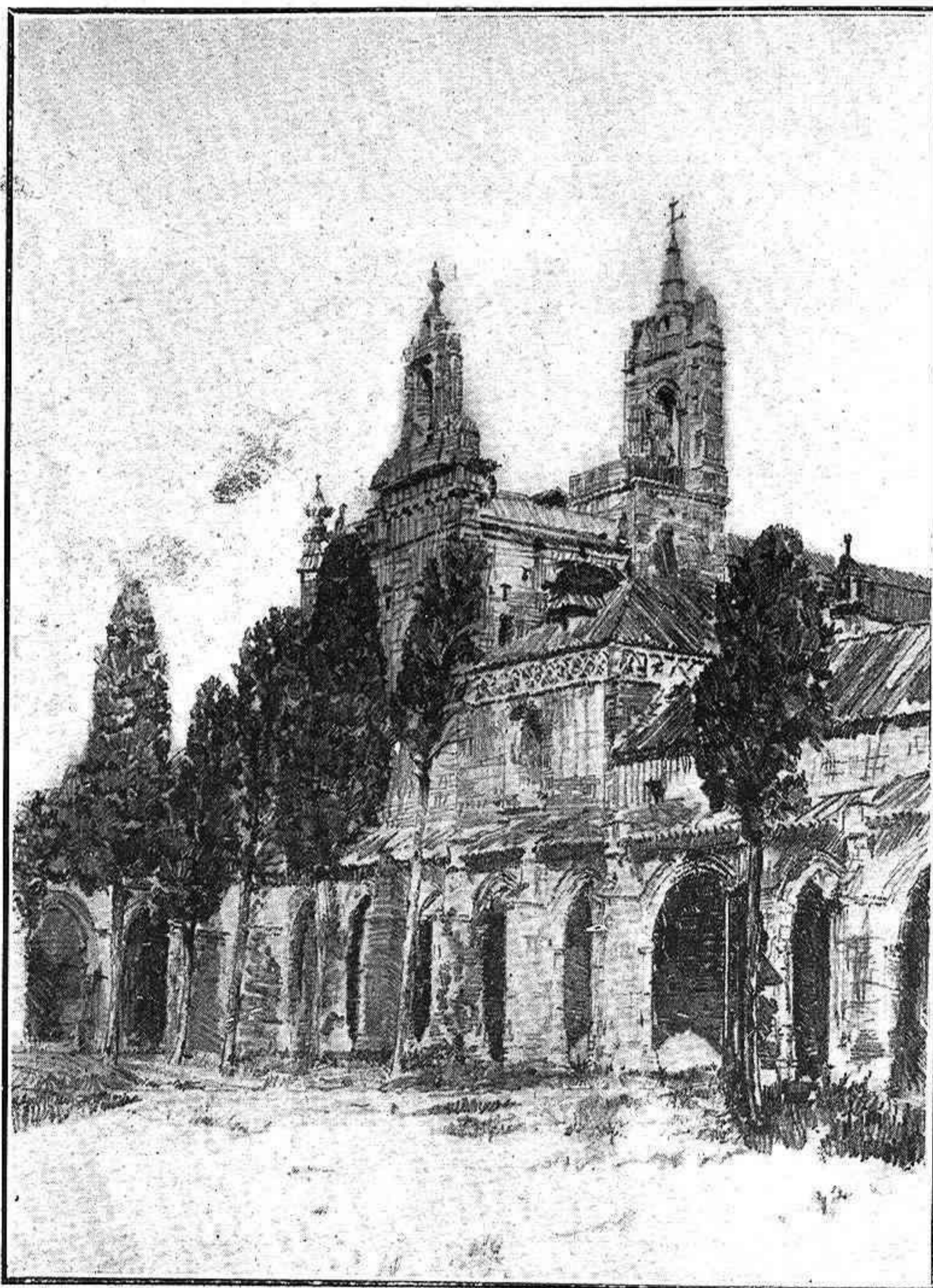
Al contemplar la rica colección de grabados de Goya, expuesta no ha mucho en la Biblioteca Nacional de Madrid, con ocasión de celebrarse el centenario del gran artista, el ánimo sentíase suspenso y maravillado. La obra grabada del gran maestro aparecía tan magnífica y completa como llena de luz y de belleza, y su realización, que diríamos moderna, evidenciaba una vez más que Goya fué un verdadero precursor en todos los géneros que cultivó. Su nombre imperecedero resplandece en el pasado de gloria del grabado con los mismos vivos fulgores que los Durero y Rembrandt.

Un mes después de esta Exposición de los grabados de Goya se celebraba en el Círculo Artístico de Madrid otra más modesta en que un nutrido grupo de grabadores españoles exhibían algunas de sus producciones en el difícil campo del aguafuerte y de la litografía goyescas, guiados, sin duda, por el noble deseo de emular las glorias del maestro y de elevar el prestigio del grabado español contemporáneo.

Este noble esfuerzo fué para muchos una sorpresa agradable y la demostración de que no falta en la España de nuestros días un conjunto de artistas grabadores de valía, que si se lo propusieran podrían imponer sus obras y conquistar un sitio preeminente en el Extranjero para nuestra escuela de grabado.

Aunque en nuestro país no se experimenta todavía la apasionada y creciente afición por este delicado y aristocrático arte que en otros, la exhibición de nuestros grabadores en Madrid fué recibida con interés y simpatía por parte del público, y seguramente que este primer paso dará ocasión á que tome aquí semejante género de dibujo el desarrollo merecido, ya que los grabadores españoles poseen una viva imaginación, un arte exquisito y una soltura y dominio del dibujo que supera á la de sus competidores de los mercados artísticos del Extranjero.

Prueba de lo que decimos es el reciente y franco buen éxito que ha obtenido en París un nuevo grabador español, José Pedro Gil, que comienza á cultivar este arte con grandes bríos y entusiasmo. La prestigiosa galería Alexis de la capital francesa le abrió sus puertas de par en



«La Cartuja de Jerez», litografía de José Pedro Gil



«Plaza del Potro, en Córdoba», aguafuerte de José Pedro Gil

par la última primavera, y durante algunos días la crítica francesa, los periódicos y revistas de arte, y el público, elogiaron unánimemente la inspiración y la técnica de nuestro compatriota, que expuso una variada colección de más de ochenta aguafuertes, litografías y otros grabados, de los que reproducimos aquí alguno de los que pudimos adquirir con ánimo de darlos á conocer á los lectores de LA ESFERA.

En España apenas si se conoce la callada y sólida labor de José Pedro Gil, que á la vez que ingeniero culto y distinguido, es un artista apasionado, que aprovecha los instantes libres de su profesión y los viajes para dibujar ó grabar con una facilidad extraordinaria, como si se tratase de un juego de niño, las fugaces visiones de luz y de sombra que arranca á la misma naturaleza.

Cualquiera que sea el instrumento con que trabaje, se caracterizan sus producciones por su vigor, por la armonía de las sombras y de las luces, y por su estilo fuertemente original y vivo. Quizás una gran parte de esta inspiración y frescura de sus grabados se debe á que José Pedro Gil no dibuja *por encargo*, y solamente graba aquello que hizo vibrar primero su alma sentimental y romántica.

En la Exposición de París vimos, junto á algunos apuntes y esbozos de aquella ciudad, otros muchos dibujos suyos en que se aspiraba el perfume exquisito y el alma de las tierras de España; las antiguas iglesias españolas; los monasterios de El Escorial y de Poblet; los quietos y soñadores rincones de Andalucía; la plaza del Potro; el Patio de los Sacristanes y el Mercado, de Córdoba; la calle Larga, del Puerto de Santa María; Castilla, con sus monumentos llenos de majestad; los nostálgicos paisajes vascos; los graciosos veleros dormidos en la plácida calma de los pequeños puertos, lejos del prosaico tráfico moderno...

Quisiéramos, para terminar, que sirvieran estas líneas de vivo estímulo á todos nuestros artistas, á fin de que perseverando en sus esfuerzos, hagan revivir pasadas glorias en el arte del grabado español.

FRANCISCO
PALENCIA

Barcelona, 1928.

VIDA ARTISTICA

EXPOSICIONES EN MADRID

EL ACUARELISTA JORGE APPERLEY

APPERLEY ha sensualizado su britanismo nativo por varios años de residencia granadina. Desde el alto de San Nicolás, cada día la nave quieta de la Alhambra le ofrece su silueta gallarda. Cada día el hervor gitanesco del barrio y el flujo y reflujo de las corrientes turísticas traen y llevan de su casa las razones plásticas de su arte.

Ese arte que comenzó con claros mitologismos, con desnudos delicuescentes en selvas prerrafaelitas y minuciosismos florentinistas—de que era reiterado testimonio *Lamento por la muerte de*

rudos ó ubérrimos del Alto Aragón los que aguardaban la visita.

Brusco contraste de los temas, la expresión y la sensibilidad. A esas ventanas ilusorias que el Círculo de Bellas Artes abre cada quincena sobre los—no siempre mejores—espectáculos del arte español, ya no se asomaban mocitas encaldecidas por su raza, su clima y su juventud. Se ofrecían sitios agrestes, rúas recónditas, lugares ignorados del gran tráfico nacional.

Al sugeridor que ama la moliciosa quietud en su casa albaicinera, substituía el giróvago trotamundos, cazador de luces furtivas en libres descampados de toda la Península.

Pocos pintores conocen España á través de sus caminos, y por haberselo adentrado alegremente en ellos, como Octavio Bianqui.

La ha pintado de norte á sur y de este á oeste. Conoce todos los acentos rurales y casi todas las posadas, que ignoran los fugentes devoradores de kilómetros ó los sedentarios aglutinados á una existencia única.

Y ese afán viajero, ese optimismo nómada se desborda en cuadros creados con impaciente entusiasmo.

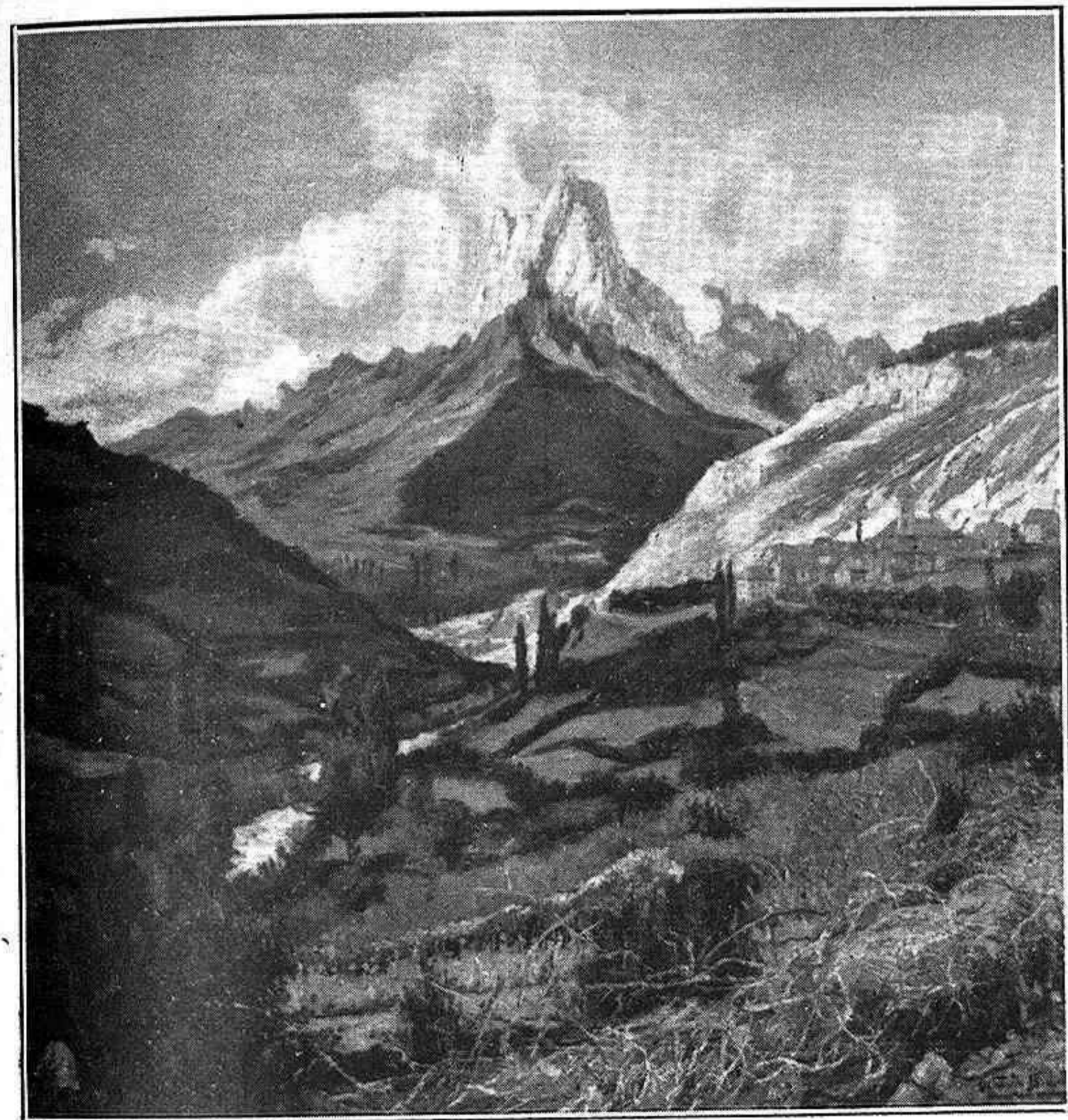
Pero además no se resigna ya á narrar sus impresiones de viaje por medio de pinceles y colores. Pone á los cuadros flecos literarios. Cuelga á la entrada y á la salida de la Exposición un saludo y una despedida para los visitantes.

Acaso esta novedad sirva para lo que

muchos artistas fingen desear: la desaparición del crítico.

Si el ejemplo se secunda la glosa periodística, el escolio crítico ajenos enmudecerán por inútiles. Y el artista que *explica* su cuadro después de pintarlo quedará tan satisfecho.

(No obstante, el arte de Bianqui es sencillo y expresivo por sí mismo. Se ve y se comprende sin necesidad de leer los flecos descriptivos.)



«Lanuzá» (Alto Aragón), cuadro de Bianqui

Orfeo, vuelto á ver ahora—, se coció pronto con el ardor de las carnes morenas de Andalucía, á las que tan fraternalmente acarician los pañolillos de talle, floridos sobre negro, rojo, amarillo y tabaco.

Apperley está saturado de Granada hasta un punto que le evita la garrulería primeriza y además le salva del manierismo reincidente.

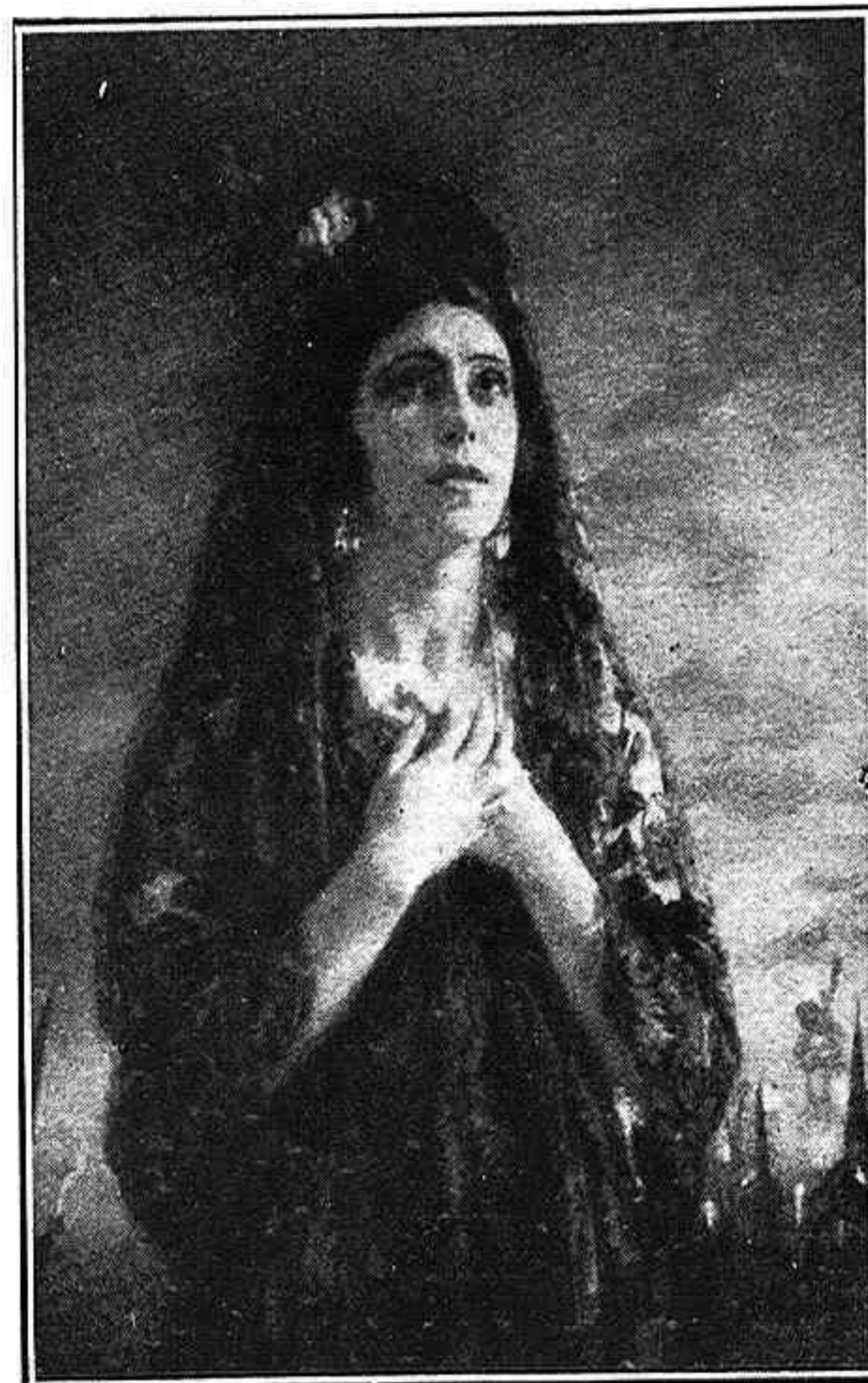
¡Hora, pues, fértil la suya! No ha querido oirla sólo entre las campanas granadinas. Sino contrastarla con los rumores madrileños del Círculo de Bellas Artes (no siempre exactos y fieles el apelativo).

Nombres dotados de evocación nostálgica—el Darro, el Albaicín, el Sacro Monte—situaban los motivos pictóricos. Mujeres de ojos negros, rostros oliváceos, sacadas de la ruta de un torero, de un gitano ó de un simple indolente andaluz adormido á la sombra morisca de la ciudad, eran casi todos los motivos. Y flores de la tierra madre de las mujeres pintadas y los hombres presentidos: claveles, rosas, azahares, jazmines.

Fragancia de nocturno granadino exhalaba la Exposición y dulcemente cautivaba el juicio. Y se salía de ella como de una cita de amor en que la mujer morena y codiciada no defraudara...

EL PAISAJISTA BIANQUI

Cuando volvimos pensando hallar todavía las deliciosas hembras del sur, eran paisajes hoscos,



«Saeta», cuadro de Apperley

EL MARINISTA VERDUGO LANDI

Siempre en torno del agua turbulenta ó plácida, afable ó impetuosa, que Ricardo Verdugo lleva del mar á su pintura, sin desposeerla de su veracidad viva y de su coloración diversa, acuden múltiples y unánimes las gaviotas blancas del elogio y de la adquisición.

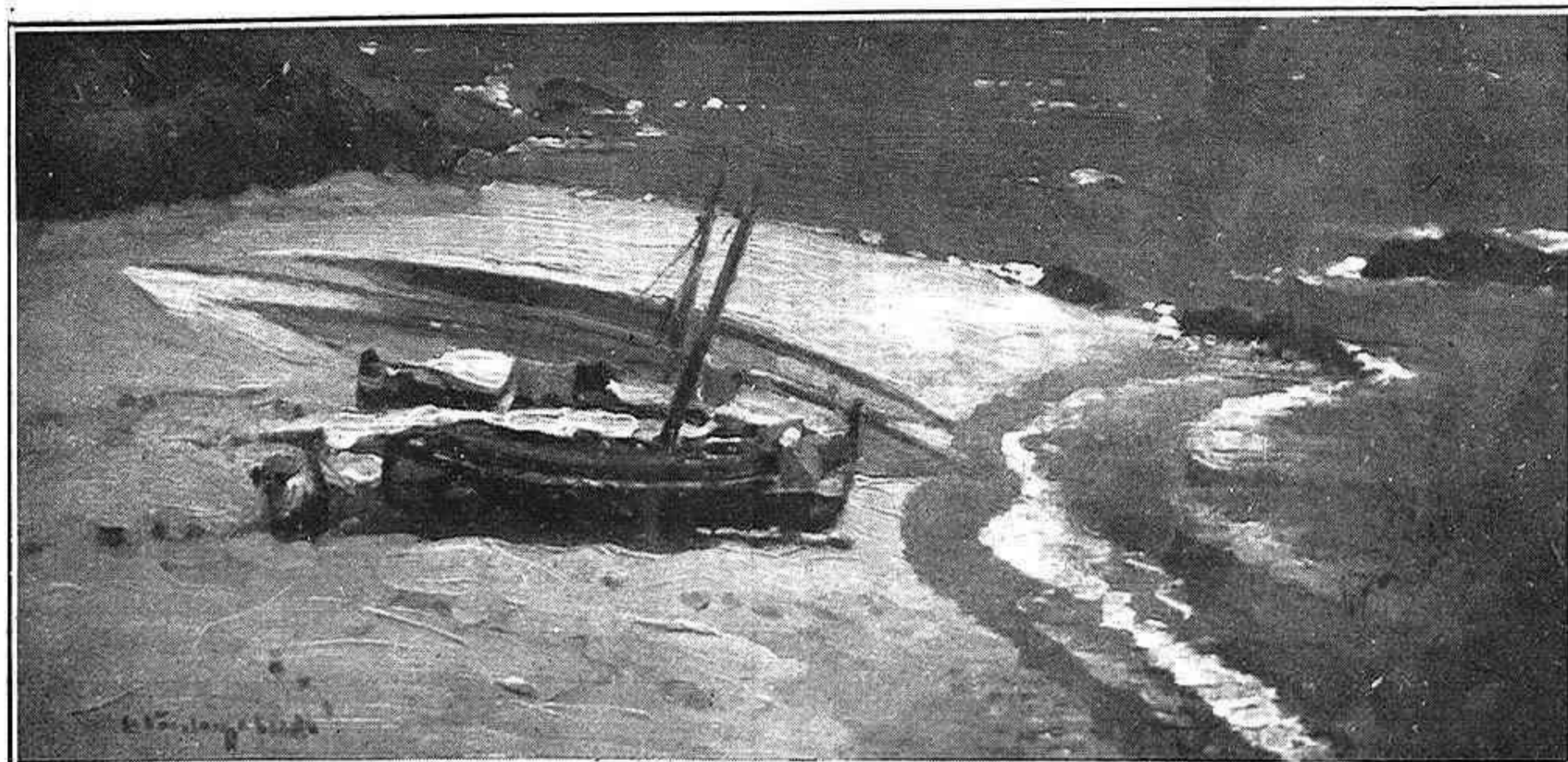
Pero esta vez más que tantas otras. La Exposición de apuntes que Verdugo celebró en el Salón Vilches—al que se descende como á la camareta de lujo de un gran transoceánico—ha movido las gaviotas de la crítica y codiciosas las gaviotas jubilosas del coleccionismo.

Y para quien, como yo, agitó el pañuelo de los primeros saludos al artista que «tomaba tierra» con su redada de apuntes, ó trazó los primeros vuelos concéntricos sobre su obra en los días no muy lejanos en que todavía el artista trabajaba frente al silencio ajeno, el clamor aprobatorio actual me alegra y autoriza á callar para oír á los demás.

La actitud tiene su deleite indudable. Releo bastante de lo que vine escribiendo hace años; reoigo mucho de cuanto dije antes que nadie. El gozo de comprobar tal ratificación ajena del juicio propio no tiene, sin embargo, ningunas heces egoístas. Lo que triunfa con el actual éxito de Verdugo Landi no es la opinión de un crítico, sino la obra de un artista.

SANTIAGO PELEGRÍN

El Salón del Museo de Arte Moderno se re-



«Playa de Fuengirola», cuadro de Verdugo Landi



«Mujer dormida», cuadro de José de Togores

nueva, despierta de su soñarrera congestiva, para tener una gracia activa de alerta y de avance.

¡Loado sea quien tal impulso le da y quien nos evita las rancias contumacias pretéritas! Cuando todavía los dibujos, las pinturas de Benjamín Palencia, tan íntegros de sentido y tan dotadas de capacidad, no se habían olvidado por quienes precisan recordatorios periódicos—no por los que siempre tienen presente esfuerzos de tal nobleza estética—, adviene Santiago Pelegrín y su «confesión evolutiva».

Nombro confesión evolutiva á esa agrupación de datos pictóricos fechados desde 1923 á 1928, porque realmente el artista se confiesa con el espectador y no oculta lo que puede ser pecado y lo que puede ser virtud.

«Yo hice esto», «Hago esto», «Haré... quién sabe», dice con cromatismos que se simplifican y afinan cada vez más, con líneas que se estilizan, con sensimiento que se agudiza y refina. Confiesa su pesadez densa de ayer y su ingravidez sutil de hoy.

La persistencia naturalística y el sintetismo dinámicos como hitos de un quinquenio bien aprovechado.

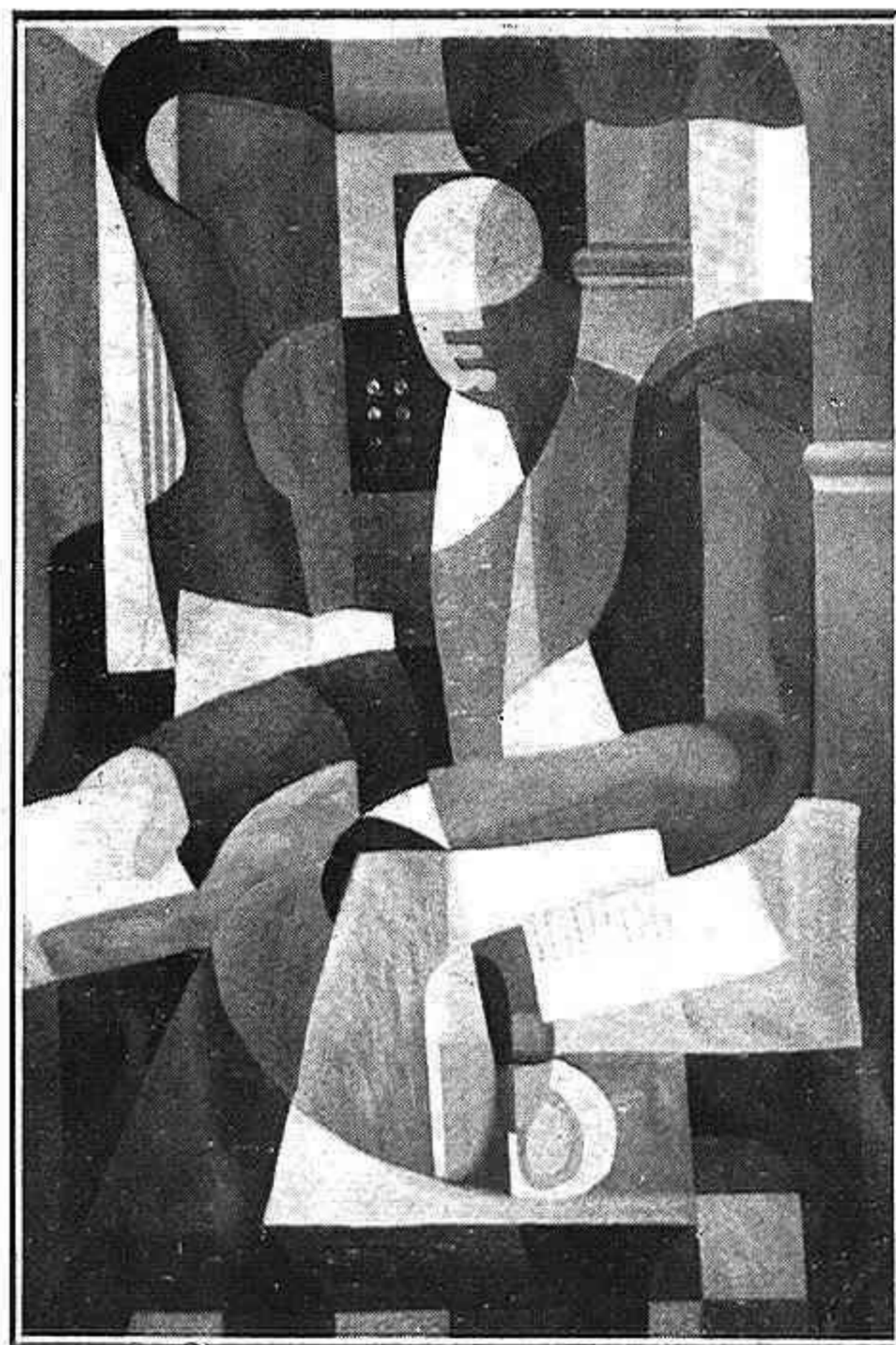
Pero esta confesión no le contrista ni le humilla.

La ofrece sin remordimiento ni desaliento. Está dicha de pie, rostro á rostro del confesor y no solicitando persistencia. Y es precisamente esa fe en su arte lo que más me agrada en Pelegrín.

Lo que hace encantadoras algunas naturalizas muertas de ayer y lienzos de hoy, como *Atocha-Cuatro Caminos*, *Metro* y *Verbena*, en que fórmulas plásticas encuentran motivos adecuados.

JOSÉ DE TOGORES

No todavía el comentario, que ha de ser extenso cual la categoría de la obra lo requiere. Simplemente la bienvenida, esa primera norabuena á la llegada de quien tanto va á merecer nuestra



«El profesor inútil», cuadro de Santiago Pelegrín

atención. José de Togores cumple ahora, desde las salas de Amigos del Arte, algo más trascendental que una Exposición particular.

Añade un jalón más—y de qué calidad!—á la progresiva ruta que, quieran ó no, ha de añadirse á este abanico de tendencias que toda pintura moderna necesita para airearse y no pudrirse dentro de ambientes enrarecidos.

Se ha hecho muy bien en traer á Madrid á José de Togores, como se hizo bien en traer á Joaquín Sunyer, en un legítimo orden de primacía.

Para los que no se obstinan en guatar los ecos y clavetear las ventanas, la Exposición de Togores está colmada de reminiscencias agradables y de sabores á los coteles de la Francia actual. Sabe á Foujita, á Picasso principalmente. Pero en seguida sabe á él mismo: á la calidad de un gran pintor que tiene su elocuencia personal y su arabesco propio.

No es un rapsodista ni un atrapador de actualidades efímeras. Se afianza, por el contrario, en un clasicismo que participa de sucesivas aportaciones. Mueve las formas predilectas de sus ritmos carnales en una serie de grises transparentes, diáfanos, de infinita delicadeza.

Los desnudos de Togores están blandamente logrados, pero sin alfeñicada ni empalagosa blandenguería; los retratos de niños respiran infantil ternura; los paisajes palpitan de esa misma energía vital con que cielo y tierra celebran sus nupcias eternas bajo las bendiciones distintas de la luz.

De todo esto hay que hablar despacio. Hoy solamente la bienvenida y la reverencia á un gran pintor español, formado y consagrado fuera de España.

JOSÉ FRANCES

Heno de Pravia



La suavidad exquisita
de una mano de mujer, revela
la preferencia con que usa

Jabón Heno de Pravia

Pruébelo usted, después de
haber usado otros jabones.
Advertirá en seguida la
diferencia. Suaviza y perfuma
deliciosamente la piel.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID

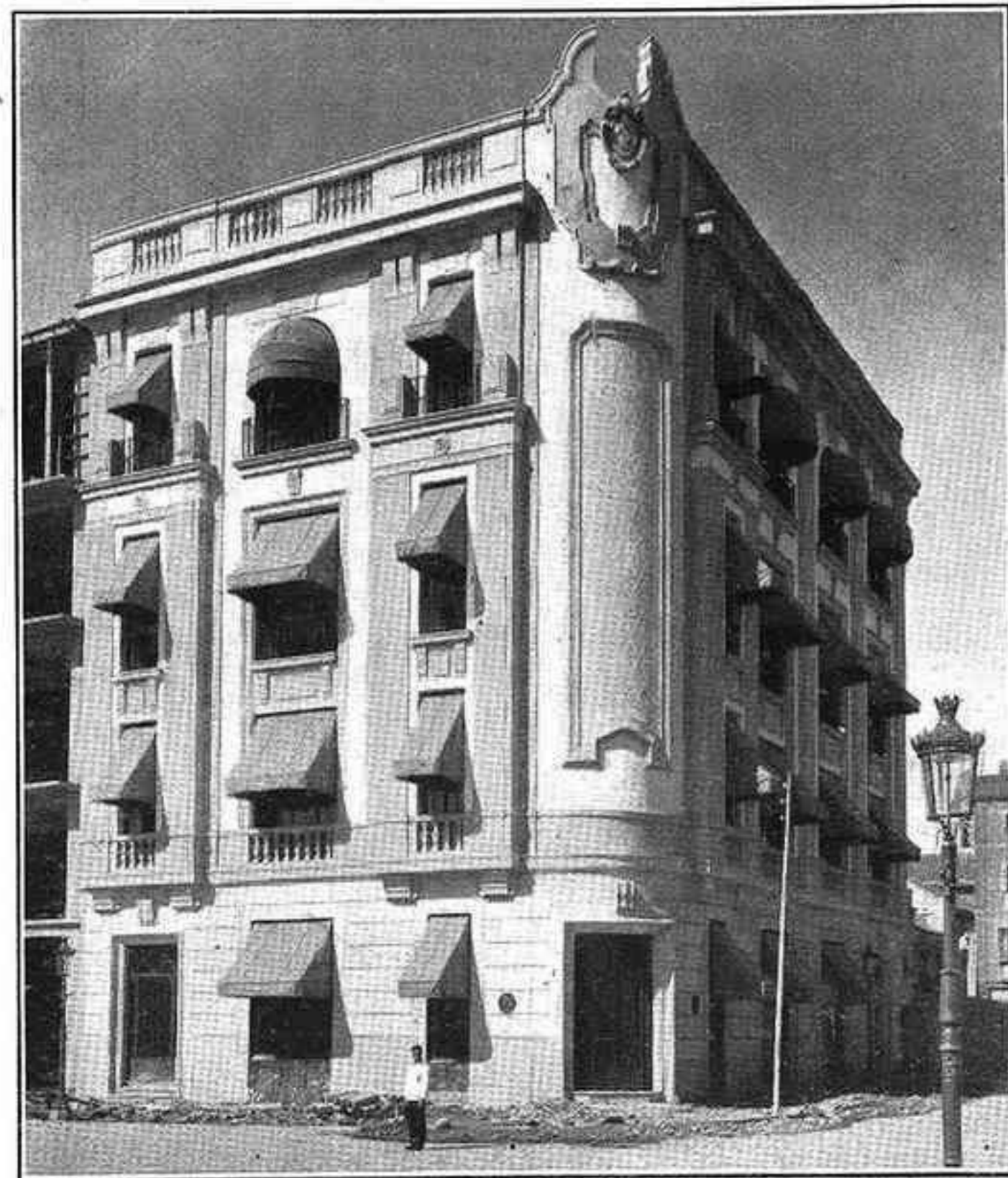
Casa en Buenos Aires: Maure, 2010 - 14
Casa en Londres: Strand, 76.



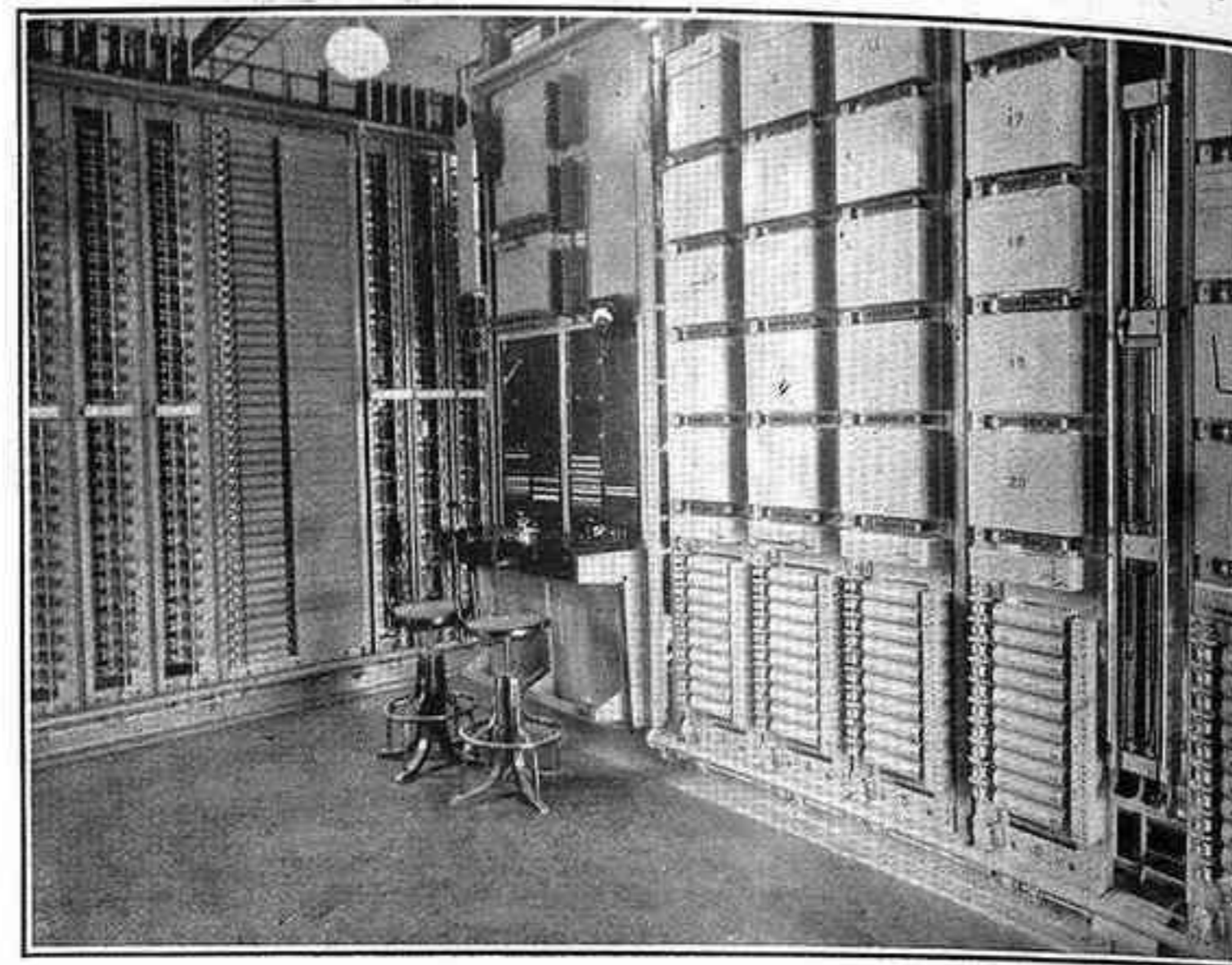
GAL

R I B A S

Se inaugura el teléfono automático en Córdoba

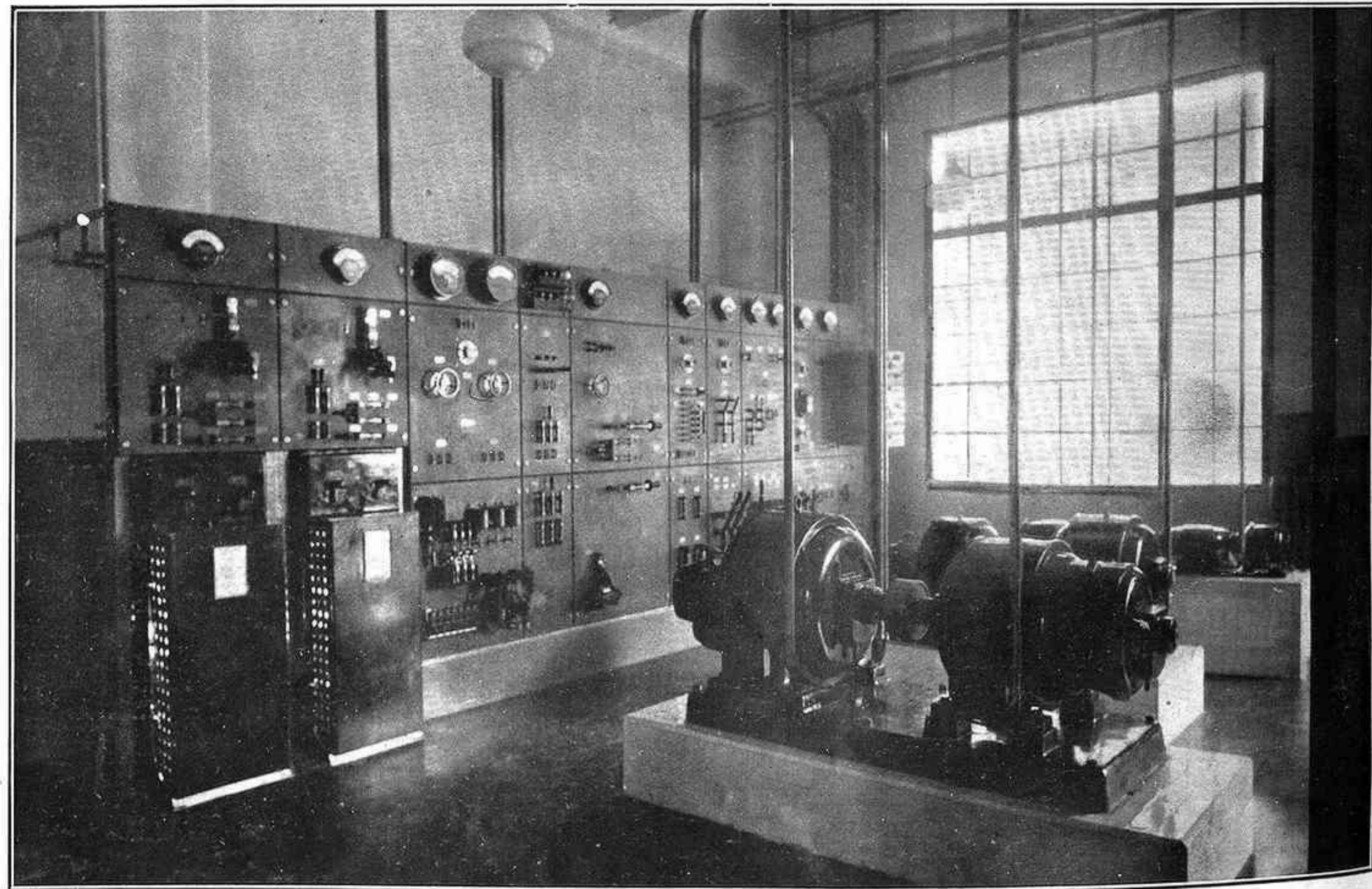


Edificio que contiene la Central Automática, la interurbana y otras oficinas y dependencias, construido por la Compañía Telefónica Nacional de España en Córdoba



Mesas de vigilancia y armazón de registradores en la Central Automática cordobesa, recién inaugurada

Recientemente se ha inaugurado en Córdoba la nueva Central Automática de la Compañía Telefónica Nacional de España, instalada, como otras oficinas y dependencias de la misma Compañía, en un edificio construido especialmente para este objeto. Como en las demás poblaciones en que ya está en funciones el teléfono automático, desaparecen, merced a esta importante mejora, las antiguas y complicadas redes tendidas sobre la ciudad, aquellos templete o torrecillas donde iban a centralizarse los hilos conductores, que se elevaban sobre los tejados de viejos edificios. Todo ello ha sido substituido por la red subterránea, con sus entradas de cables también subterráneas, que al propio tiempo que embellecen la población evitan peligros de posibles desprendimientos. En el acto inaugural, al que asistieron las autoridades cordobesas y numerosos invitados, el gobernador civil, Sr. Ramos Camacho, puso en marcha la Central Automática, que desde aquel momento comenzó a funcionar y presta un excelente servicio.

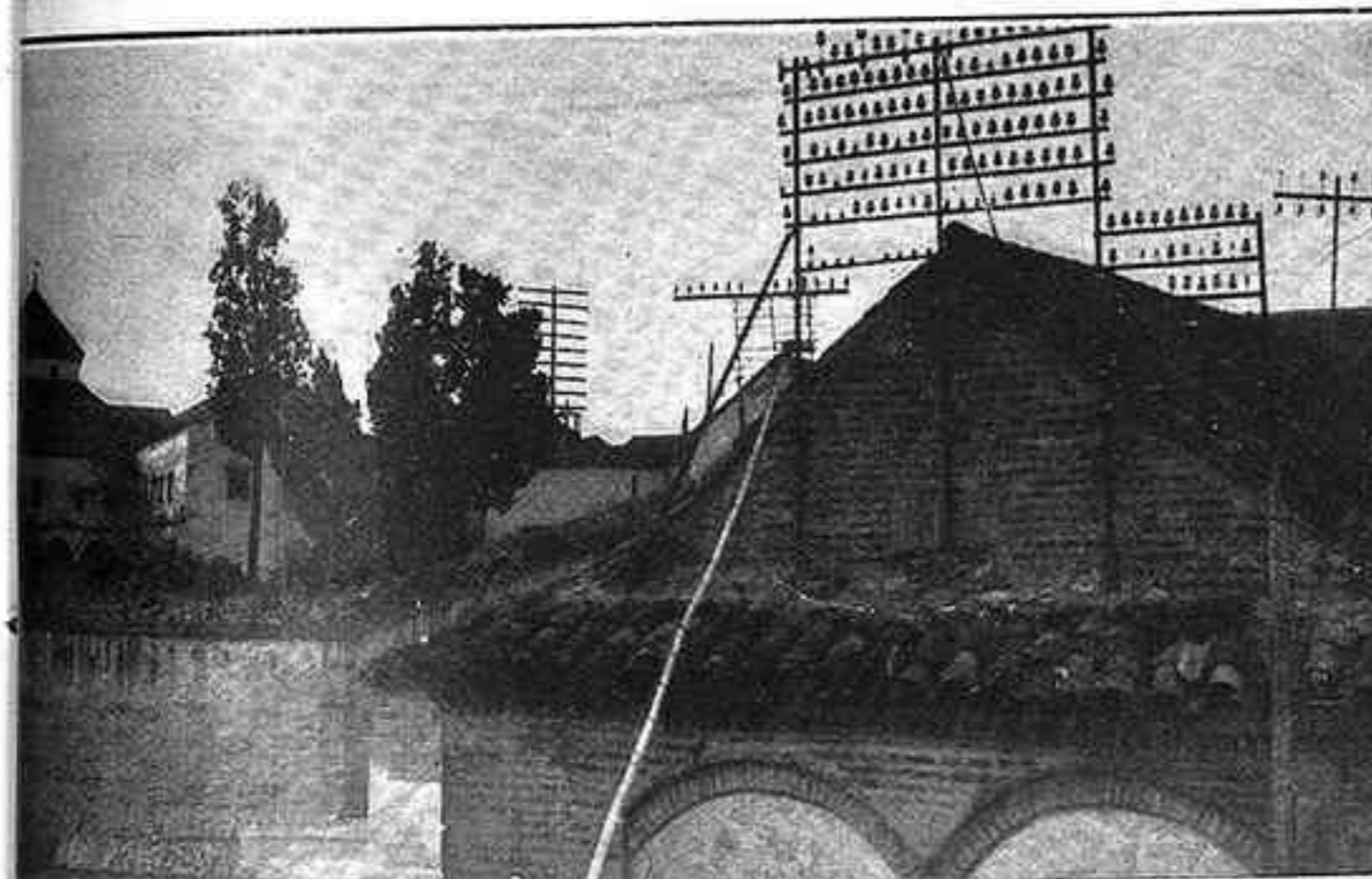


Cuadro de fuerza y máquinas de carga, socorro y llamada de la Central Automática de Córdoba

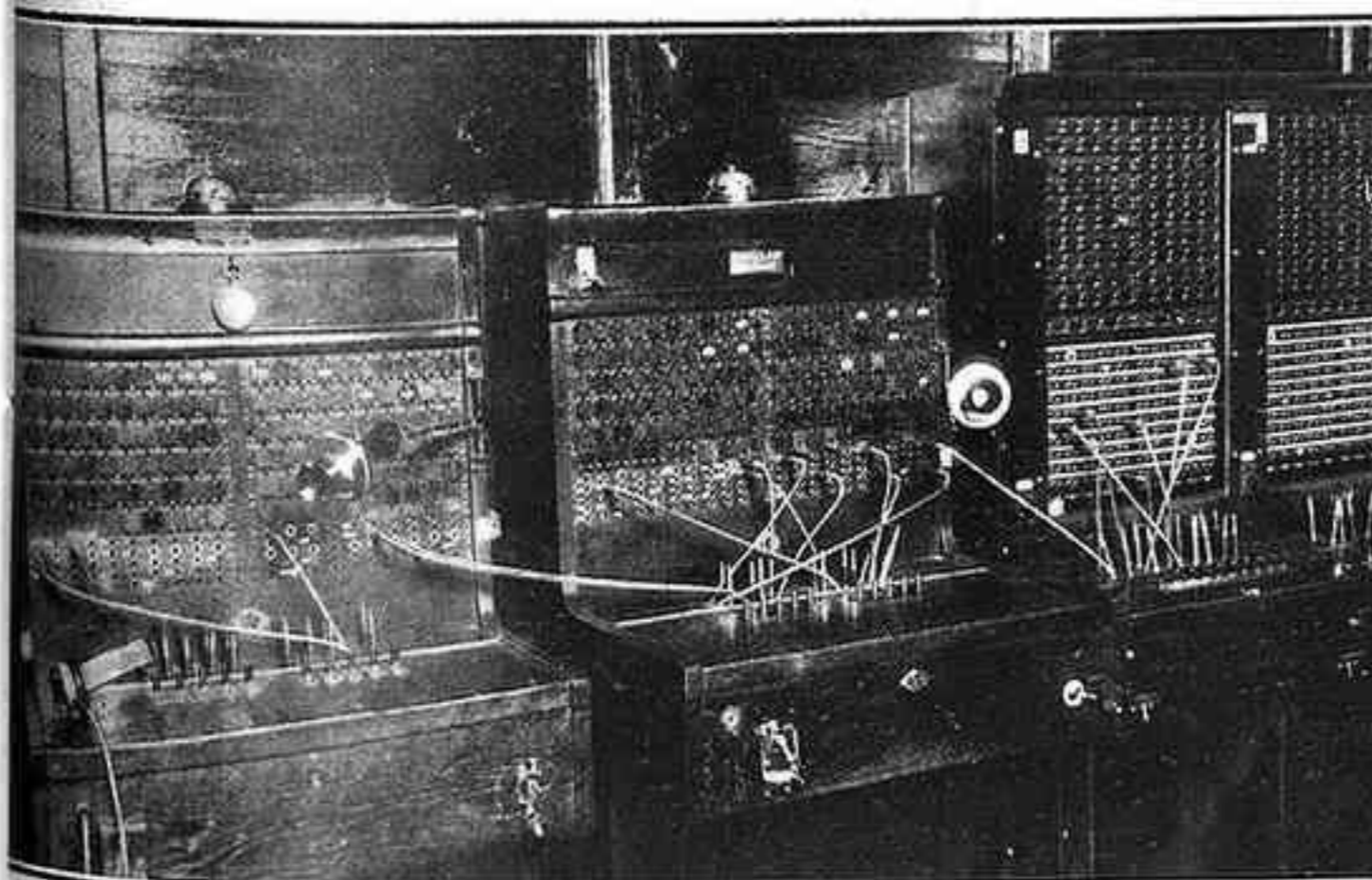
Notas gráficas del acto y de la transformación de la red



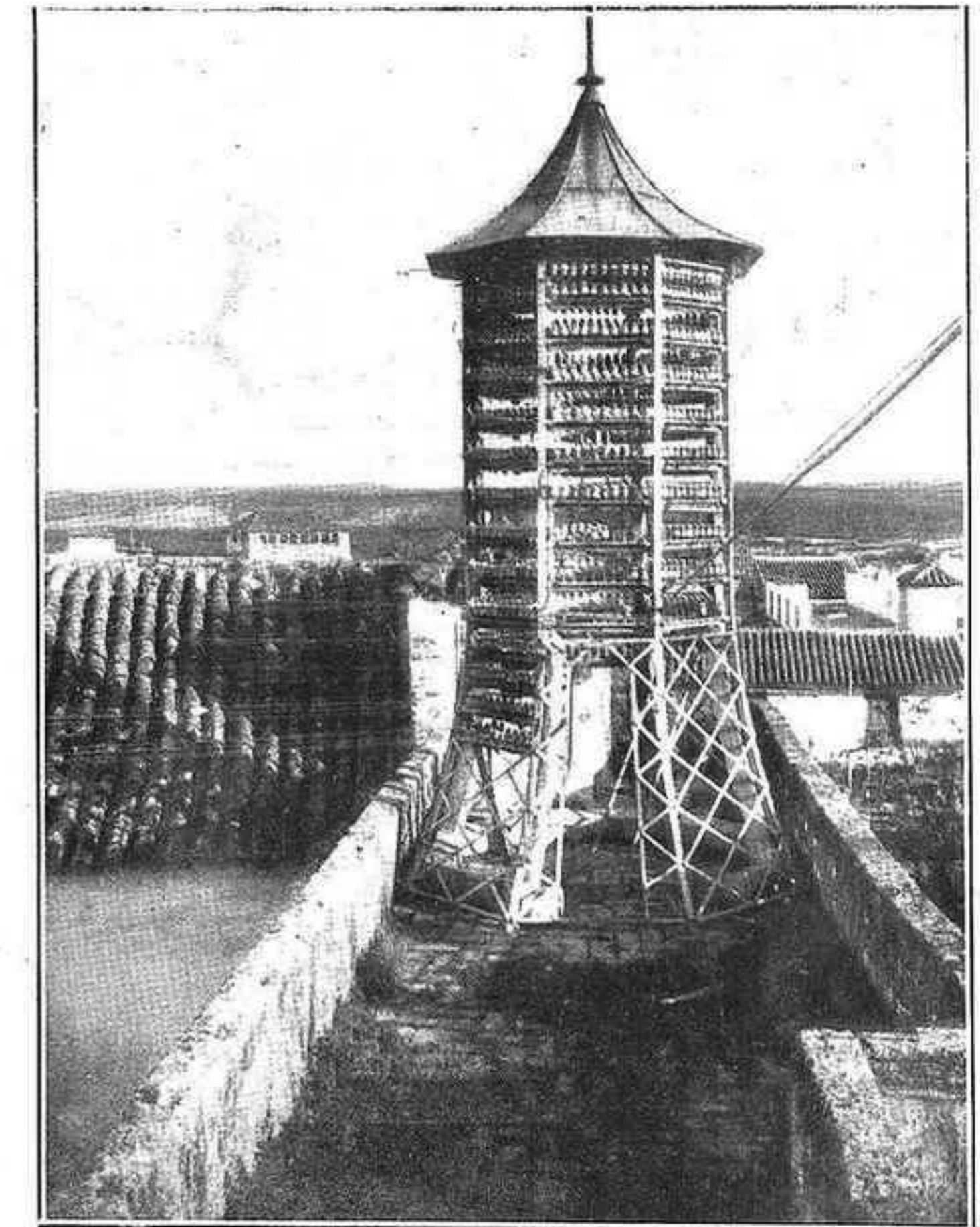
El gobernador civil de Córdoba, Sr. Ramos Camacho, en el momento de poner en marcha la Central Automática, rodeado de autoridades, invitados y alto personal de la Compañía Telefónica Nacional de España



Interesante aspecto de la vieja red aérea de Córdoba, que se ha substituido por la red subterránea y funcionamiento desde la reciente inauguración del servicio automático. La red aérea se desmontará en corto plazo



Cuadros de la vieja Central urbana principal de Córdoba, que han quedado en desuso con la inauguración de la Central Automática



Templete por donde entraban las líneas a la vieja Central principal de Córdoba. Las dos subcentrales que con ella se han servido a la ciudad aparecían provistas de templete semejantes. Todo ello ha sido substituido por la red subterránea con sus entradas de cables, también subterráneas



Un Mundo más pequeño y agradable

Dice la tradición popular que cuando la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María* salieron de España en una de las más arriesgadas aventuras que recuerda la Historia, estuvieron expuestas á salirse del borde del Mundo y caer en las fauces de grandes y feroces dragones, cuyo hálito era fuego. Lo desconocido, enorme y amenazador, se extendía sobre todos los ámbitos de una civilización confinada y supersticiosa.

En el espacio relativamente corto de quinientos años, lo geográficamente desconocido ha dejado de existir en los mapas y en la mente del hombre. El barco de vapor, el ferrocarril, el telégrafo, el cable y el teléfono, estos enemigos de la distancia, han unido los extremos de la Tierra y han hecho del mundo entero una sola vecindad.

Con la apertura del servicio telefónico transatlántico han desaparecido los últimos vestigios de los dragones de Colón. Porque cuando hablan dos personas y se oyen mutuamente sus voces, nada significa la distancia que hay entre ellas. Están espiritualmente juntas, son vecinas en un mundo pequeño y agradable.

Compañía Telefónica



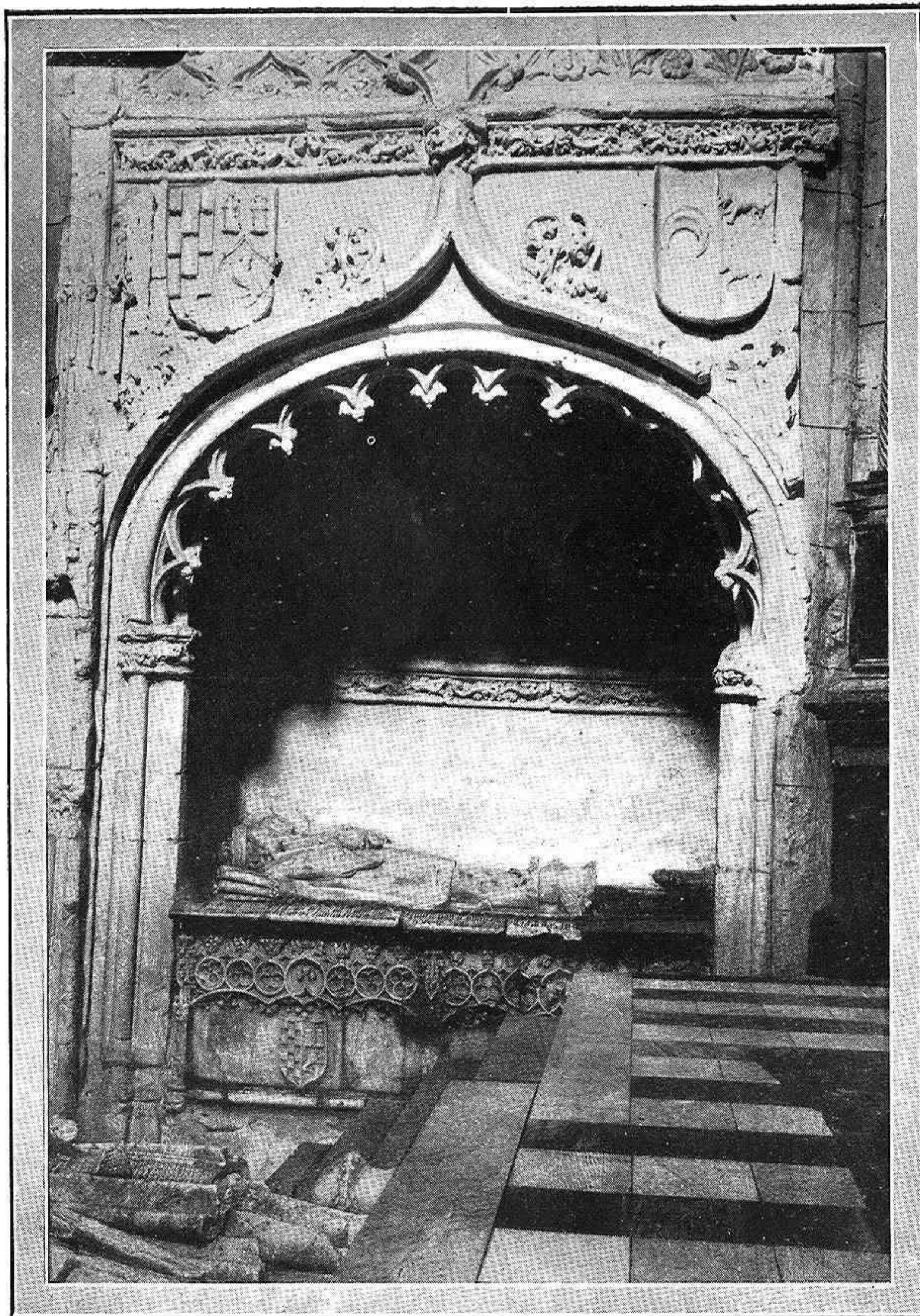
Nacional de España

MONUMENTOS
HISTÓRICOS
DE ESPAÑA

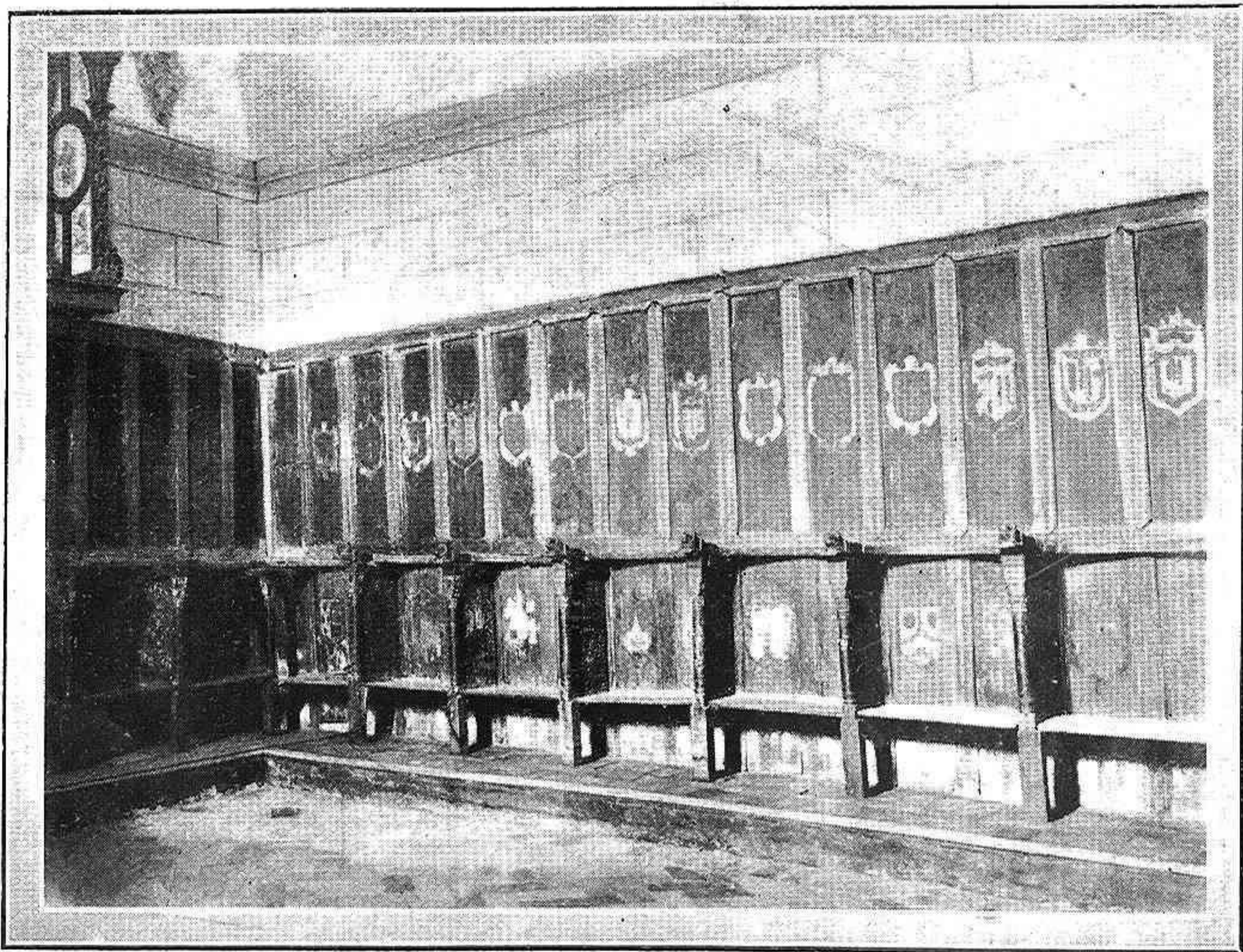
Tienen las viejas y gloriosas piedras, las construcciones españolas de los siglos remotos, un milagroso poder evocativo: diríase que á su presencia el espíritu volara sobre la materia, desdoblándose y retrotrayéndose á las pasadas edades, y que estos testigos mudos del triunfo y del poderío de la Raza, que estos ancianos monumentos de nuestra Historia reprocharan nuestro actual desmayo, hablándonos blandamente en un extraño lenguaje lleno todavía de optimismos y esperanzas.

Una mañana radiante, luminosa, he visitado el convento de Santa Clara, de Moguer. Sobre la severa fábrica de ladrillo de la iglesia se eleva el campanil, que recorta sus graciosos perfiles en el cielo, de un caliente tono azul. El ábside, herido por la luz solar, tiene un opaco brillo amarillento, y en las recias paredes y en los altos ventanales de la iglesia, infinitas mellas y desconchaduras atestiguan el devastador ultraje de los años. Pero las campanas voltean alegres en lo alto del campanil, esparciendo un son de fiesta, y el convento entero, al arrullo de su música, inundado de sol, parece remozarse, como un viejecito que cantara para olvidar el agobio de los años.

Cerca de seis siglos



Arco gótico del lado del Evangelio, en el convento de Santa Clara, de Moguer



Sillería del coro del convento de Santa Clara

El convento
de
Santa Clara,
de Moguer

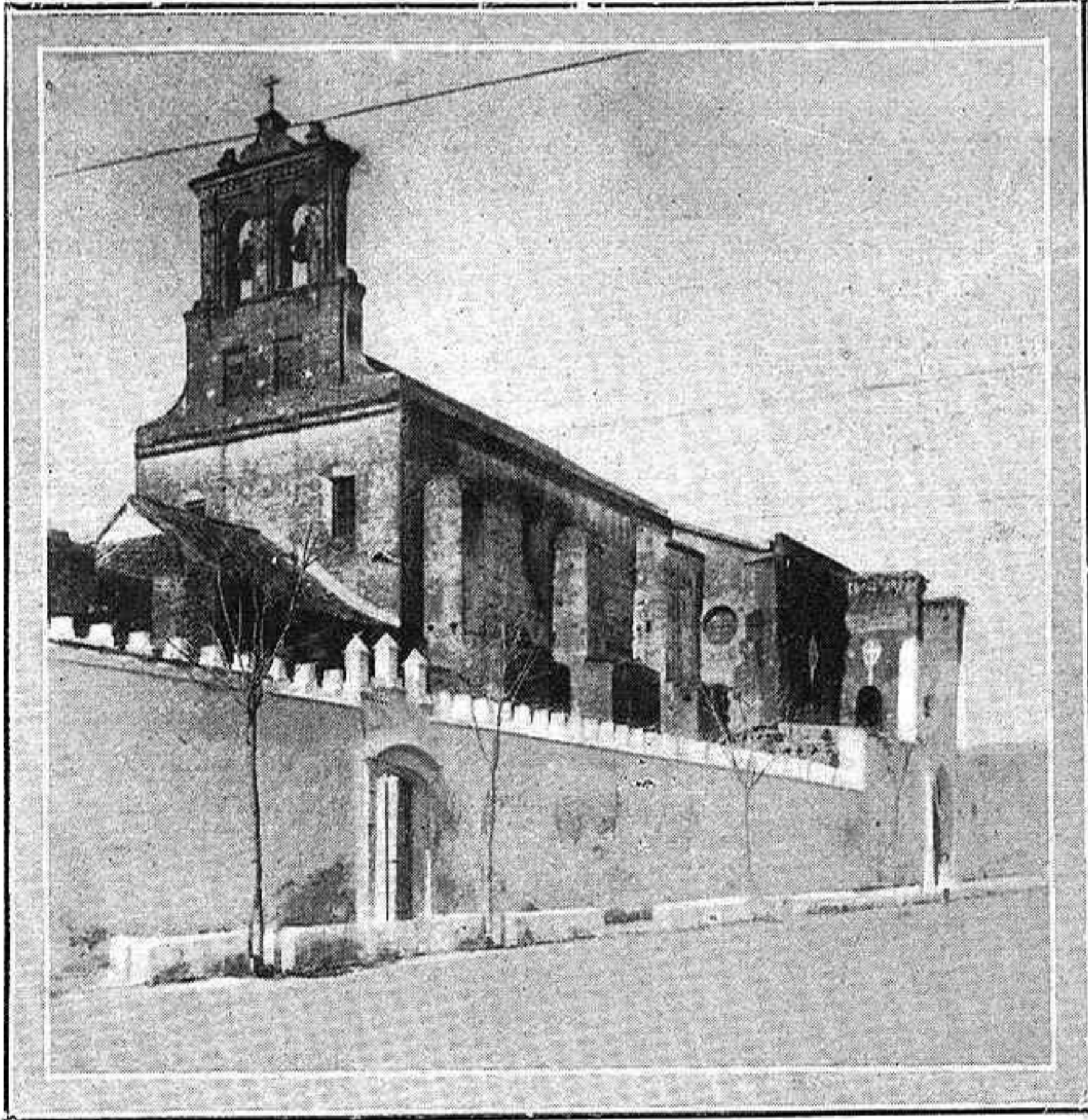
han transcurrido desde que doña Elvira Alvarez, hacia el año de 1348, fundó el convento de Santa Clara, y más de cuatro siglos desde que lo visitó Cristóbal Colón al regresar de su primer viaje al Nuevo Mundo.

Este hecho, por sí solo, cuando tan obscura es aún la vida del glorioso genovés, bastaría para ofrendar á los viejos muros del convento nuestra mayor admiración.

En el recinto de esta iglesia estuvo encerrado una noche entera aquel insigne navegante que dió á España el cetro de un Continente, y en cuyo arriesgado éxodo le acompañaron denodados marineros de Palos y de Moguer.

Cuenta la Historia que al volver Colón de América para dar noticia de su descubrimiento á Isabel la Católica, la más grande de las reinas y su dulce auxiliadora y amiga, hubo un momento en que creyó sucumbir: la carabela *Niña*, juguete de un violento temporal, estaba á punto de zozobrar; el océano, encrepado, amenazaba tragarse la frágil embarcación.

Apurados los medios de defensa, el descubridor de América apartó los ojos del abismo de las aguas y los volvió hacia Dios, haciendo el voto de «venir en peregrinación á este convento



Vista exterior del convento de Santa Clara, de Moguer

de Santa Clara y pasar dentro de su iglesia toda una noche consagrado á la oración si Dios se dignaba sacarle salvo de aquel inminente peligro». (Roselly de Lorgues, *Historia de Cristóbal Colón y de su viaje.*)

El Altísimo escuchó la súplica, y en cumplimiento de aquella promesa pasó Cristóbal Colón una noche entera en este convento, en cuyo coro todavía se conservan tres viejos cuadros, ante los cuales, según la tradición, cumplió su voto, postrado de rodillas, el insigne navegante.

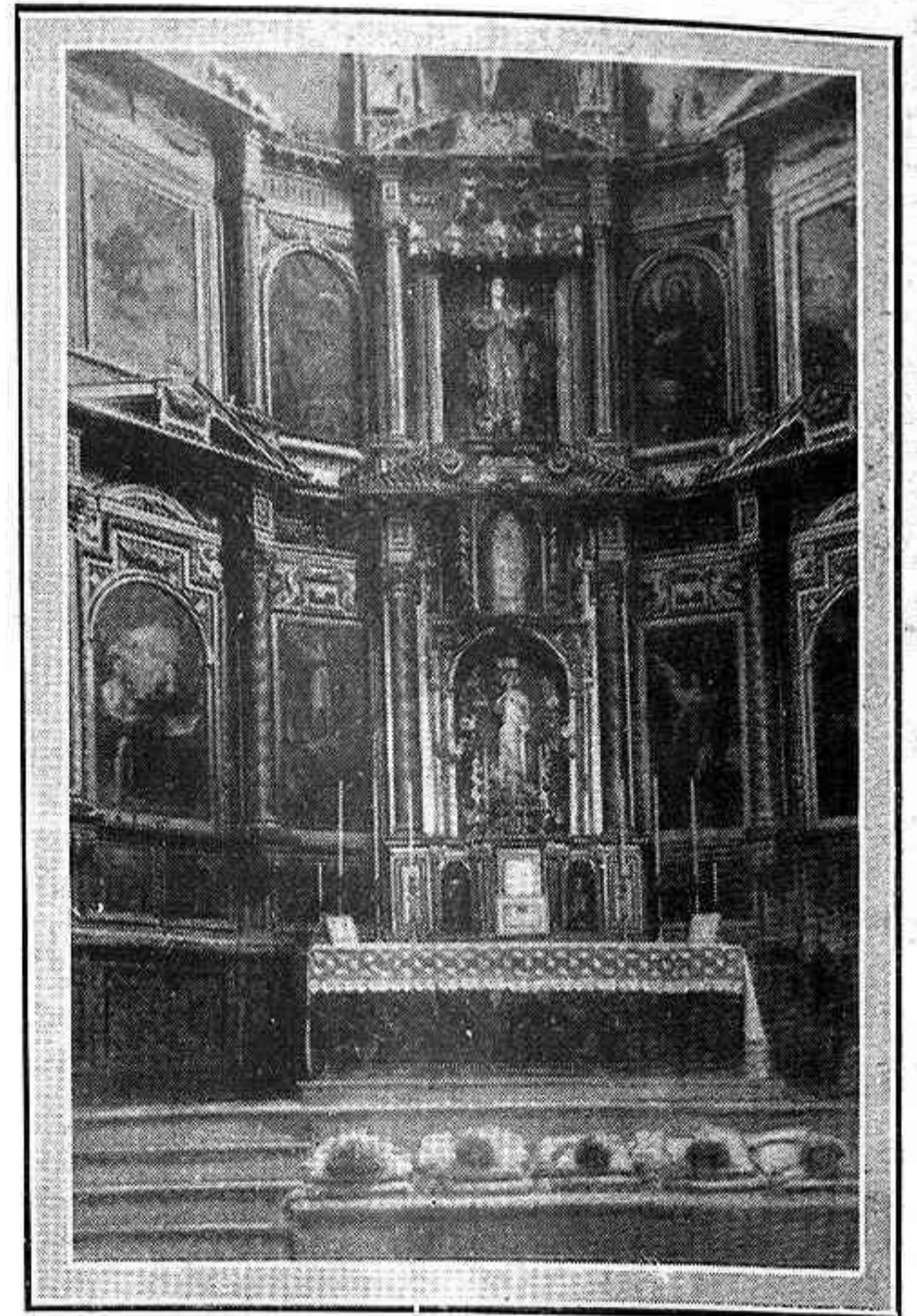
Por matrimonio de Doña María Tenorio con D. Martín Fernández Portocarrero, siendo Jofre Tenorio señor de la villa de Moguer, adquirió la linajuda estirpe de los Portocarreros el señorío de la villa y el patronato del convento, remontándose á este enlace el origen de las armas de Moguer, que son las mismas de los Portocarreros, ó sean un escudo ajedrezado de oro y azur, con orla de castillos y leones.

Dichos señores mejoraron el convento y convirtieron la iglesia en panteón familiar. El lecho sepulcral levantado en el centro de la iglesia, frente al altar mayor, es un magnífico mausoleo labrado en finísimo alabastro, sobre el que destacan cinco esta-

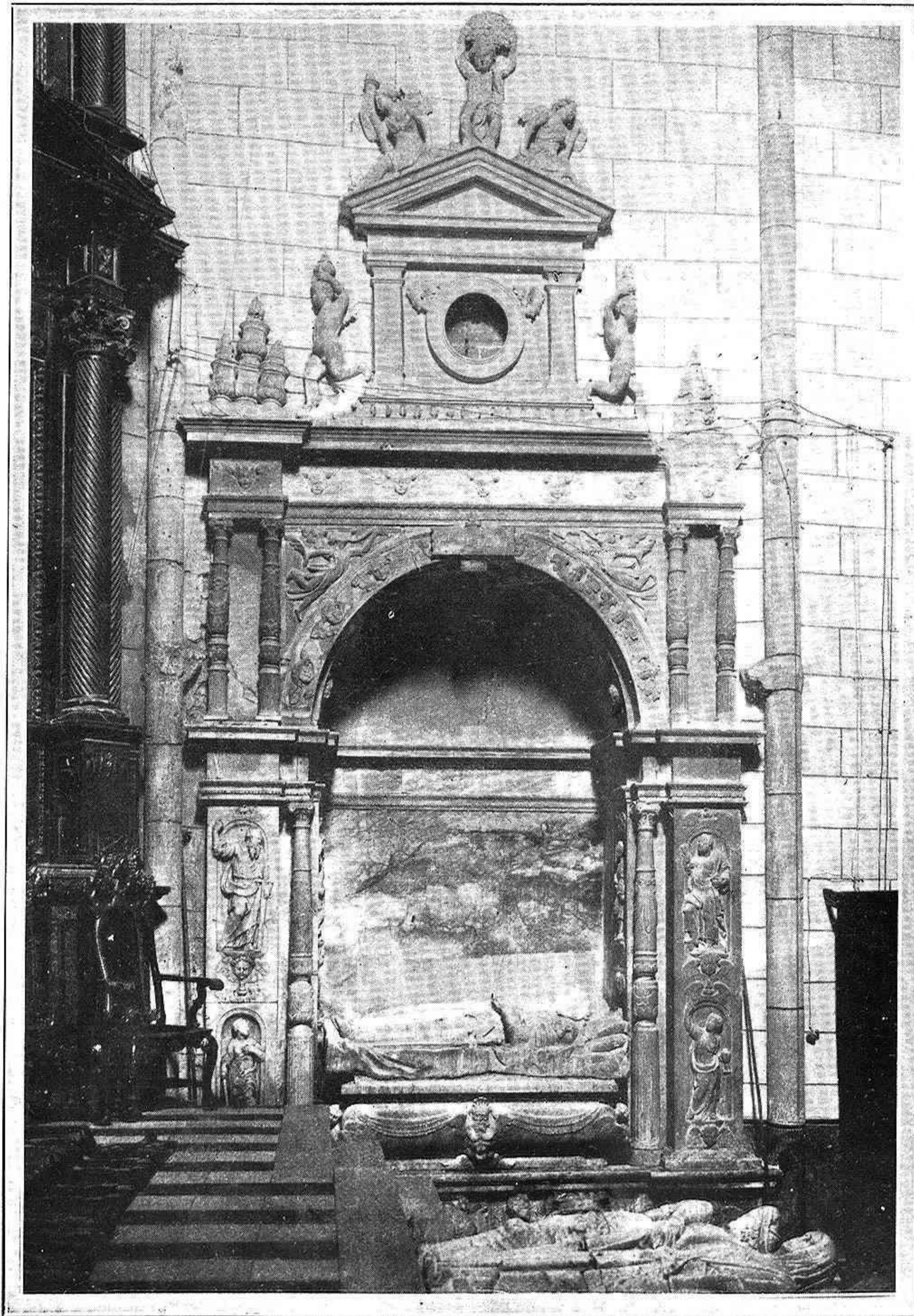
tuas yacentes, las masculinas con armas y las femeninas con los horarios y los monjiles de la época. Estas figuras, aunque bastante deterioradas, son muy notables, teniendo, sobre todo las masculinas, una ejecución primorosa. En este lecho sepulcral yacen los restos del mirante Don Jofre y su esposa, doña Elvira Sánchez de Velasco, y de sus nietos don Alonso Fernández Portocarrero, doña Beatriz y Doña Marina.

En el muro de la iglesia que corresponde al lado del Evangelio se ve un elegante arco de estilo gótico decadente, labrado también en alabastro, en cuyo frontis hállanse esculpidos los escudos de los patronos. Las estatuas yacentes que adornan este arco ó carnero representa á D. Juan Portocarrero y á su esposa doña María Osorio.

También el arco mortuario



Retablo del siglo XVII, que sustituyó al primitivo



Atrio mortuario del lado de la Epístola

del lado de la Epístola encierra un lecho sepulcral labrado elegantemente en mármol.

El ábside de la iglesia es de extraordinario mérito; pero sus soberbios ventanales, que ostentarían seguramente preciosas vidrieras, según el gusto de la época, fueron tapiadas al sustituir el primitivo retablo del altar mayor por el actual en el siglo XVII. El coro, exornado de alambriña talla, es un curioso ejemplar.

Pero aun sin esta riqueza artística acrecentada por el Museo Pictórico del convento que guarda algunos notables cuadros de la escuela flamenca, estos viejos muros, al evocarnos al preclaro navegante que asombró á los siglos, nos dicen de su sencillez y su humildad: el que descubría mundos y familiarizaba con los Reyes no desdeñaba las horas de la oración en el recinto de una apartada iglesia.

Y en esos momentos de soledad y de silencio, su alma grande despreciaría las glorias y las grandezas de la tierra, y en el apartamiento de estos muros, hoy amarillos y maltrechos, tal vez un poco desengañada y dolorida, buscase los consuelos inefables que sólo presta Dios.

CECILIO BENITEZ

(Fotografías del mismo)



Al Mundo Automovilista

PACKARD ofrece hoy día un automóvil de ocho cilindros en línea a un precio apenas más elevado que el de seis. Con excepción de sus dimensiones, es muy poca la diferencia en el diseño y en la construcción entre los dos nuevos coches.

En ambos modelos, se ha construído como parte integrante del chasis un tipo exclusivo de amortiguadores de doble acción. Las abrazaderas con resortes eliminan las sacudidas. Los asientos son aún más lujosos.

En sus ricos equipos, en la belleza de sus carrocerías, y en la construcción de sus chasis, Packard ha sobrepasado, en estos dos nuevos coches, los brillantes triunfos alcanzados en años anteriores.

Pregunte a quien tenga uno

P A C K A R D

BARCELONA
PROVENZA, 165-169

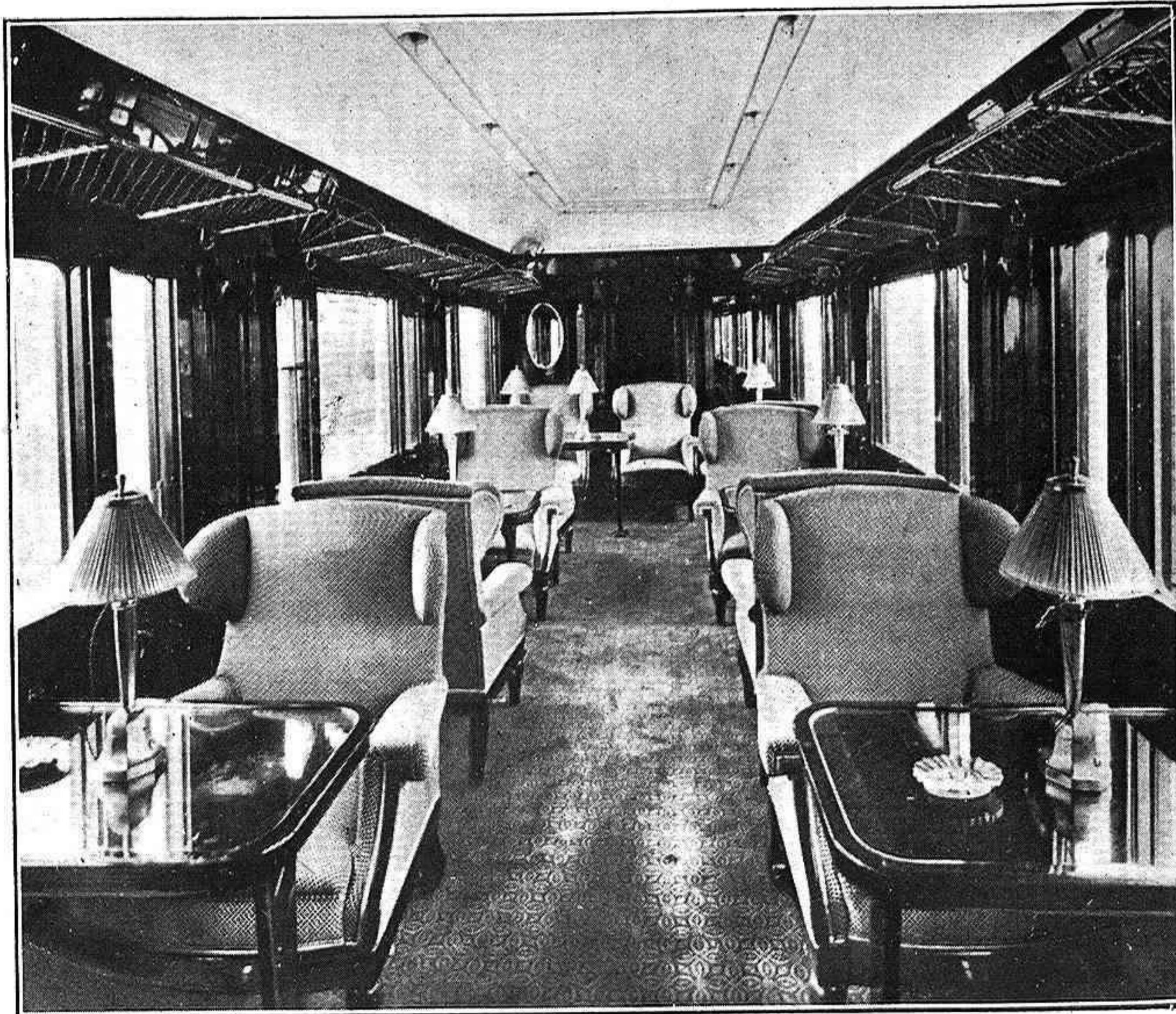
DISTRIBUIDORES PARA ESPAÑA
COMPANIA ESPAÑOLA DE AUTOMOVILES, S. A.

MADRID
ALCALA, 62

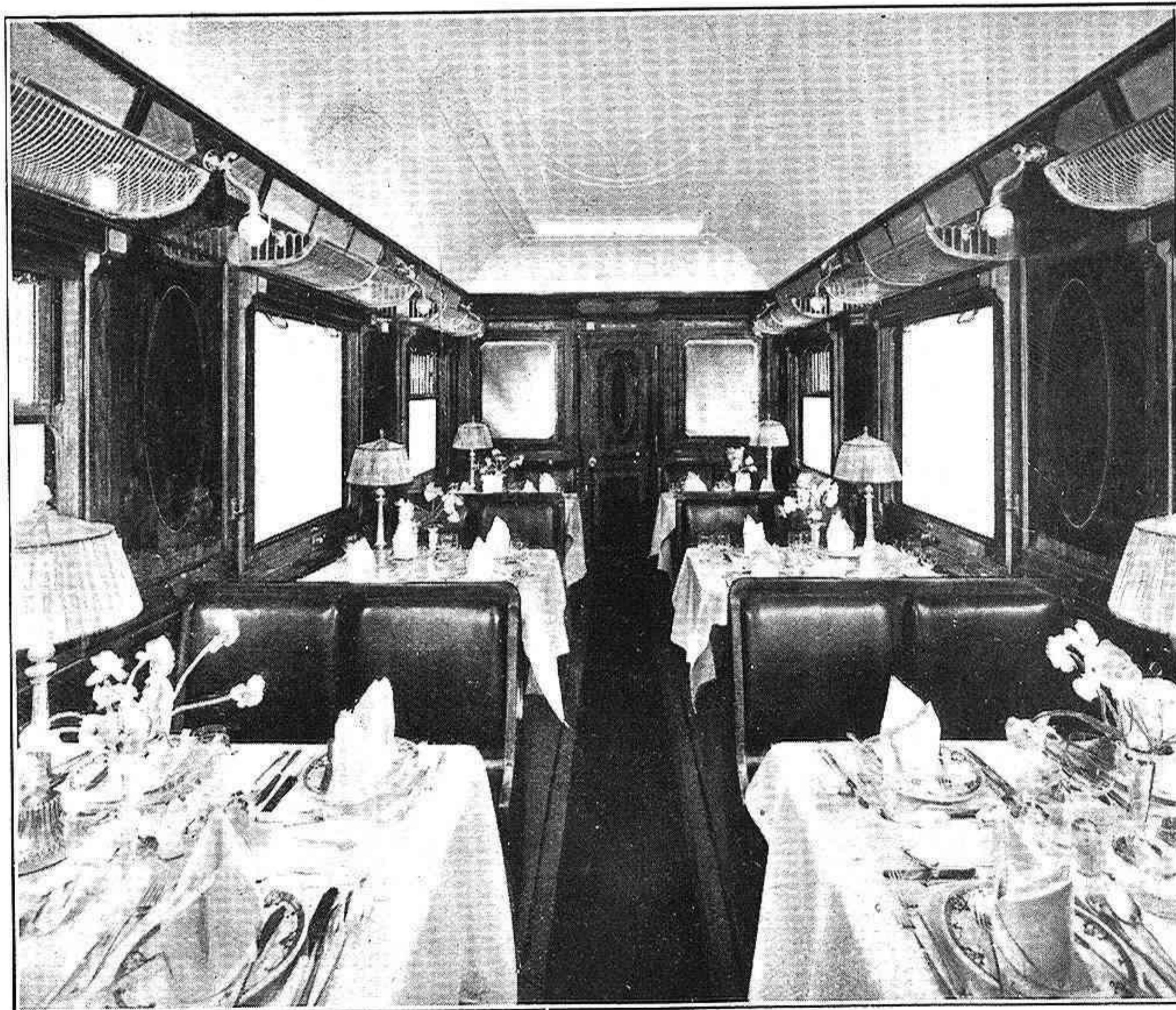
AGENCIAS: Rafael Fernández, BILBAO, A. M. Capurro & Sons, GIBRALTAR; Roberto G. de Agustina, GIJON; Jose Rubio Márquez, GRANADA; Olasagasti y Peña, SAN SEBASTIAN; Manuel Castellanos, SANTANDER; Luciano-Cortés, TRUJILLO (Cáceres); Luis Basset, VALENCIA; Luis López Carrascón, ZARAGOZA.

Ad. 34

Los trenes de lujo españoles



Vista interior de un coche-salón PULLMAN, de los que la industria española construye para la Compañía Internacional de Coches-Camas



Vista interior de un coche-restaurant de 48 plazas, de los que la industria nacional construye para la Compañía de Coches-Camas

Libros nuevos

Buena amiga, de Paul Rouget. «Editorial Lux». Barcelona.

He aquí un interesante número de *La Novela Mensual*, algo que se sale de la novela trillada: un poema de amor y abnegación, de intrincada trama sugestiva. Su protagonista, Santiago Fremenil, intrépido en su lucha contra los pira-

tas tonkineses y altruista con su amigo Claudio Daulieu, ambos prendidos al corazón de Gilberta, es un héroe creado acertadamente por la pluma de Paul Rouget.

— *Estampas y Mujeres*, novela original de Enrique Alaiz Regales.

Imprenta Layetana. Barcelona.

— *Láurea*. Cantos patrióticos, por Udón Pérez. Maracaibo. «Empresa Panorama». 1928.



Domine



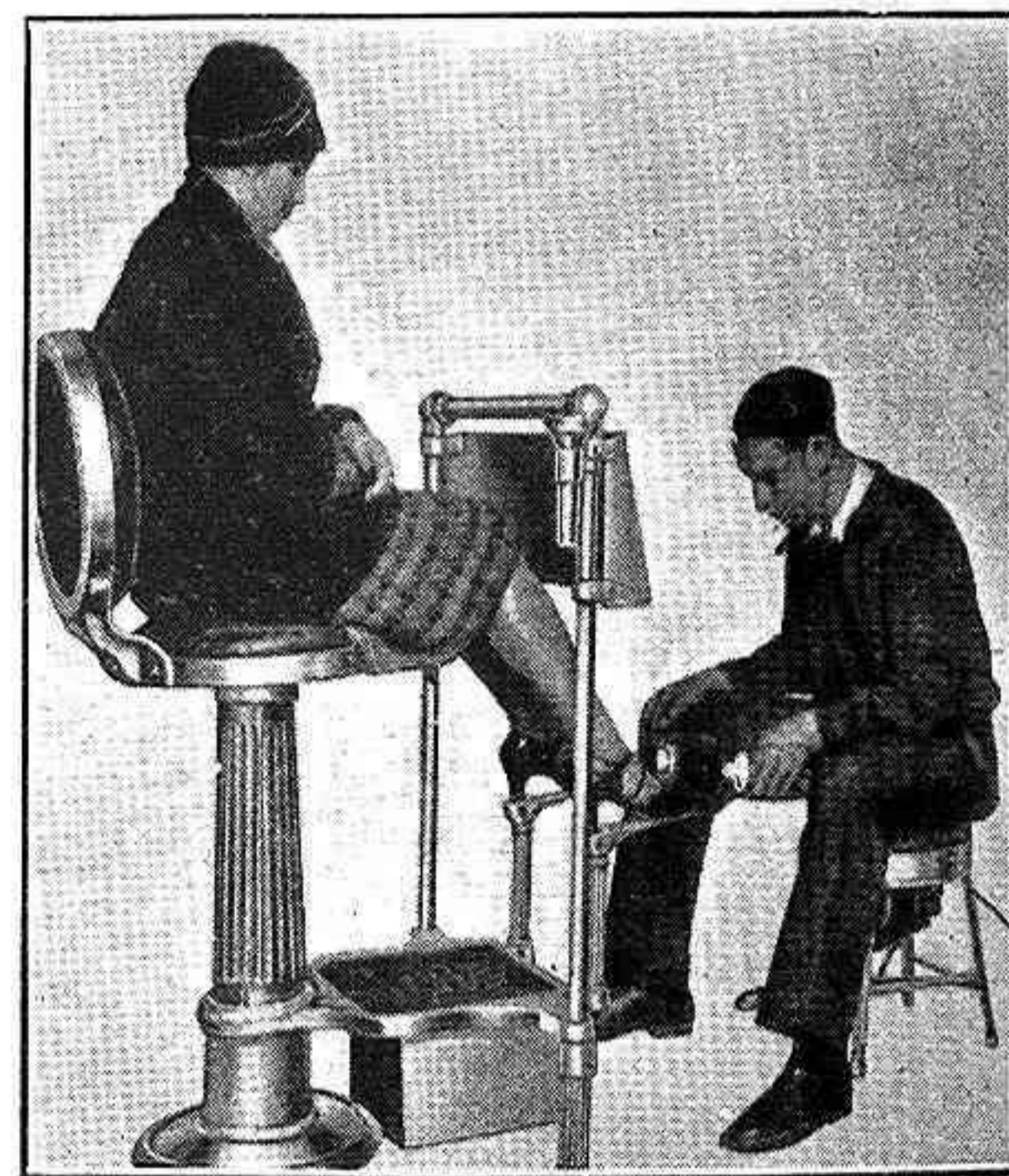
usted a su barba

Para que la afeitada sea cómoda y rápida empátese la barba con Crema Hinds y enjábónese como de costumbre. Al terminar, póngase otro poco de Crema Hinds. Aplicada antes de afeitarse, suaviza la barba más rebelde y usada al terminar refresca el cutis. Pruébela. Le gustará.

PIDALA DONDEQUIERA QUE VENDAN
ARTICULOS DE TOCADOR.

CREMA de Miel y Almendras HINDS

*La feliz armonía de lo
práctico y lo decoroso*



Ofrece esa dichosa conjunción, no siempre observable en los avances del progreso, el artefacto ideado por un industrial neoyorquino. Es simplemente, cual podrá verse en nuestra fotografía, una máquina eléctrica para limpiar el calzado. Ello, en rigor, no representaría novedad alguna, puesto que los rodillos eléctricos encargados de sustituir la labor manual de los limpias ya eran conocidos desde hace años. Lo original, y al mismo tiempo digno de elogio, es que el inventor del aparato, teniendo en cuenta que la creciente abreviación de la falda exponía á la clientela femenina á ciertas curiosidades indiscretas por parte del limpiabotas, ha dotado á su máquina de pudibunda pantalla que imposibilita dichas curiosidades, mientras el rodillo realiza su función bruñidora en unos lindos piecitos femeniles.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.